

CRÍTICA Y CREACIÓN

- “Declaración de amor: del modo de ser del antioqueño”.
Un homenaje filial de Belisario Betancur
- René Uribe Ferrer un ensayista de claridades y libertades intelectuales
- *La casa de las dos palmas*: novela de excepcionales atributos estéticos y humanos
- La vocación españolisima de Velásquez Martínez
“Cervantes contemporáneo e intemporal”.
- Kurt I. Levy, Carrasquilla y otros valores antioqueños: cercanías con Popayán

“Declaración de amor: del modo de ser del antioqueño”¹

Un homenaje filial de Belisario Betancur

Este libro de Belisario Betancur, *Declaración de amor: del modo de ser del antioqueño*, está escrito, como lo dice él, con “exceso de amor”. Es cierto. Caminan unidas la evocación, el ensueño, la esperanza. Pero como en la contemplación del ser amado se devuelve, instintivamente, a solazarse en aquellas virtudes que más sacuden su corazón y su júbilo vital.

A la entrada delimita su mundo -Antioquia- como temiendo que se le pudiera desvirtuar. Lo hermana con una palabra totalizadora de virtudes, que pone en evidencia sus agudas aristas, con identificación nacional.

La primera parte es una reminiscencia humana, intelectual. Advertimos, para evitar equívocos, que no son las reflexiones del político, del estadista o del escritor en metafísicas disquisiciones. Son, en cambio, el reflejo de las emociones hondas que brotan de la vida íntima de los pueblos, de la ruralía, de lo que nos marcó y nos dio el aliento que se prolonga en el tiempo. Es un recorrido del pueblo a la ciudad. Las confesiones de cómo era su vida. Recuerdos con pespuntos biográficos: el origen, la pobreza, los elementos espectaculares del viaje de la provincia entrañable a la capital.

Van surgiendo, espontáneamente, las confesiones de cómo se formó humana e intelectualmente. La evolución desde el comienzo del sonambulismo infantil hasta la dramática decisión de conformar su destino. El que avizoraba en sus horas de azogue, de acoso, de incertidumbre. Él que entrega, a veces, la existencia con hostilidad. Son memorias no delibera-

1 Lectura en la Biblioteca Pública Piloto de Medellín para América Latina el 19-VIII-94.

das. Al contar el encuentro con la ciudad, no oculta su asombro provinciano. Y asoman ya huellas que le han sido fieles en su transcurso humano: la solidaridad con sus amigos, con su gente entrañable, con el olor de los campos donde inició su periplo. Por eso dice con énfasis: “la patria se mira en el espejo de los pueblos”. Con una generosidad espiritual que no lo ha abandonado y que le asegura la fidelidad de quienes le han conocido en sus múltiples actividades. Permitidme que mencione el Suplemento *Generación* de *El Colombiano*. Betancur en estas páginas lo nombra varias veces. Lo mejor que expresa su enseñanza es que en ese momento de beligerantes arres-tos nacionales, nosotros creamos la atmósfera de tolerancia, el principio del consenso. El joven escritor Belisario fue parte de este grupo impulsador, sin olvidar el suyo, el de él, que tanto brillo tuvo en esos años y se prolongó en entregas nobilísimas a la patria: el grande escultor indoamericano Rodrigo Arenas Betancourt; Eddy Torres que como todo sabio cultural ejercía en el filo de la discreción; Jorge Montoya Toro que vivió en olor de poesía y de literatura; el caricaturista y dibujante Hernán Merino que definía estéticamente con su línea; el poeta Octavio Gamboa que, en sus poemas, nos lleva del asombro entre los árboles tutelares hasta el misterio de la música de Beethoven o de Mozart. Pero por las páginas de este volumen hay desfile de amigos. A Bernardo Ramírez lo evoca con una frase amable que queremos convertir en reproche; es un “excelente escritor que sólo escribe eventualmente”. Así por los capítulos de *Declaración de amor: del modo de ser del antioqueño* pasa, a saltos de viril ternura, el río caudaloso de la formación de una vida, ya ubicada en la historia de la patria.

Pasado, presente y futuro.

La segunda parte formula una serie de recapitaciones. La primordial pregunta es inquietante: “¿Seguimos siendo

–los antioqueños– los mismos?” Es, como se advierte en su escritura, comprometerse con razonamientos que afirman, exploran, indagan, denuncian. Con el signo de la libertad de pensamiento. Así como señala que hay unas “calidades congénitas”, se solaza en penetrar en aquellos indicios transformadores. Porque él mismo lo advierte: “no hay modelo eterno”. Su preocupación es ahondar. Tocar el hueso duro de lo real de Antioquia. Y mientras avanza en el estudio, el lector ve que la pregunta implícita es la de su inquietud: ¿Qué es esta tierra y su habitante? Rememora que se “hizo en los campos y en los caminos”. Lo desazona que “en el pasado nuestros padres y abuelos hicieron Antioquia pensando en Antioquia; hoy la queremos hacer pensando en su epicentro: Medellín”. Es un desvío de óptica, que condena a que no sean claras sus perspectivas. Se cambian objetivos y el crecimiento deja de ser integral. Es cuando se le torna obsesión cuál es el modo de *ser antioqueño* y el método para mejorarlo, a pesar de que, circunstancialmente y por épocas que parecen eternas, se creyera que priman las coyunturas negativas.

Por eso su propuesta es la misma que propagamos en tantas páginas: mirar el futuro con optimismo. Él denuncia lo positivo, lo mismo que lo precario, lo que daña. Pero toma y relleva lo que sigue orientando a la comunidad. Por tener una conducta social muy vigorosa, con arraigo en lo que lo nutre desde las fuerzas ancestrales, es un pueblo con capacidad de rehacerse, ya que hay una continuidad de la cultura, que cohesiona las diferentes fuerzas colectivas. No las deja dispersarse, porque su elemento de equilibrio y de impulso es evidente que es la mujer, como lo recuerda al resaltar su incorporación a la vida cultural cuando se funda el Instituto Central Femenino. Estos capítulos le sirven al autor para precisar una conducta: destacar valores. Apela a las actitudes elementales del pueblo. Repasa sus acciones, sus devaneos, sus juegos, inclusive sus pillerías. Porque Belisario Betancur acepta que el mundo es una integración. La condición paisa

comienza en la entrega a la divinidad y en sus diferentes escalas avanza hacia los más singulares, paganos y divertidísimos signos de la picardía humana. Por ello los memoramos, como sucede en esta obra, con la alegría honda, quizás no conciente, de reconocerlos en esos episodios y en la alegre ebullición del torrente de la vida.

Con citas de Francisco Silvestre, que escribe el primer plan de desarrollo integral de Antioquia, antes de que formulara reglas Mon y Velarde, a quien también recurre el autor, se percibe que estos dos administradores no tenían buen concepto de sus subordinados. La palabra más amable que usan para calificarlos, es la de holgazanes. Le Informan a la Corona que eran tímidos, pasivos y perezosos. De estos términos parten para indicar otros adjetivos aun más dinámicos y sindicadores. Pero no se quedaron allí. A pesar de conservar su apego a la tradición y a la historia, se fueron atando al presente. A dar respuestas para hoy. La relación humana, como se establece en este volumen, fue clara por su origen rural y porque ha predominado un “igualitarismo democrático” y un “tradicionalismo modernizador”, sin que haya contradicción en lo que nos parece paradójico en la expresión. Esta segunda parte es meditación sobre Antioquia: el pasado; lo que es; sus deficiencias; lo que se espera; sus contradicciones; su catolicismo y su calvinismo. Con esos elementos, ha logrado realizar una hazaña grande que no termina de contar la historia.

La docta Academia.

Betancur va buscando amarrar una comprensión total de lo antioqueño. Por ello cuando asciende a la Academia Colombiana de la Lengua, para recibir las orlas consagratorias, escribe otro capítulo en torno a *El lenguaje como expresión de la historia en Antioquia*. Comienza por decir, apoyado en Saussure que “la lengua es el lenguaje menos el habla... Ésta es la parte social del lenguaje”. Podríamos formularnos una pregunta:

¿los antioqueños obedecemos a cuál de las dos? Creo que primaría el habla. Que, sin duda, nos identifica sin exclusiones, porque de acuerdo con la tesis que se sustenta, por el origen, por el comienzo que no se abandona, por la identidad en la expresión, existe lo que podría denominarse una democratización de la palabra. El académico concluye que por la cercanía rural son iguales los términos del propietario y los de los jornaleros.

La escritura de Betancur se caracteriza, entre otras de sus particularísimas maneras de subrayar, en el uso de vocablos de altísima alcurnia en el idioma, que se entrelazan con expresiones popularísimas, que juzgan, califican o señalan. Como es, igualmente, advertible que en su prosa va caminando su erudición -autores, historia, mitos y leyendas ancestrales- que se une, fraternalmente, con los dichos de origen en la cultura del pueblo. Es una peculiarísima actitud intelectual que no se repite en los escritores colombianos.

Pero esto es aún más evidente si pensamos en la música y sus relaciones con el idioma. En la poesía popular que a todos nos sacude con mandato espiritual. En la copla que descubre el acierto de la crítica, en desnudar características de los seres, en relieves virtudes, en relatar cómo son los desníveles morales o fisonómicos. En la tradición narrativa que es el don del coloquio antioqueño, hasta convertirse en maestra de cuentistas y novelistas, situados en el primer plano de la creación cultural del continente. En el refrán que refleja la malicia en las actitudes humanas de la odisea clásica del antioqueño.

Esta capacidad de lanzarse a lo desconocido y superar los asedios con ingenio, se convierte en lenguaje. Las palabras adquieren una dimensión del modo de ser del antioqueño, para usar la frase con la que concluye Betancur. El romance-ro es de una riqueza proverbial y va brotando por caminos, veredas, entre bohémias y hechicerías. Esa “habla” antioqueña tiene un acento; un conjunto de vocablos que, fuera del sen-

tido común, llevan implícitos otras connotaciones que nacen en la estirpe de la lucha, los desvelos, los anhelos y la capacidad -una vez más hay que repetirlo- de la aventura de sus gentes. La consagración académica le sirvió a Betancur para explorar las cualidades de sus compatriotas paisas.

La cultura del café.

Este aparte del texto —la cultura del café— le facilita a Betancur establecer la relación entre el grano y la familia. Unir esos dos universos, cuando el oro dejó de ser el símbolo más representativo de la riqueza nacional. En los capítulos “Brújula de navegación” y “Volver a casa”, rememora que no siempre los calificativos han sido amables para definir a sus paisanos.

Al regresar a su planteamiento de cuál es el modo de ser del antioqueño acompaña juicios que no concuerdan con la calificación con la que se destaca su presencia en Indoamérica al reconocerse como la “porción más dinámica del pueblo colombiano”. Por eso el escritor advierte que no se puede aceptar el pesimismo que se apodera de los pueblos en época de transición. No debe creerse que van a primar los males que se padecen transitoriamente. Es cuando se debe recoger la pedagogía del pueblo chileno, -cuando Pinochet- que en época de tanto deterioro y abatimiento, como la que se ha soportado en nuestras duras montañas, no dejó prevalecer el “qué irá a pasar” y lo sustituyó por el “qué vamos a hacer”. Lo que implicaba ya, en la pregunta, un rasgo positivo.

Al escritor el tema lo apasiona. Un problema nacional, como el del café, que conduce a tantas preocupaciones sociales, le permite recabar cómo Antioquia persiste en buscar, ennoblecer y amparar sus fuerzas ancestrales; en destacar lo que le da carácter y fisonomía en lo económico, en lo étnico, en lo social y culturalmente en los afanes colectivos. Entonces es el momento cuando relleva aquéllas, llegando a lo más

hondo de su pasado: cómo han sido las evoluciones en la conformación de la población; los tipos de colonización que prevalecieron en varias regiones, entre ellas el Gran Caldas; los márgenes de primacía de lo rural o lo ciudadano. Esto le es viable, no en estudios exhaustivos, si no en vigilantes saltos amorosos, para indicar qué se debe hacer y cómo es indispensable estudiar las luchas para el futuro. Cómo hay tareas que no se pueden aplazar, puesto que se debe entender la urgencia inmediata; la de ahora. Quizás la más exigente y apremiante es la de vigilar, sin exclusiones, vaguedad y concesiones, cómo se evita que el daño ético impere en lo colectivo, por lo cual hay que emprender una “campaña de recuperación moral”. Recordando que “una nación se construye con lo propio y no con lo ajeno”.

De ahí el recurrir a los mitos; las leyendas, a todo lo que nos da soporte de perennidad en la conducta. Para despertar la conciencia de ese deber social, cita nombres de quienes han marcado la grandeza de la comarca, con irradiación nacional. Cada uno, por cierto, un continente mental de agudas aristas, seres que rompieron el cerco hostil que se le ha querido tender a Antioquia. Aquellos prohombres encarnaron un sistema completo de conducta, cuya sola enumeración conduce a visionar el futuro. Estas páginas exploran el porvenir con sentimiento de dolor -el que sentimos todos los que éramos y somos solidarios con Antioquia, la siempre grande pero con una fe profunda.

Los creadores.

Al abrir el capítulo de los creadores, a Belisario Betancur lo asalta una pregunta: ¿cuándo el alma, del antioqueño dio la vuelta? Una primera vez, cuando contradijo y contrarió los calificativos de los visitantes reales. Otra, cuando se ha mirado como duros años los del adelgazamiento de la ética. La lectura de estos estudios, estampas y viñetas humanas, habla

de la abundancia espiritual de Antioquia: su insondable carácter; su actitud visionaria; su recia determinante en hechos que reiteran el ímpetu de su pasado y cómo quedan reglas para ampararnos en el manejo del porvenir.

Los apelativos que figuran en este capítulo, son de gobernantes; de juristas; de orientadores de la opinión pública, en la compleja gama de periodistas, oradores, dirigentes y activistas que despiertan la vocación partidista de las masas; de creadores de nuevas formas legales para definir grados de justicia social; de poetas que iluminaron con su estro su creación; de hombres que supieron cumplir con su destino cívico hasta caer en la muerte que impone la intolerancia ideológica en la vida colombiana; de compañeros de nobles afanes en la lucha por Colombia; de amigos con el alma solidaria como compañía en las diferentes travesías del autor por hallar, situar y resaltar el alma nacional. Algunos de ellos no fueron ni contertulios, ni estuvieron cerca al escritor Betancur, pero existe un hilo de fina atadura, de respeto que lleva a consagrar sus vidas, en lo que ellas tuvieron de capacidad de sueño, creación o brillo imaginativo en servicio de ideales coincidentes.

Es un grupo de estampas, con importancia nacional cada uno de ellos. Que ayudaron a conformar el destino de este pueblo antioqueño y el de la república. Son seres que, con el milagro de la palabra, enriquecieron el ámbito moral y estético de los colombianos. Unos fueron sus amigos, que reparían dones de comprensión, de sólida entereza para afrontar, en común, las dádivas y las mermas de la existencia. Personalidades que expanden su fuerza enteriza de varones integrales, sin cisuras de cobardía o cálculo.

Hay algunos escritos en que el autor hace evidente su vocación musical: la de los tangos, la de carrilera. Que va uncida al tren, a las mulas, a la nostalgia. Reflejan una época y hace evidente las preocupaciones económicas y sociales. Son los ritmos de un pueblo que se mueve entre la desesperanza y la lucha cotidiana, reflejadas en esas cadencias.

Dos cuentos.

En el capítulo VII publica dos cuentos. Son síntesis de gentes del campo. Pasan sus arrebatos, las injusticias humanas y las ansias de una mejoría social. Se entrecruzan la decisión y condición de su participación en el mundo. Sus personajes van “amasando espantos, potros y gente bravía”. Se revela el drama inquietante de la parcela ajena, de la invasión de nuevos rumbos económicos de producción. Aparece la rabia sorda, que no se atreve a expresarse en la incubación de la injusticia y cuando nuevas formas de producción se patentizan en maquinaria y propietarios desconocidos.

Noticia de contenidos.

Sólo hemos formulado una noticia sobre el contenido del libro. Como el autor lo ha bautizado, es una “declaración de amor”, en la cual se insiste con palabras de ternura. Se repiten los nombres de la aventura y de la espera. Se presentan hontanares de la historia, de la creación cultural, de las fuentes de la mitología popular, para precisar las guías para contar cómo es el ser antioqueño. No es un tratado orgánico. Pero penetra al alma de este singular y poderoso pueblo antioqueño. Se detiene en los caracteres más puros de su naturaleza social, pues Betancur es un escritor que escucha su corriente humana, la canta, la exalta y le fija sus devíos, indicando qué es lo que sigue orientando el imperio positivo que ejerce como región y conglomerado humano. De allí no lo destronarán los momentáneos asedios de horas amargas y contradictorias, que todos debemos rectificar, en unos caso; o ayudar a que se modifiquen, en otros. En la devoción de Betancur vuelve a crecer la confianza social.

Esta *Declaración de mor: del modo de ser del antioqueño* repite lo que ha signado su vida de gobernante: el escribir con “igual afecto e igual respeto” cada vez que se refiere a los colombianos o en torno de su tierra. Vuelve a patentizarse su entraña-

ble condición de ciudadano: amigo de noble acento humano, para comprender, para exaltar; auténtico varón que no oculta sus tendencias, visiones, generalizaciones y gustos personales; hombre que ha comprometido su existencia para servir a sus compatriotas. Lo que más ama es levantar en palabras de elogio lo que estimula el acontecer nacional y vincularse a aquello que dinamiza la buena y mejor condición de sus paisanos y de sus compatriotas.

Betancur, en los diferentes frentes de lucha en los cuales ha persistido, ha buscado descubrir lo mejor de los colombianos, consagrar lo positivo, ahondando en la vida comunitaria hasta llegar al más singular grado de espiritualidad. Es su ademán intelectual natural. Por eso, usted Doctor Belisario Betancur, sigue siendo el Presidente de los colombianos para exigirnos una permanente conducta de solidaridad, como lo logra en este libro.

Bogotá, Barrio “El Refugio”, Moniquirá, 1994.

René Uribe Ferrer, un ensayista de claridades y libertades intelectuales

Los libros de Uribe Ferrer

René Uribe Ferrer fue hombre de sólida y calificada labor de creador crítico. Se comprometió con lo que ella tiene de profundidad y misterio, apoyado en los dones de su inteligencia y de su cultura. Desafortunadamente su obra fue breve. Pero bien reveladora de las insignes cualidades que lo distinguieron. Queremos dar noticias de sus libros anteriores, para que el nuevo lector sepa ante quien comparece para compartir el diálogo de los requerimientos mentales. El ejercicio de su función de profesor, lo centró en la enseñanza de la filosofía. Publicó dos volúmenes. *Problemas fundamentales de la filosofía* en los cuales despunta su capacidad intrínseca de razonar filosóficamente y su abierta erudición. Él, modestamente predicó de estos textos, que eran apenas guías para profesores y estudiantes de secundaria y universitarios. Su intención es más calificada y su proyección de mayor perspicacia. Porque, a la vez, indica que él no aspira a enseñar filosofía con esos libros, sino a despertar “vocación por el filosofar”. Su misión es trascendente. Aquélla la considera como una actividad personal, que nace en el ser y éste desarrolla en dimensión y avances universales. Porque no acepta que lo que se conciba, tienda a educar, sino a incitar voluntades para el estudio, para comprometerse en la investigación. Vuelve su espíritu a hacerse presente en su parca donosura de equilibrio: explica las diferentes tendencias, predominantes en el transcurso de los tiempos. Acentúa la admonición: lo hace conservando una “línea de equilibrio”, denunciando sus preferencias, pero haciendo la enunciación de las diversas manifestaciones de pensamientos. Lo que anhela es que no predomine “ni la afirmación dogmática de una sola posición. Ni un

indiferentismo escéptico ante la multiplicidad de doctrinas”. Es una toma de actitud media.

Como trata de sacudir e impulsar conciencias hacia la filosofía, transcribe una serie de textos clásicos que van a favorecer el conocimiento.

Su libro, *Modernismo y poesía contemporánea*, lo conduce a razonar sobre materias y autores que lo mantuvieron en vigilia permanentemente. Algunos de los nombres y de los temas que aquí escruta -El modernismo: su significado y su ámbito, Rubén Darío, Unamuno, Guillermo Valencia, Juan Ramón, Barba-Jacob, la Mistral, la poesía contemporánea en lengua española. León de Greiff, Rafael Maya y Mario Carvajal- los hallamos, otra vez, en este libro, *Bazar: escritos filosóficos y literarios*, citados, valorados, caracterizados como autores que han contribuido, sin dudas, a fortalecer la creación literaria. Con prudente seriedad, los enjuicia. Les descubre sus mejores esencias: las apunta y las expande para que el lector tenga mayor vislumbre. Su ayuda es incontrovertible. Rafael Maya, tan severo y parco en sus juicios, dijo en cuanto a ese volumen, palabras consagratorias: “Este libro, es una prueba palmaria de su disciplina mental y la seriedad de su formación literaria. Nada hay en él de falso ni de temerario. La materia está tratada con sistemático rigor, y se advierte, a primera vista, que ha agotado la información y apurado el criterio antes de ponerse a redactar estas páginas. Hay en ellas la seguridad del crítico que sólo aventura una idea después de haberla hecho comparecer ante su conciencia para que dé testimonio de su autenticidad”.

Después puso en circulación *Antioquia en la literatura y en el folclor*, que es un estudio de excepcional importancia. Uno de los mejores que se haya intentado para dar una visión general de lo que implica la acción de la inteligencia antioqueña. Hay que declarar que no es un catálogo ni una historia detallada. Como lo dice Uribe Ferrer, es un ensayo “sobre la realidad y las realizaciones de Antioquia y de sus hombres, vista

y vistos desde la perspectiva de las creaciones espirituales”. Como admitió que el hombre es personal en su actitud, pero con unas obligaciones sociales, de las cuales no escapa, por ello trató individualidades pero dentro de un contexto general. Escogió para su ejercicio, las más representativas: José Félix de Restrepo y Francisco Antonio Zea, José Manuel Restrepo, Gutiérrez González, Epifanio Mejía y Jorge Isaacs, Emiro Kastos, Manuel Uribe Ángel y Mariano Ospina Rodríguez. Nito Restrepo y el Indio Uribe, Marco Fidel Suárez, Uribe Uribe, Sanín Cano, Tomás Carrasquilla, Pacho Rendón y Efe Gómez, Aquilino Villegas, Luis López de Mesa, Porfirio Barba-Jacob, Fernando González, León de Greiff, Gonzalo Restrepo Jaramillo y, abordó materias sobre la expresión de la poesía popular, el folclor y el refranero. Es decir, apelando a quienes mejor han descollado, marcando estilos, épocas y particularidades muy connotadas, Uribe Ferrer realizó el más agudo examen de lo que caracteriza y puntualiza la obra de los antioqueños. Es un pequeño volumen denso, bien escrito como todo lo suyo, donde hay maestría en el idioma y en los calificativos, sin abuso en las figuras literarias. Éstas asoman para dejar al descubierto su calidad de buen estilista. Es un libro que llega hasta el momento en el cual se incrementan las desazones, desequilibrios y sacudimientos que produce, intelectualmente, la segunda guerra europea. No avanza hasta las últimas generaciones en las cuales hay tan caracterizados valores, ya con obra de nombradía y permanencia.

Las crisis del arte contemporáneo

Lo integran ensayos, que publicó la Universidad Pontificia Bolivariana en su admirable colección “Rojo y Negro”. Este breve tomo, recoge cuatro ensayos, igualmente densos y severos en sus enfoques, en los cuales comprobamos que Uribe Ferrer es crítico de verdadera magnitud y autenticidad. Con su prosa bruñida de conceptos, sin dejarse desviar hacia lo

abstracto e intrincado. pues combate por la resplandeciente lucidez, se mezcla con los autores o los artistas y los vuelve asimilables para el lector. Allí va desde la crítica artística y literaria, hasta materias teológicas y enjuiciamientos de la cultura. Como es invariable, surge algo que le da el propio perfil a su obra: su atormentada incursión por los temas de nuestro tiempo. A ellos regresa insistentemente, rastreando respuestas justas para las preguntas del hombre.

Alberto Restrepo Arbeláez, en su brevísima introducción, en su calidad de amigo cercano, hace una denuncia que es bueno registrar: “La oculta presencia de su poesía circula en secreto al través de su dicción castiza y castellana. de claro pensamiento transido siempre de emoción profunda y diestra intuición”.

El grito de Job

Pues esta afirmación, se vuelve claridad en su libro de poesía *El grito de Job*, el único de este estilo que conocemos. Presenta varios cuadros en los cuales interroga permanentemente: en tono de lamentación; con palabras de imprecación; con frases de protesta airada; con desesperación que penetra hondo en su conciencia; con jereánico dolor que sacude su alma. El hombre al aparecer debe vivir maravillado ante la naturaleza, que justifica el asombro. Se encuentra circuido de tantas desviaciones, amarguras y desgarramientos, que parece que, a veces, en su canto, sintiera la inutilidad de la existencia. Es un escrito conmovedor por la belleza. También la erudición despunta en finas referencias. Apoyado en textos religiosos va diciendo sus sentencias conmovedoras. Cuando se refiere a la *Historia del dolor* subraya qué perturba, confunde y produce aquél, al ser. A la vez, declara su arrebató ante el milagro de lo creado que sigue su evolución, hasta arribar al prodigio del átomo; de los espacios estelares; de la “maravilla de la vida”, que es la conciencia. Cada paso, justifica el

dolor. En la *Historia del hombre*, éste emerge con la totalidad de su imperio cuando se le insufló el poder espiritual, cuando la inteligencia y la sensibilidad principiaron a cumplir sus ordenamientos. Pero el pecado le dio la angustia. En la *Oración* recalca que aquel seguirá siendo carne de esclavitud /carne de cañón,/ carne de burdel,/ carne de tortura,/ carne de angustia,/ carne de infierno,/ ¿Por qué?”. En el cuadro *Carne de esclavitud*, penetra con rigor en lo crítico de todo lo que se ha intentado para oprimir; desde construir la civilización -que rechaza a los indigentes y marginados- hasta proponer las reglas del poder. En *Carne de cañón* evoca que hace seis mil años se inventó la escritura y ha servido para “conservarnos la historia de algunos privilegiados”. Porque el hombre destruye. Es cuando levanta su voz y pregunta al Creador: que si estaba entre sus planes, que todo se cumpliera entre mezquindades y perversidades. En *Carne de burdel* rememora que se dio la orden de la procreación, pero qué se ha terminado en la esclavitud frente al sexo, e interroga: “¿sigues viendo buena tu obra. Señor?”. En *Carne de tortura* pasa todo lo inquietante: la guerra, la violencia. No se detuvo allí la humanidad: inventa la tortura, física y moral. Es cuando se anhela la desaparición, ante los dolores innumerables e inconmensurables. En *Carne de angustia* sutilmente va repasando el tiempo, la memoria, los minutos que son siglos y vuelve a preguntar: “¿dónde está el Señor?”. Se siente aun más perturbado en su poema *Carne de infierno* cuando precisa que no bastan al hombre el dolor, la crueldad, la tortura, el involuntario envilecimiento, la angustia radical. Que es indispensable, igualmente, un castigo eterno. Pero no sufre detenimiento su perplejidad. Al contrario, en *Transitoriedad* nos previene con que “el universo habrá vuelto a la nada de donde brotó”. Nuevamente, pide explicaciones: “Señor: ¿sigues creyendo que tu obra fue buena? Sabe que su voz puede ser incapaz de dar respuesta a la demanda de preguntas. Así en *La voz del desierto*, declara con sencillez: he hablado contigo: sé que tu has iluminado a los místicos y ¿qué puedo yo,

entonces? Es cuando siente su limitación. Y cuando proclama: “Me he atrevido a interrogarte como tu siervo Job”. Y va buscando él mismo su recado. En *Lasitud* afirma: he hablado, he interrogado: “La contemplación de la naturaleza/ nos revela algo superior/ a su limitación/ y a nuestra limitación/”. Y en *Revelación*, hace fe de lo que él íntimamente sabe que es su mundo religioso. Acepta, sin dudas, que “todo conduce a tu bondad infinita”. De allí que en *Entrega* declara que se presenta en total sometimiento y que se le juzgue. Como se comprende, el poema es de acento abismalmente religioso. En él, Uribe Ferrer lo que manifestó, una vez más, fue su sentido depurado de la fe. No hay posibilidad para denegar, confundirse o perderse. El mismo trae una cita de Job que nos lleva a la iluminación de cuánto padeció y cómo comprometió finalmente la fina sensibilidad e inteligencia del autor del poema: “Respondió Job, diciendo: Sé que lo puedes todo y que no hay nada que te cohíba. Ciertamente que proferí lo que no sabía, cosas difíciles para mí, que no conocía. Sólo de oídas te conocía: más ahora te han visto mis ojos”.

Brevísima estampa

Hay que lamentar que Uribe Ferrer no hubiera dejado obra más extensa. Cada una de las suyas, nos pone en una nueva aventura mental: abre perspectivas, posibilidades, desbroza el camino trillado, nos presenta panoramas insospechados. Rememoramos que tenía ascetismo hasta en su figura corporal. Manejaba cierta tendencia a la expresión benévola, en el gesto, pero era severo en el juicio. Alto, su estatura era aun más apreciable por su flacura congénita. Su cabeza era tallada en ángulos, no ásperos, sino suavemente determinados por la piel que caía rigurosa sobre los huesos tajantemente diseñados. Hablaba con claridad, sin énfasis. Pero con cierto calor comunicativo, que lo enriquecía con una risa ligeramente burlona si lo ameritaba el tema. No tenía tendencia a la burla,

porque conservaba una actitud de respeto humano para sus semejantes. Era su conducta interior. Ligeramente rubio, su cabeza alta se le veía inclinarse al son de sus brazos que los movía como aspas. Estaba cerca del adusto ceño, sin brusquedad en los gestos. Una distinción circuía el trato humano. A ella se sometía sin esfuerzos, pues era consigna natural de su alma, y se hizo extensiva a su obra intelectual.

Este libro de René Uribe Ferrer: *Bazar: escritos filosóficos y literarios*, es el que más denuncia cómo fue su formación y su mentalidad. Lo recoge póstumamente la Universidad Pontificia Bolivariana, donde sobresalió como discípulo y profesor de filosofía, desde su más temprana juventud. Invariablemente, fue hombre de disciplinas serias. Se podría hablar de caudalosas —pues coincidían varias igualmente existentes— pero es un adjetivo que rompe con la eutimia que impuso a su existir. Tuvo sí un acento profesoral. Todos se lo reconocíamos en los claustros. Desde ellos ejercía un mandato natural de “magíster”. Por sus conocimientos, por la acrimonia con la cual los presentaba: por su pedagógico desvelo por transmitir en orden, sin excederse en efusiones o lirismos. Estaba centrado en el austero denuedo mental.

En estas páginas, comprobamos lo que significó. Ellas van desde lo medioeval hasta lo contemporáneo. En el análisis avanza con erudiciones que le sirven para puntualizar su pensamiento frente al autor o la tesis analizada. No se desprende de una sutil manera de acentuar lo que cree y lo que acepta. Y con libérrima libertad de pensamiento, puntualiza sus discrepancias o lo que conjetura equivocado en el autor.

Cuando nos cuenta cómo es François Villon, lo primero que lo preocupa es perfilar sus versos, entrecruzados de lo medioeval y lo renacentista. A los cuales califica de breves, desiguales y de altísimo valor. Dice que es la “máxima creación de la Edad Media francesa. Ceñido a la fugacidad del tiempo, la concibió entre “el desprecio y la compasión”.

Su posición frente a la crítica

Leyendo su posición frente a la crítica, podemos ubicarlo, pues él proclama que quien la realiza es un creador. Sin éste, no sabría el lector cómo encarrilarse, ni entender el significado y trascendencia de las obras. Se debatiría, impotente, apabullado por el papel impreso, que cada día es más alarmante en cantidad y calidad. Esto no sucedía hasta el siglo XVIII.

No es fácil desempeñarse en ella. Para decir cómo debe ser y desenvolverse, hay muchas corrientes. Pero, esencialmente, demasiados prejuicios sobre la crítica literaria y la artística, en general. Él, formula una pregunta: ¿si nos acercáramos al *Quijote* sin lo que existe hoy sobre esa obra, podríamos comprender su significado? Que se piense en este solo caso y se racionalice si es posible negarle el poder hacedor de aquella. Pero, además, quienes la han ejercido tienen tantas ricas substancias, dones, profundidades y matices en su prosa, que es difícil citar nombres, como pares, al lado de Sainte Beuve, Menéndez y Pelayo, Brandes, Menéndez Pidal y Croce. Estos apelativos aclaran y delimitan adecuadamente el tema de análisis.

Para ejercer su función, no sirve el escéptico. Porque para adelantarla con brillo y hondura, se demandan múltiples convicciones. Las condiciones para ejercerla que él exige, son básicamente dos, primero: acomodarse por encima de rodas las estéticas, para poder desplazarse con gran amplitud; y segundo: ser capaz de entender a un autor aun cuando no se consientan sus ideas religiosas o sus concepciones filosóficas.

La crítica invariablemente ha sido indispensable para descubrir las inherencias y claves de la otra. El lector sin este nobilísimo discernimiento, no sabría que escoger. El mismo se pregunta; ¿Qué se selecciona para leer? ¿Para pasar el rato? ¿Sólo los libros que agradan? ¿Cómo se rige frente a las creaciones del pasado?

¿Y el volumen contemporáneo, el actual, cómo se valora? ¿Cuál debería preferir? Sin aquélla, anda perdido, sin dirección, sin juicio. Desplazándose con inseguridades, pues no sabe establecer -porque no es su oficio- la tabla de valores para darle la trascendencia y dimensión de un texto. Por ello, cada día, se le da más categoría, sus originalidades y ascendenncias, ya nadie las desconoce.

Sus tesis frente al idioma

Ha existido el prejuicio de que si se escribe en español, se cubre una parte mínima de la audiencia internacional. Pues ello no es cierto. Uribe Ferrer puntualiza que esa misión se cumple y puede ser aprovechada por más de doscientos millones de lectores, para comenzar. Si se hace siguiendo las normas de cercanía a aquéllos, la obra debe ceñirse a las reglas del lenguaje, pues éste no es una estructura fósil, sino un organismo vivo, alentado por el pueblo. El escritor necesita orientarse por sus propias leyes: concordancia, régimen, conjugación. No pueden abandonarse sus reglas. La espontaneidad creadora, hay que limitarla. Como deben evitarse los neologismos que sobran. Es grave y compromete su pureza y su dinámica, el importar giros de otros idiomas. Es aconsejable evitar lo chabacano que lo envilezca.

Acercándose al alma de las palabras, menciona que, antes de que Bréal creara la palabra “semántica”, los primeros estudios de esa calidad, los hizo el colombiano Rufino J. Cuervo. Divide a los semánticos en tres ramas: la tradicional, en la cual predomina el criterio histórico en la evolución del significado de las palabras: la filosófica, que va detrás de las formas simbólicas de que habla Cassirer, y la estructural que trata “los problemas de la significación desde el lenguaje mismo y su estructura inmanente”. Su jefe es Saussure.

En la medida en que se amplían las perspectivas del idioma, se va perdiendo más el hábito de pensar y de leer, opina

Uribe Ferrer. Para él, la máquina, la técnica, la prensa, el cine, la televisión, el consumismo, alejan de su práctica meditativa. En la actualidad se tienen más oportunidades de aprender el alfabeto pero se emplea menos. Hay que defender su utilización, escuchando las prédicas de Dámaso Alonso quien aconseja la letra inútil, aplicando la tesis de Karl Buhler, quien predica que el lenguaje pertenece a lo más humano del ser.

En los predios del humanismo

Uribe Ferrer lanza la pregunta: ¿Qué hombre desea el humanismo actual? Inmediatamente, como respuesta, lanza un esquema: 1) personal o comunitario. Le da primacía a éste: nos perdemos o nos salvamos todos, rechazando el individualismo lo mismo que el totalitarismo; 2) debe ser abierto: a) a lo inmediato del mundo y dominar sus cosas ordenadamente: b) a lo que iluminó las vidas del pasado; c) a la propia realización; d) a lo divino, a lo absoluto; 3) al humanismo total. Más adelante, indica cómo cumplirlo: a) con un realismo no utópico y b) a través de las artes. Porque al analizar al hombre unidimensional, lo preocupa que siguiendo algunas prédicas de Marcuse, se deje esclavizar de la máquina.

Para él, desde 1945 se ha agudizado la necesidad de que aquél se realice plenamente. Este afán se ha impulsado después de la segunda guerra mundial.

Hay factores adversos, que el autor explica con amplitud y que es bueno repasar. Al sujeto se le presenta una serie de factores negativos que impiden aquella culminación. En lo económico, al hallar gentes marginadas y concentración de la riqueza. En lo social, se le substituye por el hombre-máquina, el hombre' masa o el hombre-ficha. En lo político, la presencia de una democracia relativa, en todas partes. En lo técnico, el predominio de sus factores, esclaviza, y con mayor razón, con sus armas atómicas y la contaminación. En lo ético, es deshumanizado por el orgullo, la avaricia, la lujuria,

por el ansia de poder, de tener, del placer. Por eso en la existencia, se le encuentra desgarrado.

Uribe Ferrer también indica cuáles son los signos positivos; la conciencia que hoy existe de: 1) el hecho de admitir las concordancias de que andamos mal; 2) de la primacía del hombre; 3) de la importancia de la persona y de la humanidad; 4) de que aquél es alguien y no algo. Lo grave sería que se alcanzaran soluciones ficticias, a las cuales se puede descender: a) en lo económico, al desarrollismo; b) en lo social, querer dar el máximo de bienestar; c) en lo político, abusar de la propaganda que restringe la libertad personal; d) en lo científico, la tecnocracia que se usa indebidamente, sin principios éticos; e) en la región hay muchas gentes al margen, a pesar de que se ha presentado una revitalización en los próximos estudios teológicos.

Para asomarnos a un humanismo integral, éste debe ser personal y de la comunidad, descartando lo mismo el individualismo que el totalitarismo. Lograrlo demanda enfoques y principios reales: 1) ciencias para el hombre y por el hombre; 2) las artes, que no siempre han sido humanas, hoy presentan aperturas; 3) filosofía: hoy hay corrientes humanistas en ella y en la ética; 4) democracia, cuya meta, es la libertad de información; y 5) lo religioso tiende a enaltecer al ser actual. Esto enmarcado en un realismo no utópico, que explora la unidad perdida.

Santo Tomás

Esta figura preocupa al autor. Juzga que parte de su doctrina, demanda una revitalización, o de resto, limita el estudio y amplitud de las tendencias contemporáneas. Pero lo exalta. Cuando él se dirige al legado de Santo Tomás, destaca dos corrientes para situarlo: aquélla que quiere hacer de la teología y la filosofía tomistas el pensamiento oficial y oficioso de la Iglesia, y otra, que informa que ya es caduco. Puntua-

liza que Karl Jaspers habla de los grandes fundadores y fecundadores del filosofar: Platón, San Agustín y Kant y los tres creadores sistemáticos: Aristóteles, Santo Tomás y Hegel.

Al comentar los siete siglos de San Buenaventura, rememora que Santo Tomás se vincula a la revolución aristotélica, que comenzaba a imponerse y, a San Buenaventura, en cambio, se le veía unido a la tradición platónico-agustiniana que culminaba en éste. Uribe Ferrer siguiendo sus pautas interiores declara: “En esta época de caos mental, político y social (¿cuál época de la historia no ha sido de caos?). Volvemos a los genios de la espiritualidad, nos da vigor para enfrentar la lucha por el reino de Dios. Lucha que no ha de terminar hasta el último día”.

Detiene su indagar filosófico en Jacques Maritain, quien fue difusor de la doctrina tomista. Él, se caracterizó por haber defendido la libertad religiosa y la sociedad pluralista. Su investigación se desarrolla en cuatro campos: la metafísica, la crítica del conocimiento, la filosofía moral, la estética, o mejor, la poética en el alcance griego que implica creación. La síntesis de su pensamiento se puede encontrar en el libro *El alcance de la razón*. Inicialmente fue discípulo de Bergson, rompió con éste y se pasó al tomismo. Esta filosofía ha dejado de ser oficiosa del catolicismo, si recordamos las prédicas del Concilio II. Esto, a la vez, le permite a Uribe Ferrer afirmar: “Se podrá filosofar fuera de Santo Tomás, pero nunca ignorando a Santo Tomás”.

La obra de Jacques Maritain, *Humanismo integral* favoreció el ambiente en la Iglesia Católica de la auténtica libertad religiosa y de la construcción de un mundo nuevo sobre el pluralismo de confesiones religiosas y políticas. Apelemos a una cita que aclara el pensamiento: “Con plena lucidez y audacia para aquellos años, tan lejanos y cercanos a la vez, escribía: “La división religiosa entre los hombres es una gran desgracia. Es, no obstante, un hecho que las sociedades modernas están formadas por ciudadanos que, perteneciendo a diver-

sas familias espirituales, deben concurrir al bien común temporal del Estado. Otro hecho es asimismo que en el curso de la historia moderna la sociedad política ha adquirido conciencia en su esfera propia del principio de igualdad de los derechos políticos y sociales. En tales condiciones, ¿cómo se han de aplicar los principios católicos? ¿Pidiendo al Estado que expulse a los ciudadanos no católicos, que haga de ellos ciudadanos de segunda clase, o le obligue a hacerse católicos siquiera en apariencia, ¿O pidiendo, como lo hago yo, al Estado temporal que se impregne de los principios y del espíritu católicos en su vida social y política, reconociendo a la vez a todos los ciudadanos, católicos y no católicos, derechos políticos y sociales iguales?”. (*Razón y razones*. 1946).

Pasada la segunda guerra, predicó Maritain la necesidad de un humanismo de inspiración cristiana. Denunció los falsos humanismos nazista y marxista y el conformismo burgués de muchos cristianos. Esta prédica, por cierto, cayó en el vacío.

Los análisis filosóficos que dedicó Maritain a lo poético y a su conocimiento, son capitales en la estética del siglo XX. Reiteramos que a lo poético le da el vigor griego de creación en las artes. Le permite concluir a René Uribe Ferrer que se sufrió un “estancamiento del pensamiento católico desde la muerte del padre Francisco Suárez (1617) hasta Pío XII (1959)”. Juan XXIII hace una apertura que servirá para varios siglos.

Sanín Cano, crítico del Modernismo

Este trabajo lo leyó su autor en el “Congreso de Literatura Hispanoamericana”, en la Universidad de Florida. Gainesville, en 1977. El modernismo es tema que apasiona y produce inquietudes permanentes en estas páginas.

Comienza por unir al maestro Baldomero Sanín Cano con Rodó y con Francisco García Calderón y acentúa que estuvo

muy dedicado a la crítica literaria, y con las enseñanzas que se derivaban de ésta, “fecundó el espíritu y la obra de los poetas modernistas”. La escribió el maestro colombiano por la misma época de la aparición de *Azul*, libro esencial en la bibliografía de Rubén Darío. Toda su obra queda expuesta en diez libros. Aquél, no fue un tratadista. Fue un ensayista y ello le da prestigio y lo consagra.

Para situar bien el fenómeno del modernismo, Uribe Ferrer cita a sus epígonos: José Asunción Silva, Gutiérrez Nájera, Rubén Darío, Julián de Casal. No relega a Díaz Mirón, Othon, González Prada, Almafuerte. Como continuadores indica a Herrera y Reissig y a González Martínez. Sin descuidar sus referencias a Ganivet y Unamuno. Y advierte que, en ocasiones, no se hace mención a José Martí, lo que es grave omisión porque trajo a la poesía un “timbre nuevo”.

Sanín Cano, en su juventud, dedicó mucho tiempo al examen crítico de los poetas. Después, se desplazó hacia los filósofos, los sociólogos, los novelistas y otros críticos. Antes de proyectar más su excelente estudio, enfática que modernismo no es “sólo en cuanto a forma sino también en los dominios de la sensibilidad y del gusto”. Los maestros de aquél, en la crítica, fueron Hipólito Taine y el danés Georg Brandes. Tuvieron menos influencia Remy de Gourmont, Lemaitre y Faguet, Paúl Bourget y Anatole France. Como ejercieron su dinámica intelectual Renan, Amiel, Shopenhauer, Nietzsche y Ganivet. Entre los creadores no podrían dejar de mencionarse los nombres de Tolstoy, Dostoiewski, Carduci, D’Anunzio, Verlaine, Ibsen. Entre los poetas: Verlaine, y los del simbolismo alemán: Stefan George, Hugo Von Hofmansthal, Peter Altenberg. Más tarde, Goethe. De los clásicos, conoció bien a Dante, Cervantes y Shakespeare.

Y, lentamente, va relevando las calidades más valiosas de Sanín Cano: su espíritu antidogmático, lo que lo induce a explorar diferentes teorías filosóficas como dudosas; su filosofía estética lo conduce a proclamar que el culto a la belleza,

es primordial para la vida humana: acepta que hay vaguedad, imprecisión en las líneas demarcatorias, entre prosa y poesía: y juzga que los géneros literarios, son fenómenos históricos.

Sanín Cano ofrece una explicación acerca del modernismo, que hace elocuentes sus sabidurías: 1) en él se manifiesta un exotismo, que, algunas veces, es superficial y dañino, 2) el hispanoamericanismo o hispanismo, en el cual tiene seria repercusión, pues con ese género España tomó conciencia de sí misma intelectualmente. Sanín insiste en las diferencias entre las literaturas particulares. Los modernistas indoamericanos rompieron “con algunas tendencias tradicionalistas entecas”. Es cuando viene el ascendiente de Indoamérica sobre España; 3) la sencillez, que consiste en poder usar el lenguaje común, que antes no era aceptable; 4) intuición, es la etapa de “los líricos más líricos”.

Rafael Maya consideró a Sanín Cano, según cita de Uribe Ferrer, “el escritor de genio más universal que ha dado Colombia”.

La Historia

Al detenerse en el examen de *La miseria del historicismo*, de Karl R. Popper, ataca su concepción filosófica que predica que todo es “predicción histórica”. Ésta creó el nazismo y el comunismo, que favorecieron la rigidez de las “leyes inexorables del destino histórico”, que tanto han costado a la humanidad. Ellas niegan la libertad.

Cuando penetra en *El progreso de la historia* de John Bury o en *El sentido de la historia* de Karl Lowith, hace hincapié en que el progreso indefinido, es lo que ha impulsado el devenir histórico. Al avanzar sobre el *Origen y meta de la historia*, de Karl Jaspers, menciona que todos los hombres pretenden acceder al sentido de la vida, no sólo a través del pensamiento. Este autor nos propone que nos empeñemos en captar el alcance de la vida de la humanidad, o sea el conocimiento de la

historia. Cerrar ésta, amurallarla, es imposible: porque lo que hoy es básico, con otros materiales sale a otra circunstancia menor. Concuerda con el pensamiento de Kenneth Clark quien habla de que no hay renacimiento, sino varios, porque no hay límites. Lo que hay sucede viene de muy atrás, se realiza y sigue teniendo privanza. En el libro *Libertad y necesidad en la historia*, de Isaiah Berlín, éste resume los puntos más discutibles de sus ensayos: “Primero, el determinismo y su importancia en las ideas que tenemos de los hombres y de su historia: segundo, el puesto que tienen los juicios de valor en el pensamiento histórico y social, especialmente los juicios morales: tercero, la posibilidad de distinguir en el ámbito de la teoría política, entre lo que los escritores modernos han llamado libertad positiva y la libertad negativa, y, finalmente, la cuestión del monismo, la cuestión de la unidad o armonía de los fines humanos”.

En este recorrido, va quedando expreso el pensamiento de Uribe Ferrer sobre un tema característico en el juicio humano e intelectual. Su vislumbre vuelve a levantarse en palabras de fervor mental.

La poesía como forma de conocimiento

Al tomar posesión del sillón de Miembro Correspondiente de la Academia Colombiana de la Lengua, leyó su trabajo *La poesía como forma de conocimiento*. Aquella palabra la toma en la acepción griega y por ello puede referirse su estudio a Juan de Herrera, como a Miguel Ángel, el Greco, o a Juan Sebastián Bach. Ella está en el origen de la ciencia; no se utiliza como medio de escapismo. Al contrario, el poeta se ve comprometido con las realidades: la de su tiempo, la humana y la colectiva. Es, igualmente, un modo del conocimiento. En lo literario, se acerca al misterio del hombre, del mundo y de lo divino. Proclama la poesía, la metafísica y la religión como formas del conocimiento de la totalidad de los apasionamientos

del hombre. Esto, desde luego, no lo aceptan los positivistas ni los cientifistas. Sin que podamos ignorar que la experiencia poética es intuitiva. Es imaginativa, también, pues todo se vincula a los sentidos, y, a la vez, es intelectual. La inteligencia preside la creación poética, unida a lo emotivo o sentimental. Es depurado el sentimiento poético. Tiene carácter universal. Debe ser válido para todos. El artista imita la realidad, pero creadoramente. La obra artística es simbólica, pero no simbolista. Es real e ideal. Es personal y suprapersonal. Pero no hay que confundirse: la intuición poética es diferente de la elaboración poética. Hay creadores y hay contempladores. Éstos deben descubrir los significados implícitos de aquélla.

La novela nueva

Hace la declaración de que James Joyce ha influido, en forma extraordinaria, en la revolución de la novela. Lo mismo que Virginia Woolf. Ésta, tiene en su escritura más intensidad poética: un sentido más humano: mayor dilucidación dentro de lo subconsciente que, uno y otro, ayudaron a develar. Sus novelas y sus cuentos, son de los mejores de la novelística contemporánea. Es “narrativa de una intensidad humana y estética por pocos igualada. En la cual, los valores y sentimientos femeninos alcanzan plena expresión”.

Para que se observe cómo evoluciona de rápido la adhesión y el desdén literarios, narra que a Samuel Beckett le dieron el premio Nobel en 1969 y hoy es un autor sin privanza. El caso de Italo Svevo, tiene importancia porque él refleja varias influencias y concordancias en las corrientes modernas del siglo XX. Coincide con Proust a quien no ha leído. Lleva a Freud a su novelística: el monólogo interior antes de Joyce. Sus personajes son almas grises, que se debaten en lo cotidiano; en lo que ata y carcome. En cuanto a Mauriac “a quien considero desde mi adolescencia, como el más grande de los novelistas

que viven”, repite lo que escribía Graham Greene en 1948. En el otro extremo, Jean-Paul Sartre habría de afirmar que Mauriac no es un novelista auténtico. Entre ambas opiniones, oscilan las de los innumerables críticos que se han ocupado de su obra, aunque, es innegable, la mayoría se inclina a reconocer en él a uno de los grandes escritores de su época. Este prestigio fue consagrado por el Premio Nobel en 1952.

Luego, se detiene en analizar a Paul Bourget. Profundiza en su obra. Lo sitúa entre los creadores de la novela psicoanalítica. Sin él, no existiría Proust. Lo juzga como ensayista y sociólogo, antes de la conversión y, después, de ella. En ese estudio largo, meditado y cuidadoso, va destacando la significación que tiene dentro de la novela moderna. Una biografía sobre Kafka, nuestro contemporáneo, sitúa a éste entre las dos guerras que han torturado al hombre. En ese estudio, se hace hincapié en lo que llama Uribe Ferrer la “oscura lucidez del genio”.

Él, plantea lo absurdo de la existencia humana. Su biografía con los documentos que escaparon a la barbarie nazi, nos van dando una imagen más cercana de este autor, con “una obra literaria significativa y genial”. En *La Muralla China*, que es una reunión de relatos, nos permite, como el resto de su creación, poder parangonarlo con Joyce, Proust y Tomás Mann. Las vidas que pinta son “humanas, profundas, con sus oscuridades y su misterio”.

Los orígenes del doctor Faustus, de Tomás Mann, es una explicación del novelista de cómo nació su novela. El antecedente puede hallarse en lo que escribió André Gide en *Los monederos falsos*, sin que pueda hablarse ni de imitación ni de copia. *El doctor Faustus* “es un vasto fresco de la República de Weimar y luego de la segunda guerra mundial, del fin del Tercer Imperio”. Y deja un testimonio el año de 1945 de lo que fue la barbarie nazi, que pinta en esa novela genial:

“Repercutiendo todavía en mis oídos las histéricas declamaciones de los locutores alemanes sobre “la santa lucha de liberación contra la desalmada masa”, escribí las páginas so-

bre el infierno, que son realmente el episodio más fuerte del capítulo, inimaginables, por cierto, sin la experiencia interna del sótano de la Gestapo- y las que siempre elegí como lectura cuando, con el fin de alentarme y engañarme a mi mismo, presentaba la parte más segura del libro, lo que brillaba, o sea: lo que hacía completamente incomprensible a los oyentes mi preocupación por el todo”.

“Necesité diecisiete días para el último capítulo. El último en realidad, pues el fin había de ser concebido como epílogo. Los discursos de Adrian me llegaban tan profundamente al alma como profundamente me habían salido de ella”. Y narra enseguida cómo mientras lo escribía, pensaba en Alemania como un pueblo sin esperanzas, “aunque no estaba muy claro si él (Ernst Wiechert) pensaba al particular en un pueblo al que no se le deja ninguna esperanza o en un pueblo en el que resulta imposible tener esperanzas”.

Teatro

No podía faltar el teatro en la apreciación de las obras examinadas. Uribe Ferrer manifiesta que hay un gran desequilibrio en las lecturas: poco se lee en lo referente a éste: tanto en cuanto su producción como a su crítica valorativa. Es un grave error, pues cada obra descubre una parte de la naturaleza humana, comprometida en mil aventuras. Igualmente, la técnica y el lenguaje varían con tanta rapidez, y aquellas han evolucionado singularmente, que es posible hallar en sus obras un gran deleite. Propone un prototipo: cuando Priestley presenta en los escenarios “*Ha llegado un inspector*”, en esta tragicomedia comprendemos que la presencia del funcionario, facilita entender que se trata del denunciante de la injusticia.

Ensayistas antioqueños

En la multitud de obras y personajes juzgados en este *Bazar* que era el nombre con el cual se distinguía la columna perio-

dística de René Uribe Ferrer se mencionan con juicio algunos nombres antioqueños. Entre ellos, al filósofo Cayetano Betancourt, uno de los fundadores de la Universidad Pontificia Bolivariana, hombre de serena presencia intelectual, ducho en investigaciones y con obra de consideración. Entre sus libros, menciona: *Ensayo de una filosofía del derecho*, *“Bases para una lógica del pensamiento imperativo*, *Filósofos y filosofías*, *Sociología de la autenticidad y la simulación*. Él tenía la virtud de pensar y enseñar a repensar.

Al hacer la estampa de Gonzalo Restrepo Jaramillo, rememora cómo era el orador, profesor y pensador de su partido. Él, mantuvo cerca de sí una permanente preocupación por la cultura: la vigiló, la explicó, la excitó entre grupos jóvenes. La vigorizó para sí, como expresión, y de muchos otros sectores. Sus libros, *El pensamiento conservador*, *Peligro de Occidente* y *Los círculos concéntricos*, revelan multitud de sus cavilaciones. Todas de nobilísimo interés al tener perspicacia en lo que trataba y presentaba al examen crítico. Algunos de sus ensayos, se refieren a materias colombianas -unos de ideología y, otros, de historia- que mantendrán actualidad. Sostiene preocupaciones más raigales –de orden doctrinario, religioso y universal– que cruzan sus estudios.

En cuanto a Fernando González, hace una declaración que creo que resume la postura de los lectores frente a este escritor al cual se le continúan descubriendo nuevas facetas de interpretación: “Los colombianos seguimos mirando, amando y temiendo a Fernando González al cabo de dieciséis años de su muerte”. Su juicio de valor, lo juzga valiosísimo por su autenticidad. González se propuso hacer una crítica aguda sobre muchas exterioridades, circunstancias y personajes de nuestro transcurso social. Lo hacía, audaz y acertadamente con originalidad.

Al preocuparse de la obra de Marco Fidel Suárez, hallamos un juicio imparcial. No entra en la idolatría que ha sido uno de los signos para valorarlo. Lo juzga como un fracasado

en su obra. Lo siente como un hombre preocupado intelectualmente, pero sus *Sueños*, son fragmentarios, sin unidad. No tuvo sistema filosófico. Culto, pero sin metodología científica. Descuella como investigador histórico y Uribe Ferrer releva sus semblanzas, algunas de clásica trascendencia por su fidelidad y su penetración. Verbigracia: es muy respetable y acertada la defensa que formula de José María Obando de las acusaciones por la muerte de Sucre. Es igualmente justo y luminoso cuando exalta a Santander. Uribe Uribe, Murillo Toro. En cuanto a su estilo acomete un juicio consagratorio: “Además, fuera de natural, el estilo de Suárez es de una variedad que evita toda fatiga al lector. A veces serio y conciso, como compete a los temas científicos que trata. Otras, las más, amplificado sin oratoria y dado a las digresiones para completar con ejemplos y anécdotas su doctrina y enseñanza. Otras lleno de una racia punzante y de una ironía secreta pero tremenda. Otras angustiado y trémulo, cuando nos pone al desnudo su corazón de hombre bueno, tímido, quisquilloso y susceptible hasta el extremo. Otras dotado de un poder descriptivo y narrativo que pocos han superado, como puede verse en el *Sueño de Blas Gil y el Moro*.

“Ese hombre es uno de los grandes de nuestra historia, y uno de los clásicos de nuestra lengua. Escritor clásico es el que sigue vivo a través de los cambios de modas y gustos literarios. Y el que tiene algo permanente que decir a sus lectores. Puede comprobarlo todo el que se sumerja en sus libros”.

Al referirse al libro, *Breviario de ideas políticas*, del profesor Gerardo Molina, indica una afirmación, que puede juzgarse como una definición: “Molina es el más profundo y equilibrado doctrinario de la izquierda colombiana”. Su volumen lo observa “breve y magistral” en el cual expone las ideas de izquierda que Molina considera más aplicables a nuestra vida social y política. Es aclaratorio en “el fortalecimiento del intervencionismo de Estado, cuyas funciones deberán ser las de la redistribución del ingreso, de la propiedad de la tierra y de

la producción industrial”. Se detiene en remarcar la capacidad de sinopsis en la exposición de principios y en la precisión de su prosa, sin alardes. Todo ello es cierto y es, apenas, una revelación de la identidad de Molina entre su visión doctrinaria y el prototipo auténtico de su vida de combatiente ideológico.

Novelistas antioqueños

Escribe dos notas sobre la presencia del profesor de la Universidad de Toronto, Kurt L. Levy, en Medellín, en 1973 y 1981. En el primer año, dictó un ciclo de conferencias sobre Emiro Kastos, Francisco de Paula Rendón, Efe Gómez y Tomás Carrasquilla. Este novelista ha sido una de las grandes preocupaciones de Levy y le ha dedicado ensayos para darle el sitio que merece en la crítica internacional. Sus obras son estudios de dedicada investigación, con preocupaciones por aupar la lectura de uno de los más grandes fabuladores del continente. Su primer trabajo es una incursión biográfica y bibliográfica. Adentrándose en la personalidad de Carrasquilla. No ha descuidado valorar sus ideas estéticas. Su edición crítica sobre *La Marquesa de Yolombó*, es otro aporte bien clarificador. De suerte que a Levy se le debe el rescate de una personalidad substancial dentro de la novelística y quien, por fortuna, continuará ejerciendo su ascendiente en el futuro.

El juicio de Kurt L. Levy sobre la novelística antioqueña, la sintetizó Uribe Ferrer en estas palabras:

“En cuanto al análisis que hace de nuestros tres grandes narradores del pasado próximo: Rendón, Carrasquilla y Efe Gómez, también nos muestra cómo ocupan un digno lugar en la novelística y cuentística de lengua española coetáneas. Los tres pertenecen a los finales del siglo XIX y los comienzos del XX. O sea la época del Modernismo. Narrativamente enlazan con la generación española del 68, que los precede e impulsa la de Galdós, Pereda, Clarín, Pardo Bazán y Palacio Valdés- y la del 98, que los influye. Para comprobar lo último

basta observar la extraordinaria admiración de Carrasquilla por Ganivet, Unamuno y Blasco Ibañez”.

“¿Pertenecen nuestros tres maestros al modernismo? Si seguimos creyendo la mentira de algunos críticos españoles, que identifican Modernismo con exotismo, claro que no. Pero si nos convencemos, después de leer a los grandes maestros modernistas, de que el exotismo fue una epidemia pasajera de algunos de ellos, y que, en cambio lo que el Modernismo buscó y logró fue el encuentro de la auténtica personalidad iberoamericana, tendremos que reconocer que la renovación efectuada por Rendón, Carrasquilla y Gómez fue modernista, porque fue auténtica y profundamente antioqueña. Fue el encuentro pleno de Antioquia consigo misma, iniciado por Gutiérrez González y Emiro Kastos”.

Literatura española

En cuanto a la literatura española, escribe una serie de comentarios críticos de la mayor relevancia. Se evidencia su desvelo detrás de los epígonos de la Madre Patria. Los examina, les da nuevos valores, los sitúa en otras perspectivas. Hay una especie de reevaluación de muchos de ellos y a otros, los vuelve a poner en circulación, descubriéndoles sus categorías. Él, principia por acercarse a Don Francisco de Quevedo y Villegas, en sus cuatrocientos años. Nos rememora cómo su obra es de gran variedad. Le tocó vivir y padecer la decadencia de España y compartir su inmenso imperio, bajo la ineptitud de Felipe III y Felipe IV. Lo apasionó su amor a España. En sus creaciones, era evidente su seriedad y alcance. Mientras su prosa era satírica, la poesía se distinguía por su gravedad. Se expresa en estilo conceptista y retorcido. Pienso que los sonetos sobre el amor y la muerte, son el momento supremo de la lírica española y universal. Su mensaje le da la categoría de un valor perenne en las letras castellanas, revelándose como humanista barroco. Todo ello le permite

sentenciar: “Su visión distorsionada del hombre y del mundo se continua en la pintura de Goya y, más tarde, en la poesía y prosa de Valle Inclán y Unamuno. Y hoy en Camilo José Cela”.

La obra de Góngora y Argote, precipitó polémicas. La crítica del XIX rechazó el barroco y, como consecuencia lógica, a este gran creador. En 1927, lo rescata especialmente Dámaso Alonso. El mejor Góngora, lo identificamos en sus sonetos. Sus dos obras grandes, son el *Polifemo* y *Las soledades*. Sus romances en octosílabos siguen válidos ante la crítica.

Para Uribe Ferrer, Rosalía de Castro y Bécquer son los máximos poetas que dio España en el siglo XIX. Ambos, publican una “poesía intensa, concentrada y dura como un diamante”. Rosalía protesta contra la injusticia social. Tiene el acento popular de su región. Mantiene el cetro de la mejor poetisa hasta el momento en que irrumpe Gabriela Mistral.

La poesía de Manuel Machado entrega un aporte significativo a la cultura española. Ésta, no ha sido fuerte en poetas líricos. Él, descuella en esta modalidad, en el Modernismo, detrás de Rubén Darío. Como es apenas natural, escribe mucho en estilo parnasiano. Lo mejor de su creación, es que sigue la huella de su pueblo andaluz.

Leopoldo de Luis vivió su juventud en la guerra civil. Lo marcó con dureza. Su canto destella por la intensidad y la adhesión a lo humano: “Sólo en un sentido trágico de la vida. Puede arraigarse la esperanza”. Es de los poetas de hoy con Blas de Otero. Celaya, José Hierro. En su libro, *Teatro real*, exalta la vida diciendo que esta es el gran escenario del mundo. Es como espejo y fundamento del universo, que se mueve entre la esperanza y la solidaridad. Repite: “Necesitamos tanto de los otros. Las cosas nos ayudan a caminar de nuevo. No tengo nada mío, es a vosotros -tierra, amor, esperanza- a quien lo debo”. Su segundo libro, *Juego limpio*, se preocupa de exaltar el dolor de los inocentes:

“Sé que en alguna parte llora un niño bajo la soledad de las estrellas. Miles de pies lo aplastan diariamente -en vano-

contra el centro de la tierra. Y sin embargo..., buscamos un metal hermoso pero -difícil- la esperanza”.

El existir de Dionisio Ridruejo ha sido de saltos y contradicciones, Su poesía de grandes esquemas humanos y sobrehumanos: el amor, el odio, la fe, la duda, la angustia, la colaboración humana, el dolor.

Al analizar a Larra “Fígaro”, Uribe Ferrer releva su condición de crítico. Porque allí es donde se manifiesta el auténtico creador. Escribió sobre política, análisis literario y cuadros de costumbres. Su “espíritu fue genial, corrosivo y satírico”. Su lirismo en la prosa, revela un poeta. Es, sin duda, uno de los grandes escritores de España en el siglo XIX: Bécquer, Rosalía de Castro, Pérez Galdós, Leopoldo de Alas, Menéndez y Pelayo.

Ramiro de Maetzu tuvo una biografía llena de contradicciones. Perteneció a una generación activa, la cual comenzó por hacer afirmaciones negativas sobre su propio país. Más tarde, después de experiencias en otros medios, se afilió al franquismo y terminó escribiendo varios libros en los cuales hacía la expansión del pensamiento de la hispanidad.

Vuelve Uribe Ferrer a repasar *La Celestina*, que es uno de los temas, eternos y de más valor en la literatura. Cada día, alcanza más la inmortalidad. Ya Fernando de Rojas le descubre otras facetas en su obra de creador. Como puntualiza la significación de *Tristana* de Benito Pérez Galdós.

El filósofo Ramón Xirau es una inteligencia que se desenvuelve en la actualidad, buscando, en lo más valioso, situar los fenómenos de la cultura. Él ha escrito ensayos en los cuales ha distinguido tres grandes períodos sucesivos en la formación de las culturas: El de ascenso creador (los presocráticos, la patrística y el Renacimiento): el de la estabilidad englobadora (Platón y Aristóteles, San Agustín y Santo Tomás, Kant y Hegel) y, por último, el de la crisis, que es el actual.

Don José Ortega y Gasset

En el ámbito del repaso de escritores españoles. René Uribe Ferrer le dedica varios juicios a don José Ortega y Gasset. Apoyándose en *La rebelión de las masas*, va indicando cuáles son sus derroteros más significativos en su producción de tantos y variados influjos en la inteligencia indoamericana. Frente al marxismo, Moscú, el fascismo de Mussolini y la democracia capitalista de Inglaterra y Francia, considera que se ha alcanzado el “advenimiento de las masas al pleno poderío social”. Antes del siglo XIX, a Europa la manejaban las élites. En la actualidad, el hombre pasa a ser el esclavo de la técnica.

Ésta, lo lleva a evitar esfuerzos y a eludir problemas: es el optimismo en el progreso actual. El hombre masa es manipulado por los medios de información: prensa, radio, cine. Con una peculiaridad: que el especialista tomará posiciones de ignorantísimo. Aquél, incapaz de pensar, se entrega al Estado. Ello explica el auge de los totalitarismos. Porque se ha desdeñado la enseñanza que indica que “la vida pública no es sólo política, sino, a la par, y aun antes, intelectual, moral, económica, religiosa, comprende los usos todos colectivos e incluye el modo de vestir y el modo de gozar”.

En esa obra, señala cuáles problemas agitaron a Oriente y Occidente. Hace una declaración del respeto a las minorías -citado por José Blanco en su *Ficción y reflexión*- que es uno de los pensamientos más abiertamente antihegemónicos:

“El liberalismo -escribe Ortega- es la suprema generosidad: es el derecho que la mayoría otorga a las minorías y es, por tanto, el más noble grito que ha sonado en el planeta. Proclama la decisión de convivir con el enemigo. ¡Convivir con el enemigo! ¡Y con el enemigo débil! ¡Gobernar con la oposición! ¿No empieza ya a ser incomprensible? Nada acusa con mayor claridad la fisonomía del presente como el hecho de que vayan siendo tan pocos los países donde existe la oposición. En casi todos una masa homogénea pesa sobre el po-

der público y aplasta, aniquila todo grupo opositor. La masa no desea la convivencia con lo que no es ella. Odió a muerte lo que no es ella”.

No hay institución democrática que no defienda: el parlamento, la limitación en el crecimiento de las fuerzas policíacas, el entendimiento internacional de los pueblos. Su lucha fue coronada con las “consignas” que señala el franquismo y que reproducimos, pues ellas nos advierten cuál era la influencia del pensamiento de Ortega y Gasset y cómo las dictaduras, frente a la inteligencia, imponen sus mezquindades: la consigna del gobierno de Franco del 28 de septiembre:

“En el caso de que ocurriera el fallecimiento de Ortega y Gasset, la información sólo se podrá titular a dos columnas y no será muy extensa. Se podrá publicar una sola fotografía y algún artículo, pero junto a sus méritos deberán recordarse sus errores políticos y religiosos”.

La del 18 de octubre, el día de su muerte:

“En relación con la muerte de José Ortega pueden publicarse hasta tres trabajos: la biografía y dos artículos. Título de la información, como máximo, a dos columnas. Si se hace un comentario de su filosofía, deberá hacerse con altura, sin violencia contra él, aunque destacando sus errores en materia religiosa. Pueden publicarse en la primera página, fotografías de la capilla ardiente, de la mascarilla o del cadáver, pero no de don José vivo”.

Regresando a las tesis de su libro. Ortega afirma que “la rebelión de las masas es una misma cosa con la desmoralización radical de la humanidad”. Los hombres medios, que, a veces, son los líderes, buscan mantener todo igual. Mientras que a los totalitarismos faltan ideas, sí mantienen creencias, que fanatizan y se diluye el poder crítico sobre lo real.

Ortega y Gasset abre las puertas en *Meditación del Quijote* acerca de una exploración filosófica española. Habían contribuido a esto, algunos otros. Ortega y Gasset reafirmaba que había una auténtica filosofía española, para lo cual, sólo sería necesario referirse

a los místicos del siglo XVI, al Quijote y al mismo Unamuno. Todo coincidiendo con la tesis de Julián Marías, su discípulo, quien afirma que ella puede viajar de “incógnito y sin usar, o muy discretamente, su nombre y atributos”.

En cuanto a la personalidad y el pensamiento de Ortega y Gasset, se han escrito muchos estudios. Uno de estos del padre belga J. H. Walgrave. Naturalmente, se detiene en el integralismo católico que dominó a la Iglesia en la “época piana” (1800 - 1958) y que, por cierto, Uribe Ferrer enfatiza que no debe ser esa la conducta del catolicismo. Porque esa “filosofía es de la búsqueda y el encuentro”. En cambio la otra actitud, es el dogmatismo que no permite razonar ni comprender. El libro de la referencia responde a la “comprensión y al diálogo”, de que se ha hablado después del Concilio II. Ortega plantea los problemas filosóficos de su tiempo. Su sistema no es opuesto a ninguno. Él, trata de globalizarlos. Uno de los escritores que se han preocupado del español, es Julián Marías, en dos libros, *Ortega: circunstancia y vocación* y *Acerca de Ortega*. En ambos textos, destaca la calidad de su maestro, en España y en Europa. Plantea que el núcleo fundamental filosófico en el cual centra Ortega y Gasset su pensar, se manifiesta, desde el primer momento, muy eficaz en su dinámica intelectual desde que publicó su *Meditación del Quijote*.

Es impresionante la capacidad de entendimiento y seguimiento de Uribe Ferrer del pensamiento orteguiano. Nos puntualiza cómo éste, desde 1905, se proclama socialista. Pero no marxista. Se empeña en predicar el crecimiento de la economía para que se puedan llevar beneficios a los obreros. Es decir, trabajó sobre la dura corteza social de su pueblo, especialmente en la república. Uribe Ferrer localiza los desvíos que sufrió ésta, pero, a la vez, formula que esos desquicios tenían como fundamento el feudalismo que dominó hasta 1931. El maestro español invariablemente se preocupó de la política. Combatió la monarquía de Alfonso XIII, especialmente en los años de la dictadura de Primo de Rivera

=(1923 – 1930). Fundó con Gregorio Marañón y Ramón Pérez de Ayala la “Agrupación al servicio de la República”. Ellos tres tuvieron muy calificada influencia en la proclamación de la República el 14 de abril de 1931. Sus discursos son, casi en su totalidad, cogitaciones muy serias sobre lo democrático, la evolución de la economía hacia lo social y admoniciones doctrinarias que debían de servir a los gobernantes. Es la posición de un combatiente vigilante del avance democrático de su pueblo.

En el *Epistolario de Ortega y Gasset* se recogieron cuarenta y tres cartas. Sus corresponsales son intelectuales y su hijo. Hay textos de carácter cultural y otros íntimos. Van de 1904, - aun no había cumplido veintiún años- hasta 1949. Allí se evidencian explícitos “cambios y vacilaciones de su extraordinaria aventura intelectual”. Y ya, desde el primer instante, está planteando que lo filosófico y lo filológico, son “orbes en continuidad”. Así va confluyendo a la razón vital, uno de sus tres fundamentos filosóficos.

Como es lógico, se refiere a la *Revista de Occidente*, que dirigió el mismo pensador. Juzga que, sin dubitaciones, elevó el nivel de las minorías cultas. Toda ella aparece surcada de temas del más original valor, con novedad y proyección hacia el futuro. Es la que mayor privanza ha ejercido en nuestra lengua.

Refleja lo que se pretendió superar después de la primera guerra (1914-1918), pues el daño de ésta aceleró la destrucción física, intelectual y moral de la comunidad. Esa publicación, ha cumplido dos objetivos: uno, incorporar el pensamiento europeo a España; y dos, expandir lo español, que no se había vuelto a intentar después del siglo XVIII.

Poetas modernos españoles

Hay una sección de este libro, en el cual se agrupan comentarios en cuanto a diversos poetas, todos contemporá-

neos. con obra muy valiosa y de proyección universal. Entre ellos, Vicente Aleixandre, Federico García Lorca. Miguel Hernández, Ramón Pérez de Ayala, Dámaso Alonso, Luis Cernuda.

Juzga que a Aleixandre se le halla completo, como poeta, en *La destrucción o el amor*; siendo, por lo tanto, un superrealista poeta cósmico del amor humano incorporado a la muerte. Otro de sus libros, *Sombra del paraíso*, en el cual hace la evocación de demasiadas cosas. Avanza más hacia la clarividencia en otro libro, como es *Poemas de la consumación*. Porque él se ató al existencialismo con su *Historia del corazón*. Mientras que Walt Whitman ejercía su influjo en *En un vasto dominio*. Descuella por las sutilezas, profundidades y complejas elucubraciones poéticas en sus *Diálogos del conocimiento*.

A García Lorca lo consagra, con Pablo Neruda, como uno de los “poetas máximos contemporáneos de nuestro idioma”. Sus tres obras, *Yerma*, *Bodas de sangre*, *La casa de Bernarda Alba*”, son tres tragedias de las más conturbadas y básicas del teatro universal. En sus *Prosas*, podemos repasar estudios de gran proyección cultural como sus *Ensayos acerca de una lectura comentada del Cante Jondo*; o su *Oración fúnebre a María Blanchard*: sobre las nanas infantiles: *Imaginación, inspiración, evasión*; la *Teoría y juego del duende*. Hay que subrayar su estudio sobre *La imagen de Luis de Góngora* en la cual retrata al poeta como prolongación de las fuerzas populares.

En Miguel Hernández halla “el último de los máximos poetas españoles”. Las valías que se logran establecer son las de Góngora, Garcilaso, San Juan de la Cruz, Lope, Quevedo, Calderón y las de sus contemporáneos, Neruda y Aleixandre. Pasa de dos estados antagónicos: de católico con poesía ascética a izquierdista y materialista. Su obra se puede resumir en lo que el mismo dice en uno de sus poemas:

“Con tres heridas yo:
la de la muerte,

la de la vida,
la del amor”.

Esos son, exactamente, los tres ambientes de su creación.

En Luis Cernuda predomina el carácter trágico de la existencia. Cuando apela al vanguardismo, se le nota ligereza. Pero cuando penetra en las materias que caracterizan su obra, se hallan los fracasos del amor, el anhelo metafísico y el religioso.

La poesía de don Dámaso Alonso se puede establecer en sus tres libros. *Oscuro noticia, Hijos de la ira, Hombre y Dios*.

Ella tiene dos tiempos: el de la juventud, que no alcanza un sitio especial. Después, las desgarraduras de la guerra civil española, lo lleva a escribir una poesía de valor. Sin duda, ocupando sitio entre la de los grandes creadores de la península.

En ella la interrogación a Dios crece y, a la vez, la duda, la negación y la blasfemia. Uribe Ferrer puntualiza que en algunos de sus grandes poemas, se escucha la misma voz de Job, Prometeo, Hamlet, Iván Karamazov y José K.

Ramón Pérez de Ayala conserva fresco su prestigio en la poesía, en el ensayo, en la novela. Galdós sólo exaltó y lo consagró.

Tuvo fervor religioso, pero nunca estuvo subyugado a la iglesia. Lo que se elevó en toda su obra, fue el amor irracional para España. Penetró en su raíz y noveló en el estilo de los del 98.

Sin duda, “es un grande nombre de la literatura de nuestra lengua”.

La política

En la obra de Uribe Ferrer existen demasiadas noticias en cuanto a los sucesos políticos, a las ideologías, a los derrote-

ros universales. Pocas, relacionadas con los menudos episodios diarios. Se le halla preocupado por el camino de los hombres, pero no se mezcla en sus devaneos. Cuando se detiene en “El Centenario de Gandhi”, nos relata que fue contemporáneo de Mussolini, de Hitler, de los militaristas japoneses, de Stalin. La pregunta válida es: ¿qué queda de ellos? La lección de Gandhi, se prolonga:

“En cambio la obra de Gandhi sobrevive y progresa, y su nombre es una pura gloria para la humanidad que todavía cree y espera en el bien. Claro que no logró el triunfo pleno. Quiso apaciguar el odio entre hindúes y musulmanes, y lograr una plena tolerancia religiosa en su país. No pudo, y éste se dividió en dos repúblicas: La India y Pakistán. Y el padre de la independencia de ambas, moría en 1948 asesinado por un fanático hindú, o sea por un correligionario suyo”.

Al profundizar en don Gregorio Marañón, se interesa por las diferentes exterioridades que tocó su obra de escritor fecundo.

Las diseña, las contempla en su calidad, y les indica el carácter de permanencia que tendrán en el futuro. Igualmente, predica qué obras podrán juzgarse como circunstanciales. En su nombre, España localiza uno de sus mejores hombres de estudio. Para celebrar su actitud de libérrima pasión por el entendimiento entre los hombres, vale la pena transcribir, como lo hizo Uribe Ferrer, su definición de qué es ser liberal: “es, precisamente, estas dos cosas: primero, estar dispuesto a encenderse con el que piense de otro modo: y segundo no admitir jamás que el fin justifica los medios sino que, por el contrario, son los medios los que justifican el fin”.

La muerte de Walter Lippmann, el escritor norteamericano, lo pone a cavilar, nuevamente, sobre su libro *Retorno a la libertad*, que publicó cuando ya presentía la segunda guerra mundial. En él se descubren capítulos muy clarificadores sobre el avatar del hombre contemporáneo y cuáles preocupaciones deben destacar su combate:

“Frente a todas las formas de despotismo, Lippmann proclama la necesidad de la vigencia de la libertad, para que una sociedad sea auténticamente justa. Es lo que él llama la reconstrucción del liberalismo. Desde luego no se trata del liberalismo. Desde luego no se trató del liberalismo clásico del siglo XVIII. Al contrario, Lippmann demuestra lo catastrófico del error del liberalismo clásico: el *laisser-faire*, que dio nacimiento a una de las formas más atroces de explotación de la mayoría de los hombres por una minoría explotadora: el capitalismo, que produjo como reacción casi necesaria la doctrina del colectivismo marxista. Al liberalismo lo detuvo en su camino la falsa hipótesis de que hay un campo de libertad en que rige la economía de cambio, e independientemente de él, un campo jurídico en que el Estado tiene jurisdicción”.

En el ambiente colombiano

En cuanto al libro que publicó el Banco de la República, que recoge la obra de Luis Carlos López, el poeta cartagenero, y cuya edición prologó y orientó Guillermo Alberto Arévalo, Uribe Ferrer manifiesta que, por el denuedo de sostener unas tesis y acomodar a éstas el pensamiento del poeta, se desvirtúa su obra. Se le hace perder su rumbo crítico. Porque éste debe tener como deber ineludible el de la limpidez, sin estar atacado a prejuicios políticos, filosóficos o religiosos. Que no se debe desdeñar que el Tuerto López “es uno de los grandes poetas colombianos del período modernista”, quien tiene algunas concomitancias con Lugones en cuanto a su tendencia humorística. Pero no se trata de distorcionar su poesía, pues ésta está concentrada en tres realidades: la cartagenera, la colombiana y la humana.

Jorge Rojas tiene entre sus últimas publicaciones *Cárcel de amor*. Se le ha juzgado como uno de los más altos poetas de la patria, porque ha sido “maestro del ritmo, de la imagen y de la sobriedad”.

Eduardo Carranza trabaja su poesía con elementos de la levedad, de la ternura varonil, de la suavidad y de la gracia. Juega con imágenes de asombrosa libertad. Uribe Ferrer se pasea por sus creaciones. Pero es bueno indicar que se inclina más hacia la obra final, sin dejar su pensamiento de admiración por la primera. Pero hace declaraciones que son valederas: en *El olvidado y Alhambra*, avanza sobre el crepúsculo vital, el otoño y va sumergiéndose en sus preocupaciones eternas. En *El olvidado*, *Los pasos contados* y *Hablar soñando*, está la gran poesía, porque se convierte en clamor que sacude. De la mujer, pasa al ser humano. Un poeta de amor, como es toda su obra de adolescencia, va hacia el amor trágico. Como poeta de la patria, “sus ríos, sus flores y frutos, sus pequeños rincones, y sobre todo, en sus hombres y mujeres, con sus sufrimientos y anhelos, sus frustraciones e incompletos logros”, hace un recorrido amoroso por todas las circunstancias geográficas y espirituales. Para Uribe Ferrer el mejor libro es *Epístola mortal y otras soledades*, donde la desolación irrumpe con las desgarraduras que depara el caminar vital.

La música

Un hombre culto como Uribe Ferrer, no podía ser indiferente al milagro de la música. Ella nos ilumina a todos. En su escrito, *El artificio de la ópera*, observa que este siglo nuestro no ha logrado superar ni a Wagner, Debussy, Mozart y Verdi. Pero, lo preocupa el hecho de que el texto poético, se vea arrastrado por la calidad de los arreglos musicales. Wagner intentó que ello no sucediera y es, en su obra, donde con mayor imperio despótico se imponen éstos. Tampoco lo logró Debussy en su *Pelléas y Melisanda*, donde el propósito se inclinaba a esa misma elusión. Como la ópera tiene mucho de artificio, se presta, excepcionalmente, al recurso cómico. Pensemos en las tres piezas más altas de Mozart. Inclusive la magistral de Verdi. *Falstaf* la cual se somete a esos afanes.

Como es evidente que es ella un espectáculo teatral, éste triunfa cuando se ciñe a las reglas dramáticas. Como evidencia serviría *Otello* de Verdi.

Cuando muere Stravinsky escribe una nobilísima nota en la cual puntualiza cómo perteneció a una generación crucial, en todas las manifestaciones del arte, que se veía sacudido por una gran crisis en lo que se ha llamado la cultura de occidente. Se vieron al frente de la destrucción y las locuras colectivas. Pero sus nombres de creadores, siguen en vigencia:

“La muerte de Igor Stravinsky a los ochenta y nueve años de edad, abre un claro más en la nómina de una generación que constituyó uno de los más espléndidos momentos de la historia del arte y del pensamiento europeo. Nacido en 1882, era un año menor que Bartok, seis menor que Falla, trece mayor, que Hindemith. Cuatro hombres que jalonan la historia de la música contemporánea desde la segunda década de nuestro siglo. Período que marca un cambio relativamente brusco con la época impresionista que precedió sintetizada en la figura de Debussy”.

Literatura indoamericana

Arturo Uslar Pietri, un maestro de la escritura en el continente, se detiene en la obra de Rómulo Gallegos y hace consideraciones que son valederas: proclama que el novelista nos conserva una Venezuela con su pasado y crea mitos inmortales o caracteres. Lo del pasado es básico si escuchamos que Aristóteles decía que había más verdad en la poesía que en la historia. Para valorar la calidad de lo que ha hecho Gallegos, podrían hacerse varias referencias: a España, de comienzos del siglo XVII, la conocemos gracias a las virtudes descriptivas de Cervantes. La Francia de la Restauración no se manifiesta en los historiadores, sino en Balzac en *La comedia humana*. Y la bella época, antes de la catástrofe de 1914, la podemos reconstruir en Proust. De manera que la valía del nove-

lista venezolano, no puede ser ocultada por ningún accidental desvío de apreciación.

Gallegos se presenta intelectualmente en la tercera década del siglo XX. Es cuando se publican varias novelas refrescantes, que presentan la imagen de nuestros pueblos: cambian la manera tradicional de novelar, llegan, por primera vez, a los públicos extranjeros. Entre ellas descuellan *Doña Bárbara*, *Don Segundo Sombra* de Ricardo Güiraldes, *La vorágine* de José Eustasio Rivera. Ellas están precedidas de *Los de abajo* de Mariano Azuela. Esa renovación se explica por la revolución que introdujo el modernismo. No es cierto que éste sólo sea exotista, escapista, esteticista. Esta versión la han repartido los críticos españoles: Salinas, Alonso, Cernuda, Vicente Gaos: entre los latinoamericanos, Raúl Silva Castro y Luis Monguió. Al contrario, las inteligencias que emplean las orientaciones de aquel, las vuelven hacia lo nuestro, a la entraña comarcal. Las determinaciones iniciales venían de Europa. Con el predominio económico de los Estados Unidos, éstos principiaron a determinar lo mental. Condujo a que los intelectuales indoamericanos buscaran su realidad, se detuvieron en su medio. Hay, naturalmente un interés marcado por la forma: se lucha contra el descuido literario que predomina en gran parte de los realistas y románticos. Se impone una exigente conciencia estética. El sincretismo es una de sus calidades: lo raigal contra lo extranjero. Todo ello confluye en Gallegos, “renovador y revelación para los extranjeros”. Precisamente *Doña Bárbara* es una obra en la cual se da “mayor toma de conciencia de la realidad nacional y, especialmente, de lo llanero”.

Al acercarse a la poesía de Pablo Neruda, no puede menos que admitir que se trata de un “poeta gigante”. Con treinta y cinco publicaciones y otras que sólo se editaron después de su muerte. Desde 1923. “dominó durante medio siglo exacto la poesía de lengua castellana”. Hereda la monarquía de Rubén Darío y la ejerce sin timideces: “Ambos, Darío y

Neruda, son los máximos poetas de esta lengua nuestra en lo que va del siglo”. Sus etapas poéticas podrían dividirse en neorromántica, superrealista y poesía social. La primera corresponde a la juventud. Después, se convirtió en el mayor restaurador poético anterior a la guerra civil y ala segunda guerra universal. Su poesía social -*Canto General, Tercera residencia* y otras-, tiene grandes aciertos. Fracasa cuando se vuelve “panfleto e insulto”. Sería inútil, dice Uribe Ferrer, negarle que es el poeta de las “realidades humanas y terrenas”. Avanza en el juicio: careció de preocupaciones religiosas y metafísicas. Como tampoco fue un ideólogo. A pesar de ser un poeta desigual, es “el mayor de los poetas vivos de la lengua española”. De él podría decirse que es de una “selvática fecundidad”, “y sus altibajos y sus caídas son parte sustancial de su personalidad”. Es el “poeta del mundo total”. Todo ello lo escribe Uribe Ferrer en su bello, hondo y clarificador ensayo *Muerte y presencia de Pablo Neruda*.

Herrera y Reissig patentiza en su canto su etapa pastoril, eglógica, la del amor y el erotismo. Y la de los inicios del superrealismo. Usa abundantes nombres griegos, pero su medio es el uruguayo. “Los personajes son el cura rural, la beata, los labradores que regresan a la aldea donde viven el boticario, el herrero y los burgueses chismosos. La miseria, la tristeza y la alegría son las de los campesinos de nuestras tierras semi-feudales de hace medio siglo”. Es un modernista que renueva la imagen poética. Lo hace con otro gran poeta: Leopoldo Lugones. A ellos, sólo se les puede parangonar Góngora. Apelando al simbolismo. Herrera y Reissig cambia la imagen. Neruda decía de éste que era uno de los auténticos valores poéticos de nuestra lengua. Con muchas reminiscencias afrancesadas, pero muy uruguayo e indoamericano. No hay que desviarse en el juicio por el hecho de que busque ropaje exótico para sus creaciones. Los tres -Darío, Lugones y Herrera y Reissig - descubrieron nuestro mundo. Neruda, sin ninguna duda.

Juana de Ibarbourou, en 1919, publicó *Las lenguas de diamante* y, desde su presencia en las librerías, gozó de un gran prestigio. Lo conservó fervoroso durante demasiados años. Con el paso del tiempo se ha apaciguado: “pero sigue siendo un inmenso poeta, de los altos de la historia de nuestra lengua... Con Rosalía de Castro y con Gabriela Mistral. Juana es una de las tres cimas en la poesía femenina escrita en español”. Más tarde, viene su *Raíz salvaje* que proyecta el mayor clima del amor e inclusive de erotismo en medio de una confesión torrencial, donde la muerte, se manifiesta con su rostro desgarrado. Más tarde publica *Pérdida* y, finalmente, *Ele-gía* en los cuales ya se descubren ciertas inclinaciones a los ambientes otoñales y las referencias religiosas muy explícitas.

Con mucha devoción, Uribe Ferrer, trabaja sobre la figura literaria de Borges. Para aquél, Borges, es, ante todo, un gran poeta. No se le da esa categoría, pues la mayoría de los letrados, son despreocupados lectores de poesía. El dedicarse a su lectura, reclama seriedad, examen, profundización. En los poemas de Borges predomina la imaginación sobre la inteligencia y el sentimiento. Su cuarto libro de poesía, *El otro, el mismo* es “obra lírica parca y excepcional”. El, ha indicado su posición: “Descreo de las escuelas literarias, que juzgo simulacros didácticos para simplificar lo que enseñan, pero si me obligan a declarar de donde proceden mis versos, diría que del modernismo, esa gran libertad, que renovó las muchas literaturas cuyo instrumento común es el castellano”. Los asuntos de su creación, son la vida, la muerte, el tiempo, el dolor, la metafísica. Hace una declaración de cómo juzgaba la eternidad en el *Poema de los dones*: “yo que me figuraba el paraíso bajo la especie de una biblioteca. *La cifra* reúne poesía ultraísta. Uribe Ferrer proclama: “Poesía -la última- en contraste con la inicial, depurada, densa, concentrada, pero nunca seca. Regresó al verso tradicional, sin renunciar al verso libre. Todo esto le permite volver al autor de este libro a reafirmar su convicción del alto linaje de su poesía.

Del libro de cuentos de Borges *El informe de Brodie*, menciona con calificativos, el primero y el que lleva por título *Guayaquil*, que se dirige a la entrevista de Bolívar y San Martín en aquella ciudad. Unos cuantos, son localistas, típicamente argentinos. Es un libro muy realista. No apeló a su imaginación, que es lo mejor de sí. Considera Uribe Ferrer que los contemporáneos son poco convincentes, críticos a veces. No son acertados para decir qué perdurará y qué se irá hundiendo en el vacío. Anota que Borges no ha escrito obras de extensión, ni es fecundo. No ha dominado en un género literario. Ha oscilado entre el cuento, el ensayo, la poesía. No ha tenido, una línea estilística: ha ido del barroquismo de su juventud al estilo directo de su vejez. Eso sí, está lleno de riqueza de espíritu, sutil inteligencia, poderosa y controlada imaginación. Es básicamente un gran poeta, lo vuelve a repetir. Y un mago en la escritura: en diez páginas describe una “vivencia profunda y compleja”. En su prosa, hallamos su correlación con el eterno retorno y acentuadamente lo típico y porteño, que algunos no quieren ni entender ni subrayar.

Siete noches, es un libro con siete conferencias de contenido desigual. Por varias razones: “aficionado al juego de ingenio, a la frase desconcertante, que busca más llamar la atención que expresar la profundidad de su pensamiento. En cambio, en sus versos, en sus mejores versos, nunca cae en el mero juego de ingenio. La prosa de sus últimos años, muestra una parcial decadencia”. En *Borges oral* su prosa, como sus conclusiones, no son, en todo momento, exactas. En *Discusión* y *Otras inquisiciones* su obra lo sitúa en el campo de la metafísica. Sus recursos: el tiempo, el eterno retorno, la unidad y la multiplicidad, lo real y su realidad. Los autores que cita, vienen de esa fuente. “Por ser un metafísico, es tan gran escritor”. Y, por ello mismo, es uno de nuestros clásicos. *Borges ensayista*, le permite a Uribe Ferrer concluir que no es incondicional de los ensayos del argentino. Con delicadeza fina, le va fijando desniveles, equivocaciones, falta de rigor en los da-

tos. La ironía, le hace perder la precisión rigurosa que debían tener sus estudios.

Nuestro crítico dice que se va a referir al “extraordinario Sábato”, a quien así califica. En *Itinerario*, antología de *Hombrés y engranajes*” y *Heterodoxia*, manifiesta que no cree en Dios. A pesar de la lejanía de Sábato con el pensamiento y la conducta espiritual de Uribe Ferrer, éste lo juzga sin mezquindades. No es, por lo tanto, su inteligencia gazmoña, ni pacata, ni inclinada al sectarismo intelectual o religioso. Contradice a Sábato cuando éste predica que todo gran escritor no es un artífice de la palabra, sino que simplemente escribe. Al contrario, aquel exige que sea un “dominador de la lengua” y agrega: “los máximos escritores son aquellos que tienen algo muy grande y hondo que decirnos y nos lo dicen con un dominio despótico del idioma en que se expresan”. Pero lo que más atrae a Uribe Ferrer, es que el existir para Sábato tiene un contenido. No es que lo busque, o lo indague, o se planteé la cuestión. Es que el argentino, en medio de las desgarraduras y dubitaciones que esboza en su obra, toma un alcance que es la esperanza como motor de existencia. Cuando publica *La cultura en la encrucijada nacional* se hace evidente que tiene conciencia histórica y geográfica de su patria. En este texto, vuelve a repetir algunas ideas. Es lo lógico, pues ello ineludiblemente sucede: cada autor tiene unas ideas primordiales, que son claves, y cada vez que las enuncia, las enriquece, las amplía, las ennoblece en su contenido.

En Leopoldo Lugones su poesía se une a sus contradicciones vitales. Evoluciona de “la declamación a la sencillez: de lo exótico a lo autóctono: de lo decorativo a lo íntimo”. La suya es una poesía de tradición y de renovación: “es uno de los grandes innovadores de las formas, de los temas y de la expresión de la poesía”.

La muerte trágica de Jaime Torres Bodet le permite escribir una evocación en cuanto a su trayectoria humana - decisiva en el torrente administrativo de México y con prestigio internacio-

nal por sus actuaciones en diversos organismos - pero, se asombra con su poesía, que venía del modernismo de González Martínez y, después, se abría hacia las vanguardias con Carlos Pellicer, José Gorostiza, Xavier Villaurrutia. Fue crítico con ensayos de gran contenido sobre Balzac, Sthendhal, Dostoyewski. Pérez Galdós, Torres Bodet, merece que se le analice, con mayor detenimiento, lo mismo su prosa que su poesía.

José Martí es mal conocido como poeta y como prosista. Su acción civil ha tenido más publicidad que su capacidad de creador. Se le ha negado por los críticos, por los resabios que incubaron los españoles contra el modernismo y él es de sus más explícitos y apreciables valores. Es “uno de los mayores escritores del continente”. Realizó una tarea que tiene fuerza idealista, se inclina al servicio de la colectividad, de la libertad, de la perfectibilidad humana. Esto es estimable en el libro que le ha dedicado el profesor norteamericano Iván A. Shullman. Ese nombre, es, en el continente, uno de los más limpios resplandores:

“El libro de Shullman es la obra indispensable para conocer a fondo a Martí, tanto al poeta como al prosista. Está realizado conforme a los métodos de la estilística, pero sin caer en la unilateralidad de algunos eruditos miopes que creen que la estilística puede agotar la significación de un autor. (Al contrario, la estilística unilateralmente aplicada lo que hace es desecar y disecar la obra y hacernos olvidar su vida, al desvincularla de la del autor)”.

Para comprender la obra de Martí, Schullman hace un análisis casi exhaustivo de sus símbolos predominantes. Pero detrás de ellos va siempre el hombre:

“Su visión esencialmente idealista, su consagración al encubrimiento de la humanidad, su concepción, a veces romántica de la libertad y perfectibilidad humanas, se reflejan en una simbología de orientación tan idealista como su visión del universo. Pero su idealismo se compensa con un toque de positivismo, enriqueciendo así su ideología con una

concepción realista práctica, frecuentemente científica de la realidad externa”.

Los escritores europeos

No termina Uribe Ferrer de adentrarse en nuevos predios. Hace otro recorrido intenso y extenso por la obra de muchos de los grandes símbolos de la inteligencia europea. Nos precisa que Elliot tiene una obra poética, aún no calificada con la debida extensión y hondura. Sus dos libros, *La tierra estéril* y los *Cuatro cuartetos*, nos revelan un creador muy valioso. Se puede parangonar su influjo y su calidad, en la poesía, con la que tuvo el *Ulises* en la prosa.

El libro de Odysseas Elytis, *Dignum este*, recoge las determinantes principales de su existencia: la Grecia clásica, la Grecia Bizantina, a pesar de que no parece creyente; la de la canción popular en que se expresó Grecia para conservar sus cualidades y tradiciones contra el poderío turco y del movimiento surrealista francés, y lo que significó la segunda guerra. En tres partes se divide el poema: Génesis, describe la realidad cósmica y humana de Grecia: la Pasión, que es la guerra y la postguerra y el Gloria, en el cual exalta los valores de su pueblo y de su raza. Tiene, un acentuado matiz de protesta social, que conmueve.

Cuando juzga el libro de C. P. Snow, *Nueve hombres del siglo XX*, menciona sus apelativos, que han sido básicos en la política, en el pensamiento, en la ciencia, en la literatura: Stalin, Hammarskjöld, Lloyd George, Churchill, Rutherford, G. H. Hardy, Einstein, Wells y Robert Frost.

A los autores hay que gustarlos críticamente. En cuanto a los *Pequeños ensayos* de Hermán Hesse, nos predica que lo distingue la agudeza de su observación. Que se hace directa y vibrante en escritos de la menor extensión.

En una época se detuvo en la relectura de Dickens, con especialidad en *Los papeles póstumos del club Pickwick* en los

cuales hay dos personajes con parecidas connotaciones que el Quijote y Sancho: Pickwick y Sam Weller. Como cuando se detiene en *Dublineses* nos marca que su autor es un novelista básico, que deslumbra como el historiador de la naturaleza humana, teniendo hondura en su raciocinio. Pero sus vocaciones que son múltiples, y vienen del pasado y se internan hacia lo actual, se hacen evidentes en las lecturas de *El americano imposible*, de Graham Greene que se detiene en la guerra de Vietnam, con su crueldad, el dolor, los niños. Uribe Ferrer regresa al *Tartufo* para poder contarnos como es la hipocresía: y en el *Boccaccio* se inclina más por sus dones que por los desvíos en ciertas materias que se le han indicado universalmente. En *El corazón de las tinieblas*, de Joseph Conrad, nos acerca a un drama humano, doloroso y amargo: el tratamiento que se le da a los negros del Congo Belga por los europeos. Al consignar su impresión sobre André Gide, nos recuerda como con Claudel, Valery y Proust, es uno de los cuatro grandes de la Francia de este siglo. Su obra tiene el sello de la confesión personal. *Los alimentos terrestres*, es un libro estético y antimoralista. Él es capaz de asomarse al alma, entrar y sacudirla en sus recovecos. Fue un simbolista. El autor de este *Bazar*, le califica su alcance, pero sin desconocerle sus limitaciones. Entre Nietzsche, que es genio, que seguirá influyendo y Gide, hay un abismo, aún cuando la obra de éste sea clásica. Fue contradictorio, amargo, difícil. Vivió a saltos: sin fe y en desvelo de búsqueda. Tuvo la marca del agnóstico.

Bertrand Russell fue un eterno rebelde, que buscaba los elementos que conforman e integran la pacificación de su país. Sobresalió como permanente investigador. Escribió un bello libro que se llama *Los retratos de memoria* y entre éstos se manifiestan con categorías Shaw, Conrad, Lawrence, Wells, Santayana, Whitehead y sus escritos autobiográficos. Su enseñanza es digna de meditar: su preocupación la humanidad y la paz. Se detiene en Russell. Lo examina por su contribución al pensamiento contemporáneo. Éste dijo:

“Mi interés por la filosofía tuvo dos fuentes. Por una parte, me sentía ansioso por descubrir si la filosofía podía procurar una defensa, por vaga que fuese, de cualquier cosa que pudiéramos llamar creencia religiosa: por otra parte, quería persuadirme de que algo podía ser conocido, al menos en matemática pura, si no en otro campo... Con respecto a la religión llegué a dejar de creer primero en el libre arbitrio, luego en la inmortalidad y, finalmente, en Dios. Por lo que se refiere a los fundamentos de la matemática, no llegué a ninguna parte... La ciencia en ningún momento está completamente en lo cierto, pero rara vez está completamente equivocada, y tiene, en general, mayores probabilidades de estar en lo cierto que las teorías no científicas... Un filósofo sincero debería reconocer que no es muy probable que él haya alcanzado la verdad definitiva.... La filosofía... es algo intermedio entre la teología y la ciencia...tierra de nadie. Ciencia es lo que sabemos: filosofía, lo que no sabemos. Nueve décimas partes de lo que se considera como filosofía es charlatanería.

La única parte del todo concreta es la lógica, y puesto que es lógica, no es filosofía”.

Para completar su silueta intelectual es bueno incorporar la noticia que el mismo Russell redactó - con hondo sentido del humor - para publicar el día de su muerte:

“Su vida, a causa de todos sus caprichos fantásticos, presentaba un carácter anacrónico, que recordaba el de los aristócratas rebeldes de comienzos del siglo XIX. Sus principios eran curiosos, pero de tal especie que dirigían sus actos... Pero quizás lo que mejor lo define es cuando él mismo dijo:

“Tres pasiones sencillas, pero de una fuerza irresistible, han dominado mi vida: la sed de amor, la búsqueda del conocimiento y, una intolerable piedad por los sufrimientos de la humanidad”.

Su sonreída presencia ante lo más trascendental del mundo, lo destaca Uribe Ferrer en alguna de sus múltiples anécdotas:

“Como filósofo tuvo contactos más o menos estrechos con otros europeos no ingleses, como con el genial Wihgenstein. Son significativas las anécdotas que éste cuenta. Por ejemplo: al terminar su primer discurso en Cambridge, vino a mí y me dijo: Por favor, me quiere decir si soy un idiota completo o no lo soy? Repliqué: Mi querido muchacho, no lo sé. Por que me lo pregunta? Me respondió: Porque si soy un idiota completo, me convertiré en aeronáutico; pero si no es así, seré filósofo”.

Uribe Ferrer lo juzgó por sus vacilaciones, que, cada nueva vez, lo impulsaba a otros avances. No tuvo sentido religioso, pero ello no le impide a éste acercarse a su pensamiento. Allí es donde nuestro autor da la dimensión de su inteligencia y capacidad de raciocinio: poder intimar con la obra de quien no está cerca de su honda verdad cristiana. Tener capacidad de apreciarlo, señalando sus distancias. Fue y es su potencial de entendimiento. Esto sólo lo logra el hombre culto. Y René Uribe Ferrer lo fue en alto grado.

Chesterton lo preocupó en todas las épocas de su vida. Lo sitúa como escritor brillante, denso y desconcertante. Sus frases paradójicas, dejan en perplejidad a muchos lectores. No lo aprecian en Inglaterra porque rompe con muchas de sus calidades y costumbres: se opuso al puritanismo y a la tradición anglicana frente al catolicismo. Predicó el “tomismo como filosofía del sentido”. Escribió con mucha riqueza verbal, con juego mágico en sus palabras. Sigue siendo causa de desconcierto para los críticos. Lo admiraron André Mauroís, Alfonso Reyes, Jorge Luis Borges y Graham Greene. Toma en broma muchas de las situaciones y personas que otros valoran como esenciales. Le da seriedad a acritudes o hechos que se juzgan sin trascendencia. Es una modalidad de humorismo. Éste se hace apreciable a través de sus paradojas. Su laborar es vario y extenso: ensayos, biografías, exposiciones históricas, novelas, cuentos, poemas. Uribe Ferrer hace una gran recapitulación: son textos de ideas y de relatos. Es-

tos, como en todo gran autor, son de pensamiento. Escribe sus narraciones en alegorías, como *Gargantúa y Pantagruel* de Rabelais; *El criticón* de Gracián; el *Cándido* de Voltaire. Aquellas son una visión real pero simbólica. *El hombre que fue jueves*, para hacer una referencia, es como aquellas enmarcada de novela policial. Es, principalmente, cuentista, si nos detenemos en las cinco colecciones de historias del padre Brown. En todas sus páginas juega con la paradoja. Su optimismo no desconoce que hay atrocidades en el mundo. Pero “el amor infinito a Dios lleva todo al triunfo de su justicia y de su misericordia”. Sus narraciones terroríficas conducen a lo luminoso y a la esperanza. Es como si algo apocalíptico recorriera su mensaje.

Una conferencia de C. Virgil Georghiu, en París, le permite a Uribe Ferrer detenerse en su tesis *Materialismo y libertad a la libertad imposible*. Es un autor que tuvo mucha resonancia. En su libro *La hora veinticinco*, nos describió todo lo que significó y entrañó la segunda guerra. Desde allí viene afirmando que el hombre está esclavizado por la técnica, el materialismo y el totalitarismo en sus diferentes expresiones. Termina haciendo una declaración conmovedora: “Como poeta, sacerdote y expatriado, soy libre, y clamo por la libertad de todos los hombres, y trato de enseñar la libertad a todos los hombres”.

Nietzsche es permanente referencia en su obra, creo que por suposición metafísica, que tanto inquieta a René Uribe Ferrer. Se le ha situado de tres maneras: 1) Literariamente, por lo que escribió: parábolas, aforismos, fragmentos y, a veces, en verso. No lo hizo sistemáticamente en ningún género. Ello no implica que no se le deba leer. La mayor parte de sus libros exaltan la sensualidad, la fuerza vital, la guerra. 2) Políticamente. Sus prédicas -mueran los débiles, no-conformidad, no-paz, sino guerra,- ayudó a proyectar una política imperialista y beligerante. Lo acusan de las dos guerras. 3) La influencia filosófica: la noción de valores, el vitalismo. Que-

ría ser el destructor de todos éstos que pretendieran darle permanencia a la cultura occidental. Algunos críticos lo aceptan sólo como un esteta y teórico de la violencia política. Otros, sólo analizan en él lo lingüístico y lo estructural. Eugen Fink lo compara: “Hegel es la afirmación, que todo lo comprende. Nietzsche la negación que todo lo discute”. Y agrega: las materias trascendentales de su pensamiento, son: “su identificación básica de ser y valor, su doctrina de la voluntad de poder del eterno retorno, de la muerte de Dios y del superhombre”. Mientras que Hermann Wein dice que lo subyugante en sus tesis, es el relativismo historicista.

Repaso incompleto

Hemos hecho un repaso que sabemos que es incompleto de este libro, *Bazar: ensayos filosóficos y literarios* de René Uribe Ferrer. Sólo quisimos llamar la atención de cuanta es su abundancia intelectual, la multiplicidad de sus conocimientos, la variedad de sus inquietudes. Él escribió ensayos. La vastedad de lo que cubren éstos, hace imposible que logremos de ellos una definición totalizadora. Como no puede imponérsele un límite. Participa el ensayo también de la novela, según lo advierte Pedro Gómez Valderrama, o en aquél está implícita ésta. Le abre la posibilidad a todos los géneros. La extensión, igualmente, es caprichosa. Se mueve por lo histórico, por lo filosófico, por lo político, por lo artístico, lo científico, hasta el periodismo. Registra las preocupaciones en un instante determinado. Su característica, es literaria. Y por ello su mayor cercanía aparente con la literatura.

Uribe Ferrer nació en Antioquia y allí se formó. Valdría la pena contar que una vez Gabriela Mistral le dijo a Alfonso Reyes: “Eso de haberse rozado en la infancia con las rocas, es algo muy trascendental”. Pues no nos quede duda de lo que ellas ejercieron sobre el espíritu de luchador intelectual de este humanista, serio, paciente, sosegado, que nunca obró

ni escribió bajo el influjo de los impulsos. Lo conocimos en la Universidad: ya tenía el carácter de magister. Daba sus pedagogías con ademán de pulcritud intelectual. Tenía demasiado que transmitir. Fue apóstol de las labores de la inteligencia. Nunca abandonó esos menesteres que le eran dúctiles o exigentes, a la vez. Muchos de los capítulos que se van a leer, fueron elaborados para la prensa. Pero al organizarlos, no apeló a lo circunstancial. El los orientó como obras completas, a pesar de que su extensión fuera breve. Por el resplandor, por la abundancia de sugerencias, por las eruditas, por sus propias reflexiones, cada página tiene la categoría de un ensayo. Podría preguntarse si todos son del mismo tamaño. Pues no. Hay unos estudios largos, que abarcan multitud de materias en torno al tema tratado: otros son notas críticas de libros: tomando un autor va indicando preferencias y disidencias. Pero todo tiene un sello: actúa con su propio pensamiento. No es sólo un glosador. Es alguien con la mente muy abierta y vigilante. Anda por la universalidad de la cultura, pero sin dejar de ser colombiano, o sea, indoamericano. Ha aceptado que la “prosa es la música clásica” de la creación literaria. No permite que ésta lo separe del mundo. Precisamente Uribe Ferrer, en su obra, lo que busca es penetrar éste con mayor lucidez. Porque para él la literatura es adorno. Es algo trascendental en lo cual va implícita una conducta.

Las calidades de su obra

Impresiona la claridad y brevedad de cada una de sus páginas. Lo que denuncia conocimiento y seriedad en la formación. No se extiende inútilmente. Cada nota es jugosa, informativa, valorativa en lo positivo y en lo negativo. Su prosa es de estirpe serena. No hay rebuscado interés en asombrar. Lo que tiene que decir lo expresa con tranquila modalidad. Sin explosiones eruditas, a pesar de que éstas son don natural. Razona con sencilla llaneza, lo que no implica torpeza o pro-

sa descuidada. Pero no da datos solamente. Emite conceptos de valor. Va separando lo que posee calidad y calado de lo que es circunstancial.

Enuncia y, a la vez, cuantifica. Destaca calidades características del autor. Despoja a éste, en la poesía o en la prosa, de lo artificial –lo decorativo– para penetrar en sólo aquello que es capaz de desentrañar quien tiene calificación de crítico y conocimientos.

Lo característico es que cualquier reflexión de otro, le permite formular las suyas al amparo de una sólida y amplia travesía intelectual. La cual maneja con discreto poder. Sin abusar, ni levantarla con alarde.

Examina un autor varias veces. Con enfoques diversos, cuando toca materias nuevas en cada escrito. Así amplía y complementa la visión del publicista anotado.

Uribe Ferrer renuncia a lo que es exageración. Con una fe religiosa. Política y esférica, no consiente lo que radicaliza las creencias. Él, acepta que éstas dan una conducta: pero no es buena cuando anda atada a posturas exageradas. De allí su capacidad de universalizar su cultura. No teme contagios, primacía de otras éticas, porque la suya la tiene bien centrada. Hay una capacidad en Uribe Ferrer para entender el pensamiento de los intelectuales. Lo sigue con rastreo por sus múltiples actitudes.

Uribe da sus análisis con certezas. Denuncia en sus leveidades, a veces, lo consagrado. Formula digresiones sobre puntos que no ha tocado la crítica. Discrepa sin irreverencias: lo evidencia con anotaciones apropiadas y sin vacilaciones. Sus calificativos nacen de meditaciones. No obedecen a impulsos. Son un mundo propio, en el cual la cultura, la densa cultura cumple su cometido.

Cada afirmación va sustentada en una gran variedad de apoyos de investigación: de autores conocidos, de disertaciones discriminadas en la distinción que presenta. Es informado sustancialmente y no se propone dar esa impresión. La cita

salta como simple complemento del razonamiento que viene presentando. No hay nada rebuscado, artificial, que deslumbrare por lo efectista. No necesita apelar a este recurso porque es un humanista de los serios y vigorosos del país. Es un ensayista en la totalidad de este término consagratorio.

Un creador en su tiempo

No es la presencia de un impertinente por sus destrezas. Es la voluntad de un creador que se manifiesta. Su obra tiene sello de quien valora con justeza porque afirma; dice su certeza; denuncia lo accidental; argumenta contra lo que contradice su visión cardinal de la cultura. Lo que entusiasma, es su perspicacia. No se confunde para mirar y calificar. Pero tiene una fresca amplitud para recibir todos los mensajes. El hecho de conocer sus principios, no le permite ser dogmático, ni sectario, ni restrictivo. El lector no puede confundirse, pues habla muy explícitamente. No ejerce mucha inteligencia restringida para leer con sentido crítico. Al contrario está abierto y posee facilidad para reconocer los atributos de quienes no concuerdan con él. No fue por lo tanto, un intelectual lejano de su tiempo. Actuó como hombre que pensó en lo inmediato. Que se detuvo en lo actual. Que indagó en lo contemporáneo. Sin jactancias sectarias denuncia su posición de cristiano y de creyente. Pero en ningún momento deja que le impida analizar la obra de alguien que tiene reñida y contrapuesta postura.

Tenía otra virtud Uribe Ferrer: era un serio contradictor. Cuando no concordaba con un principio: lo resumía y lo presentaba y decía su punto de vista. Lo hacía con armonía entre lo escrito y lo pensado. Con erudición sin pedantería. Porque su rasgo característico era la lucidez. La distinción de su escritura es la sencillez, sin dejar de tener encanto literario. En la polémica es rico en entendimientos, en criterios densos, en afirmaciones doctrinarias. No discutía materias

circunstanciales. Se detenía en lo más comprometedor del estilo, el idioma y su dominio.

Al hablar del hombre del *Humanismo actual*, concibe un capítulo serio, con propuestas y respuestas. Es el maestro que se asoma entre sus modestas actitudes. Él, estuvo más hecho para el recato que para la predicción. Pero, sin soslayarlo, fue un hombre comprometido con su tiempo y trató de ordenar el destino de éste en palabras. Aceptó la prensa como su medio de comunicación. A ella llevó su sabiduría, su prudencia, sus pedagogías. Lo que le importaba era la calidad, el calado en la exposición de los principios o la belleza literaria. Le preocupó lo literario, lo poético, lo estético, en primer lugar, sin descuidar lo filosófico. Al penetrar en *Bazar: escritos filosóficos y literarios* se hallarán las calidades que aquí hemos querido subrayar. Su obra crítica la cumple en el ensayo de contenido. No se inclina a lo sentimental o lo impresionista. Se va por los razonamientos: por la comprobación de hechos: por la expo-

Su posición religiosa

En Uribe Ferrer priva el afán de la reivindicación y salvación del hombre a través del espíritu. Y como buen católico, apoyándose en la gracia. Es una fe limpia, sin gazmoñería. Pero las obras no las examina en esa exclusiva función. Revela conocimiento del razonar teológico de la iglesia, de la patristica, de la filosofía cristiana. Sereno en sus apreciaciones: armonizando el pensamiento de autores y de épocas. De lo medieval a lo contemporáneo. De San Buenaventura al II Concilio. Es revelación de precisión. Como que una guía superior decidiera la meticulosidad de sus apreciaciones. El evangelio lo cita con conocimiento y con sabiduría de intérprete.

Con acento de cristiana tolerancia se preocupaba de autores separados de su credo. Veamos un sólo ejemplo: Neruda,

lejos de su ideología. Pero capaz de aprisionar su mensaje. Sobresale el pluralismo para deliberar. Calificaba con cuidado y si debía aclarar los juicios, lo hacía con evidencias. No se sometía a la crítica pasional. Él, dijo:

“La erudición vivida nunca es superflua ni inhumana”.

Lo caracterizó el afán de libertad: en lo intelectual, en lo religioso. Por esto su pensamiento alcanza tanta amplitud. No estaba encasillado. No hay dominio ni de los prejuicios ni de los dogmatismos. Tenía serenidad y objetividad. No se ataba al providencialismo religioso, a pesar de su fe. De allí que abarcara tanta materia disímil. Sus comentarios son reflexiones sobre las obras que analizó.

Lo sacudió la miseria colectiva. El dolor social. Su sentido cristiano lo ponía en solidaridades. Fue su pasión por la justicia, como inmanencia del predicado divino que le permitió su cercanía al hombre, sus luchas, sus dolores, sus alegrías. Así lo vivió y lo proclamó.

Su crítica

Para donde va su crítica? Hacia lo didáctico. Desea transmitir, comunicar, despertar inquietudes. Ese era su digno y el más fundamental: dictar su clase, escribiendo. Una manera peculiar de coloquio. En sus prosas se comparte lo que amó, lo que dejaba a un lado, lo que exaltó y lo que no aceptó ni en condescendencia de hombre de buenas y finas maneras, que fue otro de sus rasgos. Su vocación de escritor se manifestó muy firme, con ansia de conocimiento, como una manera de continuar su diálogo. Iba leyendo y haciendo glosas marginales, evocando materias concomitantes: llamando la atención sobre diversas referencias. A pesar de su formación filosófica muy seria -enseñó la materia durante muchos años - no se dejó atrapar sólo por las ideas. Peleaba por la calidad poética de la vida, de lo que leía, de lo que comentaba. Y cuando tuvo que apelar a aquélla, lo hacía con naturalidad, sin forzar

el temario, ni engolfarse en disquisiciones abstrusas. Al contrario, el pensamiento fluía con riqueza estética, que es signo de su escritura.

Quienes compartimos su diálogo, sabemos que tenía igual intensidad al de su prosa. Era justo en las apreciaciones. Esclarecía dudas; daba dimensión exacta a lo que quería transmitir. Su estilo gozaba de transparencia, como su vida. No pensó disfrazar su razonar, puntualizando y aclarando aquello que merecía ser puesto en apreciación del lector. Porque él, René Uribe Ferrer, no se permitía juegos mentales en los cuales primara la falta de convicción; o la interpretación equivocada. Lo que nos entusiasma de su obra, son sus aciertos, que le dan al lector clarividencias.

Barrio “El Refugio”, Bogotá, 1989.

**“La casa de las dos palmas”:
Novela de excepcionales
atributos estéticos y humanos***

Novela de capital importancia

Esta novela, *La casa de las dos palmas*, es una de las obras mayores de Manuel Mejía Vallejo. Pero podría preguntarse para alcanzar claridad: ¿cuál sería la menor? El crítico, estoy seguro, entraría en dificultades para acertar en el juicio. Pero sí podría aventurarse en pregonar que la mencionada, es de capital importancia por la noble factura literaria; por el hilo conductor de la ternura a la dramaticidad; por el escenario deslumbrante y conmovedor de la naturaleza; por el fuego interior del alma de sus personajes; por la espectacular riqueza de convulsiones humanas. No hay un capítulo en el cual la variedad de situaciones, no mantenga al lector en vilo.

La inteligencia y la sensibilidad, juegan un papel de estremecedora densidad en la combinación de situaciones, actitudes y nuevas aventuras. El mundo - el local y el universal - se recrea en esas páginas de tan permanente inquietud. Ni sus criaturas, ni el lector, permanecen sin azogue. Hay una corriente de vibrantes reclamos, espirituales y vitales, que facilitan una tensión creciente para lograr aprisionar la intensa y creciente aventura de este fabular.

Es un libro de leyenda y de misterio desde las primeras páginas. El mundo anda en embrujo. Hay una reconstrucción de lo que forma el ambiente rural de tierra fría.

Aparecen algunos contrastes con la atmósfera del ambiente cálido. Los pájaros, las flores, las coplas, le dan un tono natural. La voz larga del pueblo, se enriquece con lo que se intuye en misterios. El relato facilita que de éstos, asomen varios y disímiles. Hace posible descubrimientos del alma y de la na-

turalaleza. El mito, el dolor del recuerdo, el infinito encanto del ensueño, aparecen en el revuelto espacio infinito del corazón. Nadie ni nada, detienen su poder.

Los diálogos brevísimos de Zoraida Vélez o de Gabriela con Efrén Herreros, reconstruyen el mundo desaparecido: el de *La casa de las dos palmas*. El de los que se fueron, que la construyeron, que allí amaron, los que la aprovecharon para soñar.

El viento, que trae y lleva; que acerca y separa; que entrega y despoja; el que nos llena el alma de noticias de sutiles admoniciones, es un aliento grande de la esperanza y, también, de la desolación. Obra en la novela con la entidad de un personaje autónomo. Nos llena con su débil presencia o nos empobrece con su retiro. Es un extraño susurrar que, a veces, se queda dando vueltas en el alma.

Una de las virtudes de Mejía Vallejo, se destaca en la manera singularísima de calificar las actitudes humanas. Por ejemplo- él habla de la “tristeza segura”. Otro escribiría tristeza, solamente. Él pone un adjetivo a cada estado espiritual. Califica y esta modalidad crea una atmósfera en el alma. Nos advierte cómo es cada momento: desolado, eufórico, opaco, resplandeciente - donde aparece un nudo que detiene el fluir abierto del corazón.

La creación de un mundo

Como lo sabemos, Mejía Vallejo ha recreado un ambiente cercano al mundo de extrañas resonancias: el de Balandú. Es un pueblo ya mítico en la novelística del continente. Allí se nutrió y alinderó su existir, en una época que él siempre evoca con tantas precisiones estéticas. El novelista, le da orden al desorden de la vida y de la naturaleza. Al mencionar las cosas en relación con una persona, o con un episodio, les da una categoría interior. Porque ellas o éstos adquieren la vida que les infunde el creador. No viven solas. Les ofrecen a los

personajes una fuerza de gloria sosegada o de pasión; de silencio o de tormento; de euforia o de canto melancólico.

La capacidad descriptiva, logra darle aliento de alegría o de melancólico encanto al perímetro que describe. La adjetivación adquiere una singular riqueza, con su peculiar acento, según lo que busca transmitir al lector. A éste lo conduce, con la magia de su prosa, a mundos de singular calidad; a buceos hondos del existir o a ligeros arrebatos.

Qué acertadas y ricas descripciones: de las acciones, de los condominios, de las vibraciones íntimas, de las bebidas. Qué manera honda de advertir cómo es la cultura popular que nos da alegría; nos despierta solidaridades; nos descubre aventuras del alma, del pan, de la amistad y, a veces, de la obediencia.

Sabias calificaciones

Tiene el fabulista una manera de caracterizar a los personajes, o de señalar sus calidades, o de descubrir lo más hondo de su fuente espiritual, pues es algo que trasciende en suaves gestos, en calladas obsecuencias, en las palabras que apenas asoman y se vuelven a perder. En sentimientos hondos, de pura ninfa espiritual, que espigan en el alma. Mejía Vallejo los descubre y los califica allí con la palabra justa, que señala y define. Son los que crecen, no se doblegan. Los que guarda con pudor y no crecen desafiantes o señaladores. Estos, casi se pierden entre sombras de la conducta de las personas. Es una condición muy singular, que le da una categoría a su fabular.

Hay una dimensión en esta novela, *La casa de las dos palmas* -y en su obra en general- que probablemente no hemos valorado quienes hemos tenido la pretensión de asomarnos críticamente a sus diversas expresiones. Tanto en sus inventarios, como en sus coloquios, o en sus apreciaciones que deja caer cuando avanza en el relato, hay una opulencia

de juicios, asistidos de sabias calificaciones. Van apareciendo sin solemnidad. Pero tienen -hondamente- el aire de sentencia, de reflexión filosófica, de razonamiento en la severa dimensión de la doctrina intelectual. No las catalogamos así, porque son parte integral del natural fulgor del relato. Son segmentos de su entrañable y profunda vocación para mirar, penetrar y calificar la vida. Como salen tan espontáneamente, como agua vital que corre en adjetivos, creemos que es parte de su quimera. Y no nos percatamos de la sutileza de su mensaje. Ni de la trascendencia de lo que expresa la voz del personaje. Dejamos que se escurra la presencia del razonar entre los tejidos de las aventuras que relata. Pero es bueno abrir las entendederas. Allí lo que hay es una concepción completa del existir: qué es la vida, la muerte, el amor, el arte, la ternura, el sentido agónico de la lucha, la pasión abierta por lo que nos deparan las horas, el destino de la libertad, las batallas populares, la soledad, el silencio, la creación e, igualmente, la soledad del vencido.

Es recomendable que comencemos - quienes nos acercamos a su variada creación - a examinarla desde lo intrínseco de la obra, que es un “organismo dinámico”, para tratar de establecer cómo opera el mecanismo recóndito de las personas, cómo puede agigantarse el mundo sólo escuchando la multiplicidad de voces subjetivas, como lo hace el autor.

La estructura que se desprende de su escritura; el afán de claridad en las definiciones que propone en su inmersión permanente en lo profundo de sus criaturas, conduce a una visión quimera del mundo. De “su” mundo, si se desea más precisión. Pero lo que despliega es una tendencia estética literaria que permite calificar su obra de excelente. Posee un estilo que lo identifica. La vida aparece con su torrencial fuerza, pero sin desdeñar una querencia hacia las vibraciones del arte: la música, las tallas en madera, la pintura, las esculturas, el prodigio sugerente del simbolismo de las flores. Lo del mundo exterior no despoja de valor a los sueños, a la narración en

buenas letras, que regresa al pasado. Hay un dictamen idealista de lo que es la familia; la unidad de los seres frente a lo telúrico; el mundo del resplandor íntimo luchando contra las limitaciones que les opone esa existencia primitiva del colono en tierra paramuna.

Las metáforas son de una riqueza substancial. No son adornos transitorios en su prosa. Con ellas, lanza reflexiones sobre los más intrincados temas del universo. Tienen, además, una condición especialísima que debemos tratar de precisar. Mejía Vallejo, en esta novela, goza de una particularidad: la economía en los diálogos. Uno no lee coloquios permanentes. Pero con sus tropos, va dejando una serie de enunciados que reemplazan los coloquios, tan socorridos en el fabular. La particularidad de esas alegorías - para quien no vigile bien el curso de la novela es que parecen conversaciones de sus personajes. No lo son. Es una técnica que no se ha valorado en su particularísima dimensión, que le ofrece un carácter singularísimo a este escritor. Y la belleza de ellas, le dan un marco de dignidad a su vocación de fabulista.

Unidad en la creación

En el libro John K. Simon(*) al referirse a Marcel Proust como ensayista - faceta poco conocida - enuncia algo que nos desvela y que podría examinarse, en un estudio completo acerca del mensaje de Mejía Vallejo, “que cada escritor escribe tan solo un libro -no “inventado”, encontrado dentro de sí - del cual los volúmenes individuales no son sino fragmentos”. Esta afirmación, desde luego, no tiende a disminuir la calidad y alcance de una producción mental. En nuestro caso, no puede interpretarse como que existiera una repetición de novela a novela. Lo que se anota, es que es una sucesión de episodios con una relación explícita o subterránea. Cada creación, desde luego, es diferente en considerables aspectos. Pero, hay unas ataduras que es indispensable que vayamos pensando en exa-

minar con mucho detenimiento de comprensión, que nos debe permitir establecerlas. En el marco general de estas fábulas, aparecen unos valores que rigen a una colectividad determinada: la antioqueña - y, en este caso, la gente del suroeste - que él exalta. A la cual sigue en sus hazañas y en sus inquietudes del asombro, el del interior y el que produce la naturaleza. Y otros como la libertad; el derecho del ser a conformar su destino con su propio impulso; el mundo que no puede ser doblegado por prejuicios; el amor que debe fluir con rica emoción de denuncia de la alegría; el deber moral de quienes ejercen poder sobre la comunidad; la reciedumbre de la beligerancia contra la naturaleza para lograr que ésta acompañe, y les entregue amparo, con sus ofrendas a los hombres en su aventura vital; la presencia de la belleza femenina como un atributo de gracia que, permanentemente, ilumina el paso de los días; la solidaridad silenciosa de quienes comparten la existencia, el juego lúcido de la concepción para impulsos, arrebatos y desniveles en la lógica humana; el brillo de la inteligencia - a veces sin pulimento ni apoyos de conocimiento - pero que denuncia qué cosas tienen una categoría entre las que rodean su contorno.

Una maldición inquietante

A la novela la recorre el fantasmón de una maldición que pesa y determina el destino de la familia Herreros, integrantes del grupo humano que vivió y repasó, varias veces, el autor en *La casa de las dos palmas*. Está situada en una región de tierra fría, asistida de nieblas, frigidez que sobrecoge el espíritu, farallones que se levantan y se empinan sobre el paisaje y las almas. Unos ríos borrascosos, que combaten contra la dureza pétrea de las montañas, caminan entre abismos, rompiendo barrancos, lanzando estrépitos líquidos entre insondables cascadas. Y con viento helado que traspasa la piel y los huesos. De pronto se encabrita, con furor de primitiva fuerza eólica.

Se suceden multitud de hechos que coinciden en las instancias de la adversidad. Juan, el primero de los Herreros que se menciona, fue quien descubrió la mina. A este ejercicio, tan clásicamente antioqueño en su economía, no se hace referencia descriptiva. Sólo se consigna el hecho. Principia la desgracia a asomar su rostro congestionado de signos adversos. ¿Por qué? ¿Cuál la causa? ¿De dónde dimana esa diabólica consigna? El lector puede lanzar más preguntas. Se encontrará con la respuesta inminente de los hechos fatídicos, en sucesión de tormentos: “la ruina empezó con el incendio de los montes. Veinte días y veinte noches ardió la montaña”.

Nunca sabremos con certeza cómo y cuál es la maldición. Ella aparece omnipresente en medio del turbulento mundo o en el suave declive del amor. En las reuniones de familia, la sentencia no se menciona. Pero pasan leyendas; vibran los diversos temperamentos; se escucha a los narradores campesinos; gozan de atención las coplas, las trovas. En los días de diciembre, se ven elevar los globos; se toman, con unción, los musgos. El tiple, la guitarra, las voces cantarinas, elevan sus armonías vocales. Viene a primar, después, la noche, el silencio, la quietud del aire. El diálogo sonámbulo se desovilla mientras cae la lluvia lenta. O, también, cuando arrecian las aguas, descienden los rayos agresivos. En el horizonte entonces - sólo se observa el resplandor que enciende las lenguas de fuego, en la noche. Se va uniendo, sutilmente, lenta y apasionadamente, a veces, dentro de una atmósfera de “tibia melodía”, el afecto. Un silencio de cosa presentida, u obscuramente conocida, se apodera de las almas.

La maldición no se vuelve a mencionar. Pero caminan las desventuras. Juan Herreros no se casó con la que construyó la casa, que era el aliento soterrado de su alegría. Murió de lepra. Y la mina era pobre. Estas noticias, aparecen mencionadas muy lacónicamente. Hay parvedad verbal.

Zoraida Vélez

Esta Zoraida Vélez es hilo conductor de dulzura y de arcanidad en el fabular. Su presencia favorece un clima de sereno silencio. Pero asomándose, en la actitud, a un fuerte principio de solidaridad. Su mundo se entrelaza con los Herreros, a través de la aventura sexual con Medardo, hombre de larguezas en el arte y la bohemia. Para explicar ese amor, que un día se truncó bruscamente, ella misma indicó que debió aparecer al escuchar sus cantos en su casa- “Medardo creo que por eso me buscó”. Añadía con su “habla calma incitadora”: “cantar es bueno para las soledades”. Podría destacarse que en el diálogo más trivial -cantar, por ejemplo, que lo hacía para su padre- le permite dejar caer frases en las cuales aparecen actitudes íntimas tan capitales como la soledad, Manuel Mejía Vallejo en su novela escribe frases al desgaire; hace fugaces anotaciones. Unas palabras que sintetizan una observación, señalan, destacan algo y así se logra una gran síntesis. ¿Qué es lo que tan escuetamente se puntualiza para avanzar hacia algo más trascendente? ¿Hacia dónde va el creador? Esos accidentales adjetivos van uniendo el descubrimiento de una trama intensa de su novelar.

Zoraida “siempre dio la sensación de que algo ocurriría en ella o junto a ella”. Era otra predestinación hacia hechos que rozaban con lo dramático. Estaba así, cercana a la familia signada. Un día su amante la abandona y, ocasionalmente, en un recorrido por Balandú establece la riqueza de olores y descubre las texturas de las maderas que pule, con destreza de artesano pastuso, el Maestro Bastidas, para la iglesia. Fue cuando también declaró con voz calmada- “Me estoy quedando ciega”. Desde luego, como compensación, “la merma de aquella visión dio aviso a los otros sentidos”.

Declara su ambición de recibir consuelo en el ambiente apacible de la iglesia pueblerina. El Maestro Bastidas la incita para que la visite. Ella se arriesga, a pesar de las duras condenas sacerdotales para las mujeres que él calificaba de

indignas de llegar ante el Señor. El cura Tobón trata de impedir el acceso. En ese momento, aparece Efrén, otro de los Herreros, “montado en su mula negra” y para evitar el atropello anticristiano, desenfunda su revólver. El levita públicamente le grita otra excomunión. Existía una que nunca llegamos a conocer. Efrén le grita: “la muerte de un curita idiota no aumentará mi eternidad en el infierno”. Esa áspera experiencia, condujo a Zoraida a madurar “veinte años, que había de vivir junto a sí misma”.

En este episodio, aparece uno de los dramas inexplicables que se vive en los pueblos. El padre Tobón se opone a que Zoraida visite la iglesia, porque es una prostituta. La pregunta que nace, entre asombro y azoro, es aquella de para qué se idearon los templos. ¿La iglesia para quién se concibió? ¿Sólo para aquellos que no tienen pecado, como lo pretendía el párroco? ¿O es para los que regresan contritos, a pesar de que su cuerpo lo tenga maltrecho su acción sexual? Ellos han servido de amparo, - históricamente así se cuenta,- Inclusive para los refugiados políticos más lejanos del catolicismo. La misma atmósfera de reposo, silencio, honda soledad, es para la meditación y el arrepentimiento. Hay levitas que no lo entienden así, ni lo admiten. No saben interpretar la vida de amor de Jesús, que se extiende en sosiego para las almas, de ternura para los afligidos por sus propias culpas. Aquellos sacerdotes tuercen más almas que las propias dolencias espirituales de éstas.

Desde luego, el Maestro Bastidas salió maltrecho de este episodio. Él, además, tenía una suave inclinación por el amor de Zoraida.

Reconstruir “La casa de las dos palmas”

A Efrén Herreros le nace propósito firme de reconstruir *La casa de las dos palmas*. En ella debe volver a predominar la fuerza de su antiguo poderío. Busca al Maestro Bastidas

-“mirada mansa y manos callosas”- y le propone el proyecto. Este le dice a Zoraida ‘vamos juntos, o no vamos’“. “Tomarse las manos fue gesto de ayuda y su tibieza representó el comienzo de un amor tranquilo... ofrecía aquella mano hábil en labrar cedros, torpe al contacto de otra mano... Silencio circundante, palabras escasas, temor balbuciente de lo no dicho se mezclaron a la convicción de haber encontrado seres amigos... Una yegua blanca llevaba a Zoraida. Se fueron Zoraida, el maestro Bastidas y Efrén Herreros “por la calle principal con la más terrible de las soledades... Los perseguía la maldición”.

Brinca la pregunta: ¿Por qué se unen los seres más equidistantes? ¿Qué es lo que nos lleva hacia los otros? ¿Cómo opera el mundo de raras aliaiciones, hasta unirnos? ¿Qué determina las fuerzas de atracción?

Esta primera ligadura de relaciones, culmina con el incendio de la casa de Zoraida. El padre Tobón siempre negó que siquiera lo hubiera sugerido. Se quemó en integridad. La voz del pueblo -¿quién, cómo, cuándo se dijo por primera vez? - recogió lo que llegaría a ser mito naciente; - Desde la calle se oía sonar su guitarra y su voz, en medio de las llamas. Nadie se explica cómo se salvó el retrato que le pintó Medardo.

Las sutilezas de Zoraida

Comienza para Zoraida una vida de muy singulares y extraños poderes. Es cuando la ceguera la conduce, en el páramo, a “enfrentamientos con la soledad... el silencio fue prolongación de la mirada ciega... sonreía con tristeza segura”.

Sus manos, en *La casa de las dos palmas*, aprenden la distancia de los objetos. Sufría limitaciones y acorralamientos. Desde el primer momento de este cambio de vivienda, lentamente le revelan el mundo. Se lo van descubriendo con palabras. Le enseñan lo elemental de la naturaleza. Le indican lo cotidiano, lo superficial por Insignificante que sea, pero que

para ella es esencial. Se le va dando el marco para que recree su actitud ante el otro mundo, el que ella no mira. Y va adaptándose al apacible mundo del Maestro Bastidas.

Pero Zoraida no tolera que se le coloque en situación de mermas y limitaciones. Ella tiene un bello temperamento: “tomaba actitud exageradamente digna, en una inmovilidad de ídolo ajeno a cualquier referencia que no fuera admiración y respeto... erguida su postura en plenitud”.

Ella tenía que luchar, además, con la fuerza imperial de la evocación. La va acomodando a “un recuerdo suave”. Medardo era mucho ímpetu vital e intelectual para que desapareciera en volandas frente a un amor tan apacible como el que ella, ahora, vivía. Aparecía, igualmente, rodeada de ese misterio palpable en quienes han logrado crearse su propia penumbra.

Mientras tanto, iba desatando conflictos, como el que afrontaba Efrén - padre de Medardo - quien tuvo que hacer acto de contención para no besarla. Ella está en deslumbrante plenitud. Lo revelan los movimientos, su sentido del amor, “su brava ternura”.

Quién era Medardo

Los caracteres de los integrantes de la familia Herreros, son acentuados en sus cualidades y defectos. Cada uno aparece con su definida personalidad. Esta, es fuerza subterránea que avanza por los débiles canales de la sangre. Disímiles, los une la vocación de girar en torno de *La casa de las dos palmas*. Se ausentan y regresan. Allí está el centro emocional de sus vidas. Algunos alardean de que se despiden en forma definitiva de su contorno. No lo logran. Cuando menos lo piensan, están regresando al centro cenital de sus existencias.

A Medardo lo descubrimos al comenzar esta bella, sugerente y excitante novela. Unido a Zoraida en amores livianos, según el Padre Tobón, pero que tenían un peso hondo,

cabalístico. Él, “tenía los ojos tristes, pereza de levantar la mirada... el andar lento, alguien andaría por él”. Abandona a Balandú, se despide del paisaje familiar. Renuncia, sin explicaciones, de Zoraida. Hay un impulso de viajes que le atenazan su vida. Y, tanto a ella como a él, al evocarse, les asaltan “tristezas de leyendas... es mentira lo del olvido, nadie olvida... uno lo que hace es disimular el recuerdo, cambiarle de lugar”.

Zoraida cuando levanta remembranzas de Medardo, se le enciende la fuerza emocional de la nostalgia. Pero con aire apacible, casi sin dolor. Pero con una bisbiseante desesperanza interior. De sueño que no confiesa su intensidad ardorosa. De amor quieto. Ni siquiera asoma para la confidencia.

Pasa lento el tiempo. Medardo regresa a Balandú y va directamente a *La casa de las dos palmas*. Avanza con el tío, Monseñor Herreros y con el Padre Tobón. A éste lo toma -casi de rehén, o, al menos, es el sentido que le asignamos- para que, con su visita, aun cuando sea, simbólicamente, establecer un diálogo con Efrén, su padre, el excomulgado. Además, él lleva en su alma una inquieta persistencia de lo hondo de su vida - la infancia y tantos otros momentos del deambular - que lo conducen al sitio del origen.

Este capítulo, es el del regreso físico y anímico. Es como un reencuentro de Medardo con su vida espiritual. Recomponen la condena sacerdotal. Lleva a los dos sacerdotes a *La casa de las dos palmas* para que el Padre Tobón expie su torpeza de condenar, de no perdonar. El diálogo entre el párroco y Monseñor, hace evidente la sutil y dinámica comprensión de éste y la intransigencia, de cerriles durezas, del otro. Lo mismo que el coloquio con su padre, con don Efrén, deja establecidos sus linderos espirituales, dentro de la armonía humana.

Naturalmente, había un nuevo encanto en la casa del páramo. Allí vivía Zoraida. Pero él no fue por ella. El encuentro fue ocasional y momento propicio para volver a tratar de en-

cender un fuego que persistía entre cenizas. Cuando él trató de reanudar el diálogo del amor con Zoraida, ésta “sintió aquel olor a licor y loción, de alma extraviada, de cigarrillo fino, de rabiosa compasión. Ese cuerpo que ella supo en noches de amor fatigado o en exaltación de locura ambulatorio; esa voz recordada de pronto en el silencio preguntador; esos pasos indiferentes al camino; esas manos que pintaban el aire en vuelo rotundo, esas frases en que derrochaba la vida”. Así, ella siempre lo recordó.

Al enfrentarse a sus propias vidas, él le dice:

-Algo tuyo me odia.

Zoraida responde:

-Me da miedo ser incapaz de perdonarte.

En otro momento de lucidez, le sugiere:

-Me da tristeza recordar aquel primer olvido.

Medardo aprovecha y va dejando establecido el decálogo de su amplio, sutil y fino sentido del existir. Él observa una serie de guías que orientan su desplazamiento vital. Lo desazona el que la gente no tenga conciencia de lo que entrega, - amplia, rica y abiertamente - la vida. Él declara que ya “la gente no gusta ni cuando besa”. Que ésta perdió el olfato, pues no tiene capacidad de “oler el olor del tiempo”; no alcanza esa sutilísima proyección de “ver lo que no existe”. El oído está atrofiado y no escucha el ritmo de los astros. Ni sabe del tacto, del soñar, del imaginar, del intuir, del recordar, del trastear.

Repite que Zoraida para él “nunca podrá ser una desconocida en el recuerdo”. Él había pintado los óleos de su familia. Un día, mirándolos, declaró ensimismado: “somos sueños borrados”. Y repetía, enajenado, “la vida es uno mismo”.

El Maestro Bastidas

Es el personaje apacible, es el Maestro en el manejo de las maderas. Llegó con su sabiduría de su Pasto, entrañable

ciudad, para él y para los colombianos. Manos eruditas que iban tomando los palos aserrados y los transformaba en tablas relucientes, en puertas de aspecto imperial, en suaves detalles en las ventanas, en los cielos rasos complacientes para la mirada. Su oficio era el de un artesano con refinada pericia. Obedecía a la tradición de alta calidad de sus compañeros nariñenses. Éstos relievan una larga sapiencia manual. Sus pericias, son ancestrales.

En *La casa de las dos palmas*, tenía manera de regodearse en sus experiencias: en el pulimento y en el brillo de las láminas que elaboraba; en las tallas con las cuales ennoblecía ciertos detalles sobresalientes de los corredores, de las alcobas, de los miradores. Para sus esculturas, para los cofres de minuciosos detalles que le obsequiaba a Zoraida los signos de su amor sosegado. El cedro, el palosanto, el diomato, el guayacán, el roble y la macana, el palo para enrojecer, el aguacatillo, el caobo de tunas grandes, - que él pulimentaba - eran árboles de unas altísimas calidades proclamadas por los más exigentes carpinteros.

El Maestro Bastidas, sabía cuál era la cooperación que le había solicitado Efrén al proponerle la reconstrucción de *La casa de las dos palmas*. Se enfrentaba a una obra gigantesca en su dimensión. Había sido concebida, inicialmente, como “mansión imponente... fuertes vigas, fuertes pilares, fuertes paredones”.

Estampa de Efrén Herreros, el padre

Esta es figura de destacada categoría en este fabular. Su estampa resplandece. Fue signo de la bonanza cívica de la región. Sus conciudadanos lo proclamaron para los más altos destinos. Con una carrera triunfante en la política, abandonó ésta: “el regreso a la tierra era su destino; pero una tierra donde pudieran sentirse acompañadas sus fuerzas. Y solas, con la otra soledad de las alturas”.

A Efrén Herreros se le evocaba - invariablemente - “en su alta mula”. Era como un símbolo de triunfador. Su estampa emergía, imponiéndose, sin reclamar primacía. Era la fuerza que dominaba como torrente vital natural. Manuel Mejía Vallejo dice que “Dios asomaba por la mirada de aquel hombre... Pómulos poderosos, mancha de la barba desde la patilla canosa al desafío de la quijada. Nariz de fuerte aleta, boca firme antes y después de la palabra. Cuello seguro sobre los hombros, desde los hombros tres pliegues de la ruana de paño azul acostumbrada a las ventiscas. Zamarras en cuero peludo, botas compactas en estribos de cobre. Manos quietas en la rienda, suelto el guasco unido a la muñeca por un ojal de cuero trenzado. Mula briosa bajo el jinete”.

“Tenía ojos de profeta cruel, voz retoñadora, al callar decía cosas tan definitivas como al pronunciarlas. Sus hijos serían herederos de la estirpe que él afirmara. Cuando llegó al páramo los montó en caballos y los condujo hasta la parte accesible del farallón.

-Lo que ven y mucho más les pertenece.

Su brazo mostraba la seguridad de un gajo de roble.

-Nadie podrá tener tantas tierras”.

“Poblado así en la soledad, el silencio de Efrén Herreros adquiriría otra dimensión, la multivalencia en cada uno de sus retrocesos y respiraciones. O a ocupar la silla en la quietud de su padre, y mayor que él, sintiendo cómo el colonizador iba llenándolo de impulsos parecidos que morían al ser nombrados”.

Fuerza equívoca invadía, en algunas horas, el alma de Efrén. Se detenía el limpio y poderoso impulso que le imprimía su carácter. Es cuando se hace más evidente que el ancestro pesa, dictamina y señala conductas. Está allí, al acecho, para dar el brinco y ofrecer visión retrospectiva de las cosas. Es cuando se encierra la vida en obediencia a los mandatos de la sangre. Es comprender que no hay nada en la existencia que no aparezca como hondo impulso ancestral.

Porque éste, es el poder que orienta, el que dictamina, el que dice cómo es el mundo, pero de conformidad con un esquema de ayer.

Alguno de sus hijos, - devotos de los prodigios y categorías ganaderas que tienen tan señaladas características, que son puntuales cuando se observan en largos tiempos de cercanía, - decía que su padre tenía “caminar de toro solo”.

Esto quiere enunciar que atraviesa la inmensidad sin obedecer a la manada. Ejerce con autonomía. Su desplazamiento es solemne, lejano y con dominio en las jerarquías.

Efrén Herreros, es un hombre cabal. Integro, “sin retrocesos para la conducta... manos fuertes para el ardor, mansas en la ternura”.

La casa de las dos palmas. Ésta fue la gran casa de la comarca. Era el centro de devociones y admiraciones de vecinos y visitantes. Ofrecía la disposición de una gran mansión. Allí se concentraban unos y otros, para admirar su distribución; los amplios espacios -los sitios para la tertulia-, las habitaciones silenciosas. Las finas maderas, le entregaban señorío y sutiles olores al ambiente del hogar.

Siempre fue centro para el diálogo. Éste, lo acunaban sus habitantes. Los que allí vivían, los que llegaban. Se hablaba de las cosechas, del pastoreo, del prodigio y milagro de las bestias, del arte, de los libros. Del destino de los seres en el amor. De los dolores que cruzan y doblegan las almas.

Se abandonó esta casona, cuando murió Lucía, la suave adolescente, y perdió su brillo esplendente y su primacía. Se le recordaba porque había un letrado que convidaba a la visita y proclamaba que, quienes allí habitaban, tenían claro y dinámico sentido de la solidaridad. Un cartel proclamaba ésta:

“En esta casa nadie será forastero. Caminante: siempre habrá un sillón, una cama, un vaso para tu fatiga”.

Ahora la quiere reconstruir Efrén Herreros. Lo acompañan Zoraida Vélez y el Maestro Bastidas. Al llegar escuchan el informe oral:

“-Aquí había dos palmas grandes, allí se ven sus troncos altos.

-Bien, dos palmas a la entrada. Sembraremos otras para reemplazarlas, que sean altas y fuertes.

“Efrén Herreros hizo traer dos palmas niñas, abonaron los hoyos y Zoraida las colocó, rectas para su crecimiento.

“-Ya hay algo mío en *La casa de las dos palmas*.

-Siempre habrá algo suyo.

“Quiso mirar lo que no podría verse, frenó al eco de las cosas. Las palmas tenían viento propio, recalcaban. Aunque no venteara ni lloviera, aunque no soplara la brisa, se movían las dos palmas. A veces solamente se removían las hojas de una de ellas, mientras las de la otra permanecían inmóviles.

“-Porque se acerca un espíritu.

“-Porque morirá una persona.

“-Porque habrá un incendio.

“-Porque llega la tempestad.

“-Porque amenaza terremoto.

“-Porque pasan los pumas de niebla.

“-Porque ha vuelto la recua de Félix Velásquez, en la oscuridad se les ve trastornar las últimas vueltas del farallón, camino del cielo.

“El viento. El padre viento corredor y enredador, el que todo lo trae y todo lo lleva. El padre viento, el desolado.

-Oigo potros en la noche.

-Algunas noches galopan.

-El difunto don Juan Herreros. O nadie, doña, son potros difuntos. Cuando en las tempestades hay siete relámpagos seguidos, se ven brillantes bajo el aguacero”.

Lucía, la del cabello rubio

La muerte de Lucía produjo los más inquietantes dolores espirituales. Nadie logró volver a conseguir reposo emocional. Se rompió la alegría. Fue un duro tajo en las existencias

de los Herreros. No buscaron consolación. Se doblegaron al dolor. No hubo reposo para la desolación. Y un día la mina de sal, los hornos, el regodeo ganadero, el ímpetu avasallante de las montañas, el viento confidente, se abandonaron. Huían de un sufrimiento que no tuvo cesantía en sus corazones. *La casa de las dos palmas* quedó circuida de silencios y de leyendas: “la niña Lucía llora en las aguas. A veces galopa en su yegua”.

Cuando Efrén se empeñó en reconstruir la casa y llegó a ella con el Maestro Bastidas y Zoraida, ya Lucía era una vislumbre de ficción y así se mencionaba la hija de Efrén Herreros. “Zoraida, nada preguntó, su silencio llegaba al dolor oculto”.

Medardo, el artista y el bohemio, pasó muchas horas con su hermana Lucía. El diálogo aparecía entreverado con la poesía y se volcaba jubilosamente melancólico hacia los pájaros, las flores, los árboles, -que ella pintaba- para acercar así el contorno que había disfrutado con la intensidad adolescente. Lo entraba, en palabras, a *La casa de las dos palmas*. Lo llevaba hacia el corredor, hacia los cuartos. Lo acercaba al mundo inmediato del coloquio. Ambos se complacían en reconstruirlo. Era dulce esa compañía fraternal. Comprendieron ambos que “algunas miradas nunca terminan”.

El diálogo en esta novela, es importante, definidor, sugerente. Pero prevalece más lo presentido. Lo que emana del simbolismo de lo acontecido. Hay unos presentimientos que, más tarde, se vuelven actos, sucesos, acontecimientos torrenciales. Hay unas fuerzas espirituales que el escritor recrea, y son parte de un conversar sonámbulo, que luego, se vuelve acciones humanas. Algunas trucas por la muerte. Entonces, lo sugerido, lo que se presume, lo que se espera, la conjetura, la corazonada, es más importante que lo que se dice.

En los coloquios de Medardo con Lucía, ésta hace mención de su muerte como un natural episodio. La nombra sin terror, sin alarde, sin fuerza impulsivo emocional.

“Lucía se sobresaltaba al lamento agorero del currucutú. Lucía ladeaba la cabeza al sonoro picotazo del pájaro carpín-

tero, Lucía buscaba paraguas -de -sapo en los potreros y orejas, -de palo en los troncos vencidos. Lucía libraba las mariposas en las telarañas. Lucía tarareaba a las libélulas sobre las lagunas. Lucía endulzaba el tallo en la flor de los cardos. Lucía guiaba el alma del difunto desconocido cuando en el firmamento rodaba una estrella. Lucía sobaba las raíces adventicias del maíz. Lucía llevaba dos grandes hojas de palmiche para el Domingo de Ramos. Lucía contemplaba el racimo de corozos maduros, las hojas plisadas y el canto del sinsonte en la altura del mararay. Lucía sentía arder sus pequeños senos nacientes. Lucía callaba silencios cadenciosos. Lucía deseó, ignoró qué cosa era la entrega. Lucía iba a morir.

—No te vas a ir, Medardo.

No abrió los ojos para decirlo. El llanto tembló en él al notarla inmóvil:

—No te me vés muchacha!”

La atmósfera que lo circuía, la envolvía un pavor hondo. Había un silencio cómplice. Las evocaciones iban allí, en *La casa de las dos palmas*, uniendo las vidas de Lucía y Medardo, en la cercanía de la apasibilidad con la borrasca de la sangre. Este, en su diálogo, creaba una atmósfera para las ficciones: la luz, el canto, el amanecer. La alegría de la vida que pasa en el lento discurrir rural. La regulación que impone la sapientísima naturaleza. Le acercaba a Lucía el mundo con sus más líricos resplandores.

“Efrén Herreros también recordaba a Lucía dolorosamente en sus recuerdos.

—Necesita clima frío —supuso el doctor Morales desorientado por la dolencia: decaimiento del vigor, falta de apetito, frecuentes dolores en los huesos, palidez en toda su piel suave, lentitud en cada movimiento... Efrén Herreros acondicionó *La casa de las dos palmas* y rodeó a su hija de lo que podía ofrecerle.

“Paula Morales, él y Medardo estuvieron cerca, fue la mejor época de Medardo con afectos y juegos de distracción, visi-

tas de Eusebio Morales y Elías Botero, cuentos y leyendas de lo que pudo haber sido una forma de la realidad.

“Medardo regresaba a la primera noticia que recibiera sobre las tensas convalecencias de Lucía y sus sonrisas llenas de palidez.

—Padre -exigía a su tío Pedro José Herreros. Pida por la salud de Lucía.

-Sigo rezando por ella.

“—Porque si Dios no le hace caso, los mato a los dos. ¿Entendido? ¡Lucía se muere!

“Cabello rubio chorreando en miel desvaída, ojos oscuros al cabello rubio, cejas negras para la frente blanca. Manos de dedos largos ajenos a la abruptez de los objetos. Oído atento a los sonidos, a su propia conciencia de los sonidos. Paso lento y mesurado, voz caída en aviso para la insinuación. Y un algo de poesía que siempre la rodeaba”.

—¿Qué es un pájaro? —decía para escuchar en la pregunta su propia sensación. Medardo le hablaba de vuelos y colores, y ella pintaba aquellos vuelos altos, rasgos de alas y de picos y de nubes.

“—¿Qué es una flor? —Preguntaba, sabiendo desde antes las flores en sus manos y materas, pero mirarlas en palabras era también completarle su sentido. Y pintaba flores junto a pájaros en vuelo, hacía cerros distantes.

“—¿Qué es un árbol? -volvía a preguntar; era amiga de los árboles en el monte, sobre el pasto, contra el crepúsculo, en sus cuadernos, Sólo que sus árboles no tenían hojas ni flores, ni pájaros.

“—Pintaré hojas y flores y pájaros para el árbol de la colina. Imaginaba vuelos de hojas en el aire. Señalaba desde la ventana, su mano débil caía, caía la voz.

“—Llenaron de hojas el patio.

“Medardo sacaba la cabeza, hablaba para no callar.

—¿Quién las trajo?

“—El viento.

“—Si el viento las trajo, que el viento las barra.

“Pero rectificaba:

“—Querían estar allí, pensé coger las más bonitas para dejarlas en tu cuarto.” —A veces entran por la ventana.”—Ayer vi volar una hoja del monte, iba con pájaros de colores. Los pájaros siguieron pero la hoja se fue arrimando a tu cuarto y entró por la ventana. ¿La viste?—

“—Allí estaba en mi colcha, llegaría cansada.

“—Te busca el monte, Lucía.

“—El monte es amigo, Medardo. Voy a pintar montes con pájaros y cascadas”.

Mientras tanto Medardo interiorizaba su angustia:

“—Nadie muere. Uno mira hacia adentro y se lleva las cosas que quiso y allá está uno con todo lo que miró... Uno se va en la mirada, en la mirada se lleva todas las cosas... ”

Monseñor Herreros

De todo había en la viña de los Herreros. Pedro José fue quien, siguiendo una tradición muy antioqueña, se incorporó al seminario. Regresó a Balandú a ejercer su magisterio. Tenía una concepción amplia, cercana al humanismo, de cómo debía dispensar sus oficios a la feligresía. Pasa en la novela como una referencia amable, de paz y de reconciliación entre los hombres.

Cuando vio cercana su muerte, testó, y como dejó sus bienes para obras de la comunidad, desató un verdadero torbellino, Hubo, entonces, mucho trabajo y llegaron balandrones. Algunos consideraban que volvía a manifestarse la rescabradura de la maldición dando sus tumbos colectivos. Fue la invasión de la mala suerte. Una racha humana invadió con sus desventuras. Fue un verdadero ciclón de fuerzas negativas, la presencia encendida de la demencia.

Pero lo importante de Monseñor fue su actitud de condena y repudio a la intolerancia —que tanto daño ha instalado en

Colombia— del padre Tobón. A éste le dijo una frase que le servirá de epitafio: “-Usted nunca será malo, Padre Tobón, será malito por deficiencias”.

Enrique y la Guerra de los Mil Días

Este hijo de Efrén goza de los privilegios de la inteligencia y de la sensibilidad de los de esa casa de dones y designios extraños. Enrique es de “mirada alejada de los ojos, pensamiento lejano, su vida al pie, ajena... algo enfermizo rondaba en Enrique, en la mirada, en sus manos ajenas a la crueldad... tenía aire de desolación”.

Él, entabla una lucha para no parecerse a su padre. Era imposible lograrlo, pues le rondaba un fuerte impulso de aquél que le crecía como furor de viento paramuno. Que le encendía el alma de heroísmo, el mismo de su papá en sus durezas rurales y humanas. La vida se le asomó a través de las exigencias de la guerra. Participó en la de los Mil días. Y así fue entendiendo cómo era de difícil liberarse del mandato de la estirpe. Imposible separarse del sutil mundo de las gentes que encendieron la vitalidad. En él se hacían evidentes el matiz del gesto, el temple del alma, el revuelto y complejo mundo interior.

Enrique, cuando regresa a Balandú y a *La casa de las dos palmas*, relata cómo fue la guerra de los tres años. Se detiene en destacar los gestos heroicos, las hazañas cotidianas. Para él, además, fue una epopeya del pueblo anónimo. No era un bandidaje guerrillero, ni un espectáculo de crueldad inútil. Obedeció a unas reglas bélicas. Los ejércitos insurgentes no tenían ataduras con fuerzas criminales, ni protegían despropósitos, ni estaban en acciones que no obedecieran a los rigores bélicos. Sus jefes eran pensadores, hombres de gobierno, gente de las letras. Una fuerza idealista impulsaba la acción. Se peleaba contra los postulados de la dictadura de la Regeneración conservadora de Núñez y de Caro. Se buscaban va-

rios objetivos que concuerdan con lo que se predicó en la Convención Liberal de 1897: que existieran derechos individuales, que éstos se respetaran— que la ley no prevaleciera contra la Constitución; se propiciaba un régimen descentralista que les diera manejo de sus realidades a los municipios y departamentos; restablecimiento de la libertad absoluta de imprenta— responsabilidad legal del Presidente por sus actos; organización del poder electoral como rama independiente y que se pudiera sufragar; inviolabilidad del judicial para que desapareciera la justicia itinerante; abolición de la reelección; reducción del período presidencial a cuatro años; educación primaria gratuita sin exclusión de ninguna clase social; abolición de la pena de muerte; supresión de los impuestos para exportar; abolición de los monopolios; que no se aumentara el papel moneda; amortización de la deuda externa; reducir los gravámenes para los artículos esenciales: sal, carne y los productos extranjeros de primera necesidad que no se producían en el país.

Las razones para combatir eran potentísimas. No tiene relación, concomitancia o cercanía con otros movimientos de reconocida crueldad que han perturbado y dañan la vida nacional. Recordaba cartas de tanta categoría espiritual y humana como las que se cruzaron Rafael Uribe Uribe y Pedro Nel Ospina. Son ejemplo de gallardía y de honda recidumbre. Ninguna similitud con lo contemporáneo de 1999. Las diferencias son radicales. La categoría de quienes dirigían la guerra no tiene ni remoto parecido con los que fungen hoy de combatientes. Esta guerra fue por ideas. Lentamente -pero sucedió- se impusieron en la Constitución y en la legislación nacional. De suerte que tampoco naufragó esa beligerancia. Eran bellas las descripciones de esta hazaña multitudinaria que hacía Enrique. Él, hablaba del valor anónimo. Del heroísmo sin proclama. De las limitaciones de unos ejércitos pobres que luchaban por la liberación nacional. Que esperaban que la gracia de un estado democrático se expandiera en

solidaridad colectiva, sin los turbios dolores que desataba la aplicación de la Constitución de 1886 y las leyes transitorias, que acostaban las arbitrariedades. Era buena esa resolución sin fronteras y sin silencios, que aupaba una gritería de voces populares, pregonando la libertad.

Evangelina y José Aníbal

Estos dos seres -Evangelina y José Aníbal- entrelazan sus vidas. Qué dura separación para Efrén Herreros, pues su hija mantenía encendido el ímpetu de la ternura.

De José Aníbal Gómez, lo único cercano a la verdad, a excepción de que en la ciudad su familia ocupaba una posición apreciable, eran los juicios de Medardo que lo conocía, en sus aberraciones, en las duras noches de bohemia. Él, sabía de sus durezas y manías sexuales, de su falta de respeto humano, de su declive moral. Le entrega el suegro *La casa del río* y comienza una existencia de paganismos rurales de José Aníbal, y de durezas inconcebibles para Evangelina. Ésta tenía un asombroso “dominio sobre sí misma y sobre la yegua-, su altivez al bajar cuestras, al subir barrancos, al enfrentar el trecho escabroso, el camino del brío serrano por el clima ribereño”. Era una dama en la cabal extensión de la palabra.

José Aníbal va extremando, sus actitudes de indigna conducta contra su mujer: “le dispara contra unas tablas, sin herirla. La colgó de unas argollas en el zarzo. Como incomodaba a su sensibilidad la castrada de los toros y el chirrido y el olor de la piel quemada por la marca de los ganados, le puso el bramadero cercano al sitio donde tejía y pasaba horas de ensueño. Como amaba el cauce del río Cartama, haciendo una obra gigantesca, le cambió el curso. Pero el extremo de la inclemencia, culminó al cegarle la posibilidad de mirar el paisaje, al ponerle tablas ásperas que cerraban la vista desde el altozano.

“—Le dispara su revólver, sin mirarla. Sin tocarla.

“—La cuelga en el zarzo.

“—La deja encerrada cuando sale, a pan y agua.

“—Parece transparente de lo blanca y pálida.

“Y en Balandú completaron:

“—Algo le pasa a don Efrén para dejar sufrir así a su hija.

En dos o tres ocasiones había decidido intervenir, pero algo le susurraba la posibilidad del milagro; inclusive que el menos esperado azar enderezara las cosas. Debía influir también su costumbre de no intervenir en vidas ajenas, aunque parecía imposible considerar ajena la vida de su hija. Últimamente su paso decidido por los corredores iba apresurando el momento de una decisión”.

Asistimos a la formación de un mundo delincuente, primitivo, de José Aníbal y el medio en el cual actúa. Su cercanía a Juancho López, el hermano no reconocido de Efrén Herreros; a éste lo detestaba - lo impulsaba a los desfiladeros de la pasión rural - elemental y bravía - y a que aumentaran sus rencores esquiniados contra las parientes y la postura humanas de la gente de Evangelina. Su actitud la sentía como reflejo de los sometimientos, pues nada de lo que le rodeaba era su medio natural familiar, ni su afición, ni él creía que fuera su destino.

Estas noticias llegaban a Efrén Herreros. Este encuevaba sus tormentos. Mientras tanto, Evangelina soportaba dolores. Su casa se llamaba, antes, “La casa del río”, ahora la gente le cambió el gentilicio por el de “La casa de las cadenas”. Ella, se endurecía para defender su soledad. Mejía Vallejo dice que gozaba de una “rabia entendedora”. Se sabía superior a su marido y que ganaría la pelea.

José Aníbal Gómez no toleraba que Evangelina tuviera un aliento de euforia. Sería tanto como admitir, en su comportamiento, debilidades cobardonas de ternura. O admitir que tenía obligaciones de complacer sueños o delirios. No. De ninguna manera. Su mundo era el de la incomprensión; el rechazo a cualquier manifestación de complacencia. Había que negar la gracia de la solidaridad. Cerrar la posibilidad de

gozar el paisaje; quitar la riqueza líquida del río Cartama para que los ojos de Evangelina no descansaran en sus caprichosos desplazamientos, en sus remolinos suntuosos, en sus caídas entre piedras y barrancos; ponerle al frente de su sensibilidad, de sus oídos y de su olfato, un bramadero para desbravar reses y potrancas, manejados estos oficios sin la sabiduría de su padre Efrén Herreros. Era imponerle unas torturas y maltratar los novísimos oficios de la ganadería y el amansamiento de las bestias.

En medio de esos absurdos hechos, un día llega Roberto, el primo, a visitar a Evangelina. Ésta lo consideraba “como un príncipe de los antiguos relatos” y en él “siempre ardieron los caminos... una tarde decidió seguirles el paso... el camino seguía siendo la esperanza”. Roberto llegó porque presentía las amarguras de su prima. Hizo relatos fantásticos; contó aventuras extrañísimas; reveló muchas escenas de espectaculares vuelos imaginativos. Buscaba plantar su rechazo a lo que acontecía. Relató el cambio del cauce del Río Arauca y cómo los peces se rebelaron.

Roberto explica los oficios más extraños e hipotéticos que él ha realizado: deshollinador de volcanes; cogedor y enderezador de relámpagos al ponerlos derechos; cambiador de cauces. Cada episodio era una burla y una querrela directa contra José Aníbal. Fue un desafío a sus impertinencias desaforadas. Se le notificó entre evocaciones fantásticas, que se conocía su cruel y petulante manera la de conducirse. Evangelina apenas, ligeramente, se sonrió. Fue un panfleto, en amables reminiscencias, a través de tareas inexistentes.

Isabel en medio de las borrascas

En la parte más alta del páramo, más allá de *La casa de las dos palmas*, vive Isabel. Efrén Herreros le abre perspectivas económicas. Ella le habla en idioma de gran seriedad, de negocios, cambios, linderos. O le enuncia temas de una puerili-

dad de infinito encanto. Así va creciendo el mundo alucinado del amor, muy lentamente.

A la vez, Zoraida perturba a Efrén en ansiedades. Ésta presiente que lo atrae, tentadoramente. Que aquél no logra liberarse de su sortilegio, al cual ella no pone deliberación. Pero desata fuerzas de ternura y deseos. Avanza sobre la vida sentimental, tan suave como el raso: no sacude, no es impertinencia desatada, ni sueño desvelador. Es un amor ronroneante de dulzura. Pero hay una fuerza que se desliza -muy suavemente- por los resquicios de la dulcedumbre humana. Acompaña así la soledad de Efrén Herreros. En éste opera una fuerza de delicadeza interior. Su mundo íntimo le dicta las reglas de su comportamiento. Sus afanes lo atormentan. Pero lo gobierna un mandato de decencia:

“Cuando el dueño la miraba junto al maestro, en un extremo del patio o junto a la puerta de salida, apaciguaba su impulso primero de quererla. Podría verlo factible, aunque un sentido de la lealtad lo rechazaba- lealtad con el maestro, lealtad con el tiempo en que Medardo la disfrutó como se disfrutaba un paseo que no puede repetirse. Y lealtad con Zoraida, confiada en la casona, en algún modo confiada a él mismo. Cuando se le quedaba mirando en los quehaceres habituales, la admiraba de verdad: su dignidad en la lucha por la sobrevivencia eficaz y por el olvido”.

¿Cómo era Isabel? Ella “había adquirido una fresca exuberancia, amplios sus ojos hacia los picos de la cordillera, alerta sus aletas nasales para los olores del monte, fuertes los muslos en las caminadas, suaves sus manos al cultivar las eras del jardín. Miraba la fruta dulce en el árbol, el sexo en vacas y yeguas y toros y caballos, la gruesa ramazón, la orquídea débil, el crepúsculo y su noche iluminada. Veía al niño y al anciano, al gallo y al perro, al pájaro cantador. Pudo verse a sí misma cuando vio al hombre. Y un cierto salvajismo frente a las bestias: se ponía las botas para meterse entre el ganado, ordeñaba, descarnaba terneros, curaba el toro sin ayuda ajena”.

“-Isabel amaba su potranca Candela. El animal se dejaba acariciar la cabeza, la crin, la cruz del lomo, el anca...”

¿Efrén Herreros cómo sentía a Isabel? El gran novelista Manuel Mejía Vallejo nos lo cuenta con brillo estético literario:

“...Llegué para refregarme en tu sexo, Isabel, nombre primero, afirmación de la vida, tacto quejumbroso, queja diluida en el llanto tendido, horizontal, vertical, sollozante y alegre sexo tuyo, Isabel, pantomima, gemido enamorado, silencio apretujante, voz dolida, velluda voz, exclamación enmarañada, piel tibia y lisa, nervios sueltos al aire de la noche, grito callado otra vez, fiebre tiritante, muerte resumida, nacerencia, el mundo eréctil, el dolor eréctil, la pena y el goce y el labio entreabierto, dientes voraces contenidos en la piel al ardor inventado, ancestral, tan tuyo y mío, tan de lejos y cerca, tan absolutamente hondo. La contorsión, el empuje violento, la ternura, la brega por nacer y por morir, el éxtasis, la tontería, todo lo ridículo del mundo, todo lo sabio y todo lo triste, eco de eternidad pasajera, tiempo sin pasado, edad sin orillas, vos, Isabel, dolencia mía, ancestro, vida frenada, ardor, delta rabioso, quejante y tibio rostro de la muerte, esperanza más allá de la caída. Vos, Isabel, dientes apretados, seno fino, vértebras de mi dolor, costillas jadeantes, empeine de tu pie, uñas de tus dedos, falanges, músculos en llama, jadeo, reclamo inútil. Glúteos apretados, sueltos, vaivenudos, bailadores; nervios tensos como la cuerda de una guitarra al reventarse. Tu sexo, yodo de mar, alga marina, lisura de pez esquivo, vuelo de alcatraz bajo el vellón de nube quieta. Amor, palabra que estalla en el aire nocturnecido, candela, sollozo otra vez sexo adentro, mar adentro, momento adentro donde espera la pregunta sin respuesta final.

“Tal vez olvido tu cuerpo, tu manera de quejarte y de cerrar los ojos, tus piernas recatadas en la hora del sueño, tu respiración acelerada, simplemente olvidaré el amor. Recordaré el pulso de la piel en tus clavículas y la doble vuelta del collar de tus quince años, cuando hubo una escondida promesa. Después

caeré por ley de gravitación, estaré caído por ley del amor, desde mucho antes. Estaré tendido: otra manera de amar, así la muerte sea la última entrega”.

Isabel de pronto en su potranca “Candela” visita *La casa de las dos palmas* y o vuelve a partir. Ha llegado carta de Medardo para Zoraida: “escribir es como querer”. Crece el amor de Francisco por Natalia y acompaña a Evangelina el amor presentido por su niño. Se vive entre el aire del entresuelo del amor. Zoraida y Efrén se encuentran entre sus arrebatos. Leamos la escena en la maestría sapientísima del fabulador:

—Ya sabe lo que hay entre Isabel y yo.

—Lo imagino -y sobaba a Dragón, imperceptiblemente.

—Pero también debe saber esto: nadie invadirá la casa mientras usted siga con nosotros”.

“Ella sonrió y quiso decir que lo quería y Efrén Herreros advirtió el golpe del pocillo en el plato y pensó que era amable tener cerca personas como esa mujer. —Gracias— dijo ella, se levantó, dejó el gato en la silla, arrimó a la temperatura del hombre”.

“Gracias -y sintió esa boca fuerte en su boca, y el temblor casi olvidado, y la lengua regodeáronse en la lengua y el apretón suave en sus senos y el abrazo jadeante y el anudarse las manos a la cintura y ésa a modo de quejumbre, temblorosa también, y una tensa quietud”.

—Perdóneme.

Y cuando se dirigió al cuarto - menos seguridad en pasos y movimientos al bajar las escalas, al tomar el enladrillado del primer piso -sintió ganas de llorar.

—Todo está bien...

Y algo pareció caer de un recuerdo.

—... ¿Quién es dueño de la culpa?

—“Culpa no hay” -hubiera hablado Medardo si Medardo estuviera-. “Nosotros somos la culpa”.

Después se le escucha repetir a Zoraida frente a la jaula de su turpial.

“Nadie puede vivir sin su prisión”.

Asoman los largos coloquios, en lo alto del páramo, de Efrén Herreros con Isabel. Se van uniendo en comprensiones de dulzura. Se extienden en ardentías. Ésta, quiere vivir más y más acerca de ese suave temblor que la sacude, desvelándole:

—A veces las palabras no dicen lo que deben decir, a mí no me salen bien las palabras.

—Te salen salvajes y brinconas.

—Entonces usted me las amansa.

—No hay qué quitarles el brío.

—Sí, para usted soy como una potranca briosa. —Y provoca sobarla.

—Sóbeme, pues.

Y ella gemía y su gemido parecía un pequeño canto de la tierra.

—¡Usted es Sultán”

—Tranquila, Candela.

Después las miradas se juntaron en el vuelo de un ave, hacia el llano”.

Recuperación de Evangelina y castigo

Efrén Herreros andaba en desazón. Su varonía le indicaba sus deberes de padre. Tenía conciencia de que su acción desataría momentos horripilantes. Sería conmovedor al máximo. Cavilaba. Caminaba por los corredores de *La casa de las dos palmas*, sonámbulo. Pero se le notaba que una tensión crecía en su interior. A veces para disipar su inquietud ensillaba a “Sultán” y visitaba a Isabel, quien le repetía, querenciosamente, los simbolismos de las flores.

El sonambulismo y fantasmas, espejos, retratos, la muerte

En esta singularísima y capital novela de Manuel Mejía Vallejo, se entrecruzan muchos y sugerentes capítulos. Hay uno, el VIII, por donde el sonambulismo cumple una serie de escenas complementarias al cuadro general. Este -el sonambulismo- facilita el juzgar a las personas, las situaciones y los conflictos exteriores. De la misma Zoraida, se mencionan sus “noches de sonambulismo”. Lo que se dice, lo que acontece, son como dibujos sobre nudos íntimos. Salen los caracteres más expresivos y ellos quedan allí, dando vueltas entre incertidumbres- Isabel es, por ejemplo, un nombre de imprecisas relaciones con Efrén. Así se esconden y no se definen las que les dan azogue espiritual a los habitantes de *La casa de las dos palmas*. El gran novelista –en una frase– deja entrever futuros desenlaces de ternura o de silencios que llevan vagos y difusos presentimientos. Las actividades de cada ser - al relatar un pedazo de su vida o dejar que aparezca una vislumbre de ésta - señala una difícil senda para seguir y descubrir la totalidad de su mundo incierto, sobrecogido de vacilaciones. Por brevísimas que sean las indicaciones, se define la personalidad. Que no se confunda mi juicio: no es que no exista éste, sino que asoman sus dones o sus mermas interiores –ya dando carácter– pero a través de diálogos, actitudes, nudos de reflejos o de soledades o de silencios, que son la marca de su individualidad. Sonambulismo que deja asomar el asombro muchas veces.

El ambiente de esta novela, se puebla de fantasmas. Él primero es el de Juan Herreros, el fundador de la estirpe, el colonizador que asoma al relato esfumado en el recuerdo. El, pasa en su caballo, en la noche, a velocidades irreales. Se une su leyenda pávida al entierro que hizo, como millonario, de sus monedas. Nunca decaerá su leyenda. Al contrario, crece y se engrandece según la imaginación del relator.

En cada anochecer, aparecen los fantasmas, los ruidos extraños, el mundo irreal de la oscuridad. Al comienzo de cada aventura, la magia complementa el terror de lo que se espera. Inclusive las potrancas, briosas, en sus recorridos veloces, un poder extrañísimo en la distancia y en la imaginación.

El medio era tan misterioso, obedecía a reglas tan psicopáticas, que al visitante le indicaban - para que no se atreviera a arrimarse - una planta de hojas de cristal, que tenía el poder extrañísimo de absorberlos.

Un hombre citaba los fantasmas y les hablaba familiarmente, en coloquio de entendimiento. Era, entonces, el prodigio- “los fantasmas de sus invocaciones”. Mientras tanto los vampiros, en la casa abandonada, revoloteaban con desesperación, mientras que los pumas muerden una palma y la otra. Y así, mueren. Quienes por allí se atrevían, declaraban al amanecer:

“Hay muchos misterios bajo estos tejados. (Se escuchan) “sonidos sin nombre en las noches de duendes revoloteantes”.

En la densa oscuridad, se entreoía que llegaba la recua del celeberrimo arriero Félix Velásquez. Se oyen los potros en la noche sobrecogedora y se los ve, al amparo de los relámpagos. Es impresionante el cascoteo de los caballos, el galope raudo, los belfos resoplantes. Aparece una flor en la puerta de la vieja mansión abandonada. La deja un viajante de las leyendas. Quizás don Juan, en acto solemne, que reproduce su galantería nocturna. Pasan los jinetes errantes y sus caballos resoplan enfrecidos en la carrera en la cual atraviesan por esos caminos de montaña.

El resollar de las bestias contra el viento, es impresionante. Los cascos caen poderosos sobre la roca. Se escucha “la voz fundadora del padre”. Al describir a éste, se recuerda que él hablaba, con unción, sobre los “caballos usados” y el vaho convincente que sale de sus cuerpos potentes.

Cada episodio, lo unen a los trasgos. Después de quemada la casa de Zoraida Vélez, en Balandú se cuenta que, al filo

de la medianoche, se escucha su guitarra de coquetas reminiscencias en el canto.

A una inmensa paloma negra que era una decoración inicial, se le escucha su batir impresionante de alas.

Los espejos y los retratos, cumplen una misión de igual trascendencia mitológica. Ambos resisten, misteriosamente las llamas. Reproducen figuras extrañísimas, desaparecidas o lejanas. Tienen la virtud de revivir seres cuya presencia es incierta. Los segundos, al final del incendio, están intactos. Allí se pueden contemplar las figuras ya deshechas por el tiempo.

Cada espanto, va unido a la muerte. Esta, perturbadora, -insiste, con su terror, en varias ocasiones. Cuando se hunde en la sombra la adolescente Lucía, la atmósfera para recibir aquélla, era suave. Era un dolor que llevaba amenazando la existencia tierna de una niña, quien era bella, fugaz y trascendente en su hermosura. Ella sola rodeaba de dulzura el contorno y se extendía al existir, al soñar, y, luego, al continuar en el recuerdo. Lucía evoca la suavidad. Como dice el poeta Julio Barrenechea(*):

“Hoy he besado rosas blancas,
definiré la suavidad.
La suavidad es un perfume,
que no se atreve a perfumar”.

Cuando murió Monseñor Herreros, se hizo evidente que se “sobrecogió el silencio”.

A veces, en el ambiente, se sentía el poder del “montón de sollozos disimulados”.

Y la reflexión filosófica que nos advierte cómo es este hondo y perturbador fenómeno, que atraviesa este fabular:

“La muerte que vamos trabajando cada día, cada noche”.

En *La casa de las dos palmas*, “pernoctaron los que no tenían miedo, los que veían más azaroso continuar, los que no podrían retroceder, los que en realidad habían llegado. Podría ser, también, la espera de la muerte”.

Es bien extraño lo que se recoge en estas páginas. Hay un capítulo de amor primitivo entre el semental y la potranca, ambos poderosos. De cómo es la piedra para esculpir los pumas de *La casa de las dos palmas*, cuando Efrén Herreros ha resuelto reconstruirla. Allí se evocan los ruidos extrañísimos que escuchaba Natanael. Cómo es el nacimiento humanísimo de los seres, gobernando aquél por lo presentido. Además se cuenta qué es lo que se espera de la magia de la oscuridad para ennoblecer el miedo en lo apacible del silencio. Es el presentimiento de lo desconocido. La fuerza cenital del asombro. Cómo llega la noche que propicia ruidos, amenazas oscuras, vuelos insospechados, dolores del recuerdo en visiones mágicas. Mejía Vallejo recrea lo mítico rural con su extraordinaria riqueza verbal, que va creando ese mundo fabuloso, que enciende el alma de temores, aprehensiones y visiones mágicas.

Fenómenos de la naturaleza, árboles, flores, pájaros

Es impresionante leer cómo son los fenómenos de la naturaleza. Muchos de ellos marcan el espíritu de los personajes. Como consecuencia lógica, le dan a la novela una categoría rural de alta calidad. La fidelidad descriptiva enriquece el ambiente de la creación.

“El viento en los cañones”, los arroyos, los ríos, el abismo mirado desde el barranco alto. “La montaña extendía su lomo para que la sobara Dios con su mirada”. Con el paisaje se confundían las músicas, los colores, el aliento espiritual que insurgía vibrante de la tierra. “El padre viento corredor y enredador, el que todo lo trae y todo lo lleva”. Los truenos, las tempestades y relámpagos. El sonido que nace en las profundas cavidades y de resonancias terroríficas espirituales que se entenebrece en las hondonadas siniestras. Allá donde corren, huracanados, los ríos. Los chubascos de dinámicas goteras que rompen hojas, arrasan cultivos, doblegan los pas-

tos. Los hombres y las mujeres estaban allí, serenos a veces. En otras ocasiones, veían llegar la noche con patético terror. El contorno se oscurecía y la dimensión de la mirada se detenía en el umbral de sus habitaciones. Más lejos, estaba el tormento abierto de la tierra embravecida.

Los árboles crecían ante la mirada complaciente. Después del incendio y del abandono de la Casa, al comenzar su restauración, se tomó la determinación de hacer semilleros de cedros y robles. Es necesario plantar nuevas especies para fortalecer el nacimiento de las aguas y volver a darles sombra amable a los farallones.

Se iban revisando, amorosamente, las palmas de corocito, las pantojas del cañamelar, los pecíolos envainadoras que forman el tronco del plátano. El saúco, el eucalipto australiano, que llaman Gómero azul de Tasmania, los sietecuecos, los yarumos, los chaguales, el carate, el laurel, los brazos de roble, la guadua, la cañaveral, etc., etc., al infinito.

Las flores crecen contempladas con arrobo. Algunas cultivadas con sutiles delicadezas. Otras en el campo abierto: el jazmín del cabo, la espuma-de-mar, la lluvia-de-oro, la caléndula, la siempreviva, el cortapico, la veranera que se enreda, el San Juan del Monte, la batilla o convólculo -la flor de los crepúsculos como la llamaba poéticamente Porfirio Barba-Jacob- las begonias, las josefinas, las melenas que caen en desmayos ante el paisaje, las orquídeas, las azaleas, el jazmín, la flor triste, las dalias, los colinos de San Joaquín, la flor de heliotropo, la palma de jardín, los helechos, las orquídeas o catleas, las flores silvestres, begonias, margaritas, las trepadoras y otro etcétera también al infinito.

Los pájaros eran la infinita variedad. Al amanecer, invadían con sus cantos orquestales. Era la sinfonía natural. Allí estaban los sinsontes, turpiales, tominejos, ciriríes, los nuanuas, mirlas, silgas, azulejos, golondrinas, pinches, piscuís, afrecheros, colibríes, carriquíes, gavilán, las guacharacas, loros pavos, carriquíes, y así también, la mención no tiene límite.

Lo mismo acontece con las frutas: tamarindos, cocoteros, ciriselos, papayos, guanábanos, madroños, anones, sandías, aguacates, piñas, curubos, y, otra vez, hay que indicar que los nombres se multiplican.

He escogido esta enumeración caprichosamente y sin querer agotar las especies que nombra de esta diversidad de dones del campo.

Los menciono con una intención deliberada. Hace muchos años solicité la clasificación científica de los pájaros, flores, frutas y árboles que mencionaba el cuentista del Gran Caldas, Adel López Gómez, pues preveía un arrasamiento posterior. Impetraba que se conservaran los nombres con una explicación de sus calidades, propiedades, con una descripción de la belleza que nombraban. Nadie me hizo caso. Pues leyendo *La casa de las dos palmas*, me doy cuenta que muchos nombres ya no los usan los colombianos. Otros, siempre han sido desconocidos para quienes no han compartido la vida campesina. Entonces, tomando esta novela -y casi que la totalidad de la obra de Mejía Vallejo- se lograría algo de excepcional importancia. Es un mundo de árboles, flores, frutas y ornitológico que merece una seria clasificación. Sería un bello libro que podría escribir un especialista con sentido poético.

Son muchos elementos que acompañan la escritura singularísima de Manuel Mejía Vallejo por su hondura conceptual y su belleza: la montaña en sus mundos mitológicos; los ríos Cauca, Cartama, San Juan y Piedras. El regreso, con su cohorte de desafío, al recuerdo y la nostalgia. El canto que inunda de ritmos las horas de la euforia, las del dolor. Las coplas en las cuales el autor es un maestro, lo mismo que en las décimas, que “inventan asuntos para componer la vida”. El viento, el olvido, los trabajadores del campo con sus fidelidades silenciosas, la soledad, el prodigio de las palabras -que “son ignorantes, a veces no saben lo que queremos decir”. Los incitantes relatos de los acontecimientos en Balandú,

sabiendo que a los pueblos los domina lo diabólico: “desgarrar la alegría del pecado”.

Las bestias

En este fabular, las bestias ocupan muchos espacios del relato. Ellas fueron -siempre- las más fieles compañeras de las hazañas de los hombres. Y en esas tierras altas del páramo, de los farallones, de los ríos tormentosos y de los grandes abismos, sus oficios eran los más nobles. Ellas eran solidarias en los desplazamientos del hombre, en el transporte, en desafiar borrascas y el viento. Las bestias unieron al país, armaron la economía, le dieron alcance a las transacciones, hicieron factible el intercambio. Como decía el maestro Alfonso Reyes eran las mejores amigas del hombre. Y lo acostaban en sus esfuerzos másculos y en sus bohemias. Relucían en las hechicerías amorosas. Son pacientes y complacientes en derrotar la áspera naturaleza. Cumplen sus deberes sin arrebatare contra los imposibles. Indispensables fueron siempre en esas tierras altas, de caminos ásperos, de hondonadas y de cordilleras para dominar.

Uno de los goces a que puede aspirar un hombre, es el cuidarlas. Es donde el individuo se vuelve más humano y principia a entender y amar su lenguaje. Cada acto es un ritual: picar y extender la caña en las canoas, ponerles los granos de maíz y escuchar cómo lo parten con sus poderosas mandíbulas; darles el salvado con panela o con miel, después de un largo viaje y descubrir su primitiva voracidad. Aprovechar para acariciarlas con ademanes de ternura. Sobarlas y recorrerles sus lomos, las poderosas ancas, la cruz donde comienzan las crines. Cuando éstas son largas, desenmarañarlas con la mano paciente y con ayuda de el peine. Peinar cuidadosamente la cola. Bañarlas y que reluzcan sus lomos y sus cascotes.

Es hermosísimo escuchar el paso de ellas: el de la trocha, larga o menuda, que es como un tejido sobre la tierra; el del trote

que parece zangolotear el mundo; el del galope que es veloz y sincronizado al caer los cascos poderosos; el de paso fino castellano - típicamente colombiano - que entreteje las delicias y dulzuras de sus desplazamientos con la exigencia de un porte imperial del jinete. Ninguno de ellos tolera descuido, abandono, falta de personalidad dinámica en quien lo conduce.

Mejía Vallejo cuenta que Efrén Herreros utiliza las mulas “para horas trabadas”. Ellas son la sabiduría. Con sutil y extrañísima psicología en su comportamiento. Las más resistentes. Cuando son trochadoras, las más suaves en los desplazamientos. En ellas el jinete puede ir confiado: no fallará en su detalle de previsión. Segura, segurísimas al máximo. Serenas algunas; otras de genio volcánico y difícil manejo. Se exige pericia y reciedumbre. Pero cuando saben obedecer, no hay goce igual a compartir con ellas el camino. Nunca es áspero para su sabiduría. Cuando empina sus orejas hacia el frente, algo ocurre en cercanía. Si tiende una hacia un lado, por allí viene el peligro. Cuando éste es evidente, se detiene. Y resiste a los apremios más beligerantes. Nadie logra moverla. Es la seguridad total, sin complacencias. No cede a ningún requerimiento. Por eso aprendimos la lección de mi padre, don J. Olimpo Morales, quien repetía: “Para fiestas, las potrancas lucidas, de ancas relucientes y crines desplegadas al viento. Para viaje largo, que la mujer y la mula sean de pata fina: que no resbalen, que no resbalen”.

Por ello, Efrén Herreros montaba en mula al tener que enfrentar cualquier desafío. En su compañía, aprendió las lecciones del campo: “todo debería andar según sus leyes. Entonces miraba el campo, y en el campo otra dimensión del tiempo, paciencia del aire, paciencia del árbol en su crecimiento, paciencia de la orquídea y el clavel, paciencia de la montaña y el agua, que invitaban a una sosegada quietud. Paciencia de las nubes abiertamente mostradas, la del musgo en los claros del monte, el ritmo claro, el paso lento de los días sobre el farallón”.

Cada ritual frente a las bestias, aparece en esta novela de tantas connotaciones positivas literarias. El ensillarlas demanda conocimiento minucioso. Primero, tener un cepillo de fibras duras para recorrer su cuerpo y ordenar la piel. Engrasar la soga con la cual se va a engalanar la silla; poner en orden y chequear los correajes de ésta; ordenar los estribos; que vaya bien colocada la chuspa del encauchado; que la cincha y la grupa no maltraten. Y cada aspecto de éstos, aparece en buen idioma y con erudita descripción en la prosa de Manuel Mejía Vallejo.

En los relatos de Enrique Herreros al referirse a la Guerra de los Mil Días, se detiene en una serie de reflexiones bien sugerentes. Ella, sin las bestias, no se hubiera podido adelantar(*). Era lo único que le pedían, los generales, al gobierno. Pero este personaje se queja de que nadie se ha detenido a formular el elogio de los caballos de guerra y, entre éstos, las crueles durezas que padecían los que eran heridos y los que quedaban desamparados en su muerte heroica. Mencionaba, con patética descripción, cómo herido el combatiente, el caballo avanza a la estampida, llevando, a veces, jirones de un hombre o un agonizante.

Mejía Vallejo toma esa angustia del combatiente y la vuelve maestría literaria:

“Sus manos acariciaban una testuz, dibujaban el arco de un cuello crinado, se afirmaban en la cruz del lomo.

“—Resuellos, crines revolcadas... Nadie habló de esos caballos guerreros, nadie reclinó su sien para oírles el corazón, músculos bravos encima de los cuartos delanteros. ¡Nadie! Potros leales sin saber lo que hacían, valientes y fieles al jinete. ¿Dónde los caballos difuntos? Belfos resonantes, respiración calurosa, mirada quieta donde se apaga el paisaje, nervios tensos al reflejo instintivo, cascoteo vulnerado, el valor sin nombre, el aguante en jornadas sin meta. De pronto en la noche, contra relámpagos sin estruendo, la silueta de un caballo, a rastras el cabezal, ensillado y solo, herido y solo”.

“-Mi Viejo Alazán.

“¡Sobaba en el aire esa piel sudada, peinaba las crines cayubras, desenredaba la cola airosa de su animal difunto, lo llamaba en la tarde:

-Alazán!

“Y el caballo regresaba de su muerte, y Enrique lo cuidaba y lo montaba como si también él estuviera muerto. Nadie jamás cabalgó caballos difuntos como Enrique Herreros. Recordaba el redoble de las marchas que ejecutaban las bandas municipales al comienzo de la campaña, banderolas rojas en las muchachas. Rojo el himno de ánimo, alegre el encuentro furtivo en la partida. Luego se hicieron fúnebres las marchas, eran ya la canción del regreso”.

Hay algo que tiene especialísima resonancia en el espíritu del hombre que ama las bestias: es su paso raudo por los caminos; o la alegría al llegar, en la mañana, a la pesebrera; o el brinco y el relincho de las potrancas ardorosas; o las faenas de la amansada de jinete con sabidurías en frenos, pasos y maldiciones. Son, cada uno, momentos de parte de la grandeza de la vida que uno puede compartir. Escuchar el paso de una recua de bestias arrendadas; o de unos potros retozones; o de unas potrancas de vibrantes tensiones; o el lento de una mulada que ya conoce sus oficios, le va indicando, al oído, los diversos y finos comportamientos. Tienen los cascós, sobre la tierra virgen o el empedrado, sonoridades diferentes. El conocedor, desde la lejanía, puede predecir qué acontece. Porque hay grados en los pasos; en la lentitud o en lo beligerante de ellos. Además, según a la estirpe de desplazamientos a que pertenecen.

Como hay una acción de capital y trascendente importancia, cual es la postura del jinete. Se pueden escribir demasiadas páginas haciendo el elogio de quien, al montarse, goza de la dignidad de fundirse con la bestia que conduce. Son de una majestad integral. Así se les observa. Él va con la soberbia de poder desafiar el aire. El viento lo roza en su altura. El horizonte se le amplía. Hay avidez visual en lo que descubre y el

mundo - empequeñecido - queda detrás. Nada lo atormenta: ni la dureza de la cuesta; ni la amplia extensión del valle; ni la montaña con sus durezas pétreas. Ni lo brusco de los despeñaderos; ni el rumor desafiante de los precipicios. El chalán vive horas admirables al sentir que está, en trance superior, por encima de la tierra. “Montar bien es una de las cosas agradables”, y así lo consagra el novelista en palabras que advierten que nada comparable a esa embriaguez que produce el paso de la bestia que nos lleva a tener la “sensación de integridad que le traían los montes”.

Evangelina recuperada

Efrén Herreros, al conocer las aciagas noticias de lo que acontecía en la “Casa del río”, entró en lucha contra su impulso primitivo de arremeter y castigar a su yerno José Aníbal. Volvía a adoptar las características que lo distinguían cuando debía adoptar una decisión infausta. Entonces, su paso era lento por los corredores como cuando la enfermedad de Lucía; otra vez la mirada profunda se detenía a contemplar los ramos de orquídeas, la fuente o el roble poderoso. Sabía que tenía que tomar una actitud. Ésta, la aplazaba porque presentía las arremetidas catastróficas que debería realizar. Pero, en cada amanecer, era más evidente que tenía obligación moral de rescatar a Evangelina.

Llamó a Ramón, su hombre de confianza, -“adivinate de urgencias-” para que hiciera una recolección de noticias en lo que llamaban ya la “Casa de las cadenas”. Escolástica -“rescoldo veranero en el vientre, fiebre en los senos bajo el corpiño”- vivía allí, acomodada por Efrén para que vigilara, pues nunca le tuvo confianza a su yerno. El patrón sentía la solidaridad de sus amigos campesinos y conocía cómo era su marullería comprensiva. Además, como con silencios se ataban al dolor de los jefes que sufren. Con un gesto simple y elemental, denunciaban su respeto y cercanía.

Eran muy perturbadores los dolores de Efrén por su hija. Atenazaban el corazón. Sabía que allá estaban su yerno y Juancho López, que lo odiaban. El revólver a Efrén le brincaba en la chuspa insinuando el disparo certero. Va propiciando hechos que dibujan la toma de la resolución: una visita a Isabel, una carta que cruza la esperanza, la inquietud sentimental frente a Zoraida. Es un balbuceo entre las palabras, los hechos y los mandatos inaplazables del alma. Lo único que tenía muy claro era que “la presencia del hombre (de José Aníbal) había embrutecido el paisaje”.

Escolástica alumbraba santos; elevaba plegarias; hacía raros ritos pidiendo sosiego. Un día se levantó y sentenciosamente dijo:

“Algo grande se nos viene”.

Efrén Herreros tenía conciencia de que tenía obligación paternal de rescatar a Evangelina. El haberla entregado, consideraba que era su mayor error sentimental. Era una afrenta que él había cometido contra su vida y la de su hija. Y seguía en su honda reflexión. A Ramón le indicó a quién debía indagar. Este regresó: lo escuchó, calló, interiorizó su angustia.

Efrén resuelve viajar a La casa del río. En: *La casa de las dos palmas* las gentes percibían que vendrían horas de dureza. Fue cuando Zoraida Vélez le dijo:

-Cuidese.

Era porque una atmósfera de tempestad humana percibía ella que sacudía el alma de Efrén. Cumplió sus preparativos con la mayor serenidad: sin alardes, sin proclamas verbales, ni gestos arrebatados, ni adjetivos pendencieros. El acto de llevar una bestia caballar encallada con un galápagos de mujer, era suficiente para entender que, para que su hija la pudiera montar, tenía que librar una batalla descomunal, que podría conducirlo hasta la muerte.

Llegó con su voluntad tensa que se descubría en el gesto y la mirada. José Aníbal y Juancho López - su medio hermano - se presentaron para el combate. Efrén Herreros no habló.

Cumplió con dos o tres resoluciones íntimas y la ligereza en el manejo del arma, redujo a sus oponentes. Hubo peones -que no eran suyos- que lo rodearon con gesto de doble solidaridad: de respeto a su vida de luchador, de Jefe nato, de guía moral y social de la región y de rescatador humanitario de la existencia estrangulada de Evangelina. El dramatismo en este capítulo, es uno de los momentos descriptivos altos de la literatura colombiana, más lleno de espectaculares resoluciones. Es la grandeza humana de un padre que impone sus fueros. Que, sin alardes, pero con una violenta presencia de espíritu combatiente, va doblegando a los hombres de infame conducta. Lo que allí acontece, es de belleza espectacular. Es el amor de padre que orienta una escena de agudos perfiles de valentía paciente. No hay un gesto, no hay una exclamación, no se escuchan más que unas órdenes secas y precisas. La espectacularidad de ese momento hispido, alcanza una grandeza literaria en Manuel Mejía Vallejo. Ese solo instante de su obra la justificaría y ennoblecería toda. Porque hace explícita la maestría intelectual para manejar una situación tormentosa del alma, en brevísimas palabras. Los actos que se cumplen son de horripilante crueldad. La descripción es sublime en su aterradora intensidad. Son castigos que perdurarán. Cuando da Efrén orden de marcar con el hierro, el mismo que utilizan para los animales de la hacienda, a Juancho López y José Aníbal Gómez, la prosa del novelista alcanza la máxima belleza espeluznante. Lo que puntualiza, es uno de los momentos, en el fabular colombiano, de más sobriedad dramática. De mayor audacia en crear una atmósfera - donde aparece un acto de fatalidad luminosa - frente a los seres innobles. En el relato de esta novela, es un momento culminante. De belleza literaria de alta categoría estética. Es un instante de los más espectaculares de las diferentes épocas de la creación colombiana. La superioridad del artista - escritor, ya no se puede discutir. No hay un adjetivo que sobre. Y cuando Efrén ordena que, con los demás animales, sean

arriados al potrero, se indica el calificativo de “animales” que les asigna ya, desde ese momento, para la eternidad de sus existencias. Son instantes de tan patética descripción que sólo un escritor de tan alta estirpe como Manuel Mejía Vallejo puede manejar sin que lo doblegue la persistente barbarie. Allí aparecen los recuerdos, el paso de los días de la infancia, las amables horas del existir de Evangelina en el seno de los Herreros. Brinca la condena de una mala conducta de su marido José Aníbal con la complicidad de Juancho. Lograr ese momento de cataclismo humano, necesita mucha sabia conciencia, en el fabulador, de cómo es la conducta de los hombres y cómo se utilizan las armas secretas, hondas, de reflexiva lucha interior, hasta caer en gestos que le dan sello cabal a un hombre. Es cuando la existencia se doblga a favor de los mandatos de éste. Como aconteció con Efrén Herreros.

Un acto de tan espectaculares dimensiones - capítulo XVIII - no necesita escenario especialísimo. Lo hondo y esencial es el mandato, interior, la fuerza del espíritu del hombre. Éste es quien le da grandeza. Es el que le imprime poder de irradiación. Efrén lo cumplió con “el ánimo en el temblor de la ira apaciguada”.

Queda en evidencia, que el valor es poderío. Es economía de palabras y de gestos. Esa es la lección de lucidez varonil que entregó Efrén Herreros. Manuel Mejía Vallejo, como escritor, alcanza en esas páginas una altísima calificación. En este patético capítulo, aparece su grandeza literaria. Es una escena grandiosa, conmovedoramente escrita.

El regreso a la “Casa de las dos Palmas”

“Salida, llegada, espera en La casa de las dos palmas, posibilidad de la muerte en el desafío. Y ver en la boca del monte un jinete sobre una mula, una mujer sobre una yegua colorada, un perro caminador, una lentitud desesperante.

-!Nada ocurrió!

Natalia fue al cuarto del forastero y dio manivela a la vitrola, que cantó su canción de llegada.

“Otra vez el paso lento de Efrén Herreros, recogido el brazo herido, ligeramente agachado. Y Evangelina detrás, sonámbulo en el viaje largo, su alelamiento no supo de la herida.

—¿Qué pasa, Ramón?

—Llegan, niña Zoraida.

Como si viera de nuevo, el orgullo que no le pertenecía:

Tenía qué volver - como si fuera voluntad suya, poderes ocultos que la acompañaban, entrevió en su oscuridad la silueta negra de Asdrúbal. El olor de viruta y aserrín denunció la cercanía del maestro Bastidas. -Regresaron, maestro - dijo

—Soy capaz de rezar al tronco.

-¿A cuál tronco?

—El que va a dar la imagen de la capilla.

“Apenas lo empecé, y será una imagen del demonio”.

Luego la vida vuelve a acomodarse. Evangelina y Zoraida se van conociendo lentamente. Y principian a correr las conjeturas:

“Nadie sabe qué ocurrirá”

“Nunca perdonarán la marca”

Un día apareció el medio hermano Juancho López. Le creía el odio en la mirada. Creyó que cogería de sorpresa a Efrén y así aconteció. Ramón le gritó a éste:

—Cuidado.

Y allí terminó el episodio. Otra vez, la sobriedad del valor.

La muerte de Efrén

El doctor Morales vino de Balandú para asistir al parto de Evangelina. De paso le dijo a Efrén:

—Atención a ese corazón.

Efrén, después del regreso de la Casa de las cadenas, no fue el mismo. Y principió a espaciar el cumplimiento de sus

oficios y de sus ritos. Demoraba las vueltas ordinarias; no se desplazaba hasta donde Isabel; no ensillaba a “Sultán” no vigilaba el puente.

Evangelina, silenciosamente se juntaba con Zoraida, sabían que Efrén Herreros no temía a la muerte, ir viviendo cada día se lo fue enseñando. Se hicieron más discretos los movimientos al andar, al sobar sus animales, al mirar los alrededores, al responder cualquier pregunta desprevenida. Era distinta la manera de contemplar una fruta, de podar una planta, de peinar la crin de Sultán. Se hicieron más espaciadas las salidas al arroyo, más pausados sus paseos al Puente, más lentas las manos en cada objeto. Y más detenida la mirada en los seres que ahora compartían su soledad. Más detenida en la noche larga.

—“Isabel, también ella. Ella, sobre todo”.

“A medida que pasaban los días iba siendo amigo de sus familiares muertos, como si adujera otra vecindad. Las caras del abuelo, del padre, de Enrique y Mariano que Medardo dejara en la galería. Y Pedro José. A cada regreso nuevas presencias antiguas, llamaradas apagadas, fuegos fatuos, el absurdo.

“Se fue desvaneciendo, según lo cuenta Mejía Vallejo. Efrén tuvo conciencia de que:

“la vida se escurre de las manos”

“la vida es uno mismo”

“la vida no estaba para ser amansada”

Y un día, sin dramatismo, declaró para que lo escucharan que “la vida había sido un buen asunto”.

Características de la novela

Hay en esta novela, una serie de rechazos a la violencia; a la actitud del clero; a las fuerzas negativas de incomprensión de la sociedad pueblerina; a la forma como un marido –símbolo de tantos otros– trata a su esposa.

Existe en esta obra - como en las otras suyas - principios estéticos que no los abandona: la belleza y claridad del idioma; la factura literaria en donde va vertiendo juicios cuando presenta críticamente el interior de sus personajes; la descripción del paisaje; la rememoración de lo esencial de cada ser, situación personal o actitud de la colectividad.

¿Hay unos diálogos sin presencia de personaje? Es una técnica de Manuel Mejía Vallejo. Aquél no aparece opinando, respondiendo, insinuando. Pero el autor va señalando lo que ocurrirá, lo que se espera. O anuncia la tragedia que ronda. Lo presentido en el dolor. El temor que circunda la vida, que espera una descarga de tormenta humana. Lo que escribe - y que algunos confunden con un diálogo - es como la voz del pueblo. A veces, es fuerte descarga de la desesperanza trágica. Otras, un asomo de la alegría que crece como un árbol de luz en uno o varios de sus personajes y contagia de esa euforia a la vida.

Sus obras nos conducen a la reflexión honda sobre los caracteres de los habitantes del país. En esta novela, gente antioqueña específica -del suroeste- que se ha distinguido por ciertas características en las nociones de la vida; en el manejo del amor y de la alegría; del comportarse frente a los problemas de la cultura - la popular y la otra; el recorrer, con fuerza, el hondo fluir de las existencias, sin chisme aleve, sino enfrentando sus retos.

Metafísica del novelista

Jean - Paul Sartre(*) decía “Una técnica novelística remite siempre a la metafísica del novelista; la tarea del crítico consiste, pues, en despejar ésta, antes de evaluar aquélla”.

En Manuel Mejía Vallejo esos valores están explícitos. No los oculta. Al contrario, van apareciendo en cuanto se enriquece y vigorizan las reacciones de sus personajes. Pero éstos, además, proponen - siempre - en sus reflexiones una ca-

bal e inequívoca manera de ver la existencia, en su doble enfrentamiento a las alegrías y los dolores.

Qué fuerza en las evocaciones. Cómo iban creciendo calidades densas, defectos hondos de raras calidades de valor de torcida bohemia, de fuerza incitante para el odio. Unas frases, de densidad y de bella calidad intelectual, sitúan aquellas.

Qué maravilla cómo eleva a tenor poético lo que cruza en el día, en la noche. Qué riqueza de observaciones minuciosas de la naturaleza. Qué precisión para ahondar en el alma - y comprometerse con el río de la sangre - y así sacar al mundo circundante lo que estremece el espíritu.

En cuanto penetramos con afán de alcanzar claridad en cuál es el mensaje de Mejía Vallejo, vamos puntualizando que abre muchas perspectivas en cuanto a diversas materias, que él penetra con conocimiento y, en otras, con la percepción intuitiva de un mundo muy complejo: lo referente a lo espiritual de los seres; sus relaciones interfamiliares; lo que es banalidad circunstancial en los acontecimientos; lo que revela la profundidad de situaciones que tienen dramáticos llamamientos a la conducta de los seres. También, a una naturaleza —a dos naturalezas, la fría, la de tierra caliente,— a la cual señala con el nombre de sus árboles, de sus frutos, de sus flores, de sus pastos, etc., que puede examinarse desde un ángulo botánico. O ese mundo de abigarradas acciones que difieren a su pueblo y que son parte de la antropología. Muchos de sus personajes, aparecen bien delineados en sus sueños. En lo que, a veces, vuelven explícito y, en otras, es un razonamiento que el creador formula al penetrar en sus conflictos o sus esperanzas. Y si hay un propósito de profundizar, encontraremos respuestas filosóficas a muchos de los pronósticos que se formulan en los breves diálogos; en las observaciones que se dejan caer al desgaire, en lo que da vueltas y vueltas en el mundo espiritual - en la interioridad de cada ser - y que Vallejo Mejía, con riqueza de penetración, va poniendo en evidencia. El lector se sor-

prende en entender que así él va creando la atmósfera novelística, sin equívocos. Es una de sus cualidades más altas crear con sus actitudes. Porque el comportamiento de ellas, ya denuncia una concepción de la vida. Nos preguntamos: ¿esto no es lo que examina la filosofía?

También hay un mandato de nostalgia que recorre su creación. Que abate el paisaje, el alma de sus personajes, que enciende arreboles en sus espíritus. Aquélla viene del ambiente que reproduce que está cercano a dolores, expectativas incómodas para el recuerdo o para el tramo de vida que sucederá; de la atmósfera rural a la cual el hombre le ha hecho perder su pureza y sus afanes de claridad elemental. Cuando lo hispido interior de los seres, apabulla el clima natural de la naturaleza. La misma tierra, a veces, va ofreciendo una carga emocional que dimana de ella o de los hechos que sobre su lomo se cumplen. Es, básicamente, una suma de recuerdos que Mejía Vallejo va urdiendo entre temas perdidos, vidas truncas, retazos del caminar y del soñar. O será que, las criaturas, ¿sólo estarán hechas para la evocación melancólica?

Mejía Vallejo exhibe una prosa elegante literariamente. No hay homenajes a la chabacanería, al examen precoz, a la utilización de lenguaje deliberadamente vulgar. No aceptó esa modalidad de acercarse de tan ridícula manera al lector. Cuando ello sólo revela mal gusto literario. Itinerario de plebeyez idiomática, Qué bueno que *La casa de las dos palmas*, no hizo concesiones a esa trivialidad que resta elegancia y nobleza a las páginas.

Valores de una comunidad

En él hay un afán por reconstruir los viejos valores de una comunidad que los tenía bien organizados; la unidad familiar, el combate colonizador y el amor en sus diferentes formas de turbulencia y ternura delicada; la solidaridad de patronos y trabajadores; el juego de la imaginación en varios

de los integrantes de su obra reluciente. El desorden de la colectividad no lo admite. Cuando se desborda o se desequilibra, busca que regrese a su cauce de normales conductas.

Hay en su escritura un signo que aún no hemos relevado suficientemente: el respeto que trasciende a la libertad de los caracteres individuales, dentro de cierto régimen de actitudes, que no traspasa el mundo colectivo. Que no rompe las reglas de éste. Pero obedeciendo a esos rigores, el ser logra imponer su marca espiritual. Hace primar lo que ama; lo que desea; lo que lo impulsa. No son seres de rebeldía elemental. No, ésta viene de más hondo. Su libertad es un mundo más complejo y dinámico para que pueda predominar el acento de su personalidad.

Sobresalen las pasiones confesadas y otras que se insinúan o se descubren implícitas en la conducta de las criaturas del fabular. Algunas, en cambio, señalan la condena, el equilibrio. Desde luego, sin que haya tendencia a la exposición ideológica, es evidente que priman unas ideas, como es nobilísima expresión de su universo, una concepción moral en algunos de sus personajes y, en otros, hay un mundo donde la liberación se asoma con sus vicios y sus encantos. Algunos aparecen envueltos en la leyenda de su propio demonio personal.

Carrasquilla y Mejía Vallejo

Irrumpe aquí, cuando hago referencia a la reconstrucción de los valores de Antioquia, un tema que me inquieta: las calidades de Carrasquilla y las de Mejía Vallejo. Leo, con frecuencia, la afirmación de que éste es un continuador o sucedáneo de aquél. He tratado de encontrar sus concomitancias. Es materia crítica que demanda estudio y cautela en las ponderaciones.

Es elemental que trabajan la misma greda humana y, además, en el mismo territorio. Por ello tienen que existir refe-

rencias similares. Pero dudo de que sean muy evidentes las similitudes. Claro que hay pormenores obligados: el sentido familiar, las connotaciones religiosas, la vocación por las transacciones comerciales, la disposición para la música, el individualismo, la superioridad moral e intelectual de muchas mujeres que han contribuido, sin dubitaciones, a fortalecer el carácter antioqueño.

Pero estas concomitancias, no conducen a cercanías ni en el idioma, ni en el tratamiento de los personajes, ni en los diálogos, por cierto muy breves en Mejía Vallejo. Lo que en este escritor prima, es una impresionante capacidad de inmiscuirse en el alma de sus criaturas. Les toma la riqueza de su interioridad y siguiendo la huella de sus actos, va formulando tesis, teorías, afirmaciones y negaciones que el lector, atrapado en la magia de su prosa, confía en que son diálogos. No es así.

Federico de Onís(*), nos recuerda que Carrasquilla es “un gran escritor de nuestra lengua”. En lo cual coincidimos: luego, enfatiza: “lengua hablada y popular, (con) sentido de la gracia y del humor... su estilo parece copia del habla de los antioqueños... sus obras mayores son aquellas en las que no se hace más que hablar... lo que más vale son las conversaciones... (y) su humorismo de la mejor ley”.

Pues bien: no establezco que los coloquios de Mejía Vallejo sean tan extensos, ni correspondan al habla popular; ni reproducen la fuerza del humorismo. Me parece que aquellos son lacónicos; que sí hay aliento popular en cuanto reproduce las condiciones de lo que es la conducta colectiva de los pueblos y no capto que la tendencia al aticismo tenga connotaciones.

René Uribe Ferrer(*), un estudioso erudito, también nos recuerda que Carrasquilla es “el único novelista pleno que hasta los penúltimos años ha producido Colombia”. También nos identificamos con este juicio. Más adelante afirma que su novelística es “síntesis máxima del carácter antioqueño”... Para mí, parte de estos atributos también prevalecen, pero

entiendo, según mi análisis, que hay otros que confluyen a criterios más universales, especialmente cuando Mejía Vallejo comienza a formular su creciente ola de reflexiones.

Kurt L. Levy(*), a quien es necesario repetirle la admiración por sus estudios reveladores en torno a Carrasquilla, sostiene que “el diálogo escrito debe ajustarse rigurosamente al diálogo hablado, reproducido hasta donde sea posible”. En mis observaciones, creo que ello no ocurre, en cambio, en Mejía Vallejo.

Antonio José Restrepo(*), declara que la lengua en que escribía lo delata como antioqueño indeclinable e intransmisible...”. Y Sanín Cano manifiesta que “conoce el vocabulario de su comarca hasta poderle servir en un futuro lejano a los historiadores del castellano en América para investigar el curso que siguen en esas regiones las modificaciones básicas del idioma”.

Me aventuro a plantear el tema de las diferencias entre Carrasquilla y Mejía Vallejo en cuanto a modalidades de su escritura. Es tema que apenas exploro. Pero que me abre perspectivas muy diferentes en cuanto a ambos escritores. Aun cuando los dos tienen bien centrada, y orgullosamente proclamada, su identidad con su Antioquia entrañable, la de ellos y la de nosotros.

Inteligencia y sensibilidad

Es incontrovertible que hay dos calidades - la inteligencia y la sensibilidad - en la casi totalidad de sus actores. Son evidentes. Aparecen en la manera de comportarse; en los diálogos; en los juicios acerca de disímiles materias. En la forma como administran y admiran la naturaleza. En cuanto la adornan, la vigilan y la miman. Se extrovierten como tradicional conducta, que viene de viejas actitudes de abuelos y progenitores.

Es necesario acentuar la característica en el estilo de Mejía Vallejo, cual es el uso de la metáfora. Para puntualizar re-

flexiones, en torno del avance de la trama de su novela o de la aparición de la conducta de sus personajes. O de la presencia inminente de la naturaleza. El deja una o varias de éstas, revelando su maestría en el manejo estilístico. La imagen y la analogía, cumplen un rito substancial en su obra.

Conocimiento del campo

Me despierta el mayor entusiasmo su conocimiento detallado del campo en relación con las flores y los árboles. Lo mismo que de otros fenómenos como las tempestades, el gruesso de los truenos, el arriscado batir de los rayos. Lo conmueven los farallones, la dureza del agua en las piedras, los abismos inquietantes.

Se caracteriza la actitud de las personas por no tener un espacio ni tiempo de tranquilidad. Algo las desazona; las desvela en nuevos afanes; las conduce a reflexiones que perturbaban la paz interior. Pero aparecen, a pesar de esta característica, con sus almas bien templadas para esperar las exigencias que plantea el hecho de vivir. Y saben defender lo suyo o lo de su amor, sin liviandades.

Mandatos de la conversación y la poesía

Hay dos elementos que aún no hemos valorado con honrura en su mensaje. Son las influencias que ambos ayudan a enriquecer su fábula. Ellos son la conversación y la poesía, que en él eran dos altas calidades de su espíritu. Aquí andan mezcladas y sublimadas. Hay páginas que sin conocer estos atributos, no podríamos explicárnoslas. Ellas se entremezclan en la corriente estilística, que le da aportes a la belleza, ingenio y expansión a sus relatos. Esto le permite hacer una caracterización de las calidades profundas de sus seres, que es el lenguaje en el cual las revela, las destaca, las acentúa. Ellas, cumplían con su aporte destacadísimo en la nobleza del lenguaje y, desde luego, en la prosa sugerente de este novelar.

Sus novelas -entre ellas *La casa de las dos palmas*- nos introducen a una “lectura vertiginosa y densa”. Se manifiesta un valor del lenguaje, que no podemos desconocer. En el editorial del *Anthropos*(*) se afirma que “La función de la literatura es precisamente esa, dar al ser humano conciencia de sí mismo, de su experiencia y vivencia de alteridad”.

Lo importante de él es el compromiso literario y cómo asume sus deberes como escritor, sin cesantías. Vive en continua creación, que se une a su capacidad de fabular. De volverse a la realidad y descubrir los ingredientes valederos de ésta y, a la vez, inmiscuirse en las exigencias rigurosas del fabular. Donde aparecen obsesiones, símbolos. No hay personajes esperpénticos. Inclusive el mismo Aníbal es dañino y crea la atmósfera del obsesionado, pero no tiene esas características.

Citando a M. Hernández Sánchez Barba en su *Historia y literatura en Hispanoamérica* acentúa que la “mismidad y alteridad son las dos coordenadas en donde se va a producir la gran coincidencia de la literatura con la Historia... La Importancia de la Literatura Hispanoamericana, habiendo roto ya las líneas y los límites y las fronteras de lo regional, se ha universalizado porque está tratando, desde planteamientos específicamente hispanoamericanos, los grandes temas del hombre que son la vida, la libertad y la esperanza”.

Creo que esta cita se ajusta al mensaje de nuestro fabulador.

Invención y recreación

La narrativa tiene la virtud de que puede ser ambiciosísima. El límite lo impone la capacidad de invención y recreación del autor. En el caso de Mejía Vallejo el lenguaje cumple una tarea de alcances que le dan la hondura y, a la vez, la altura que merece cada una de las situaciones descritas. Marcel Proust, en sus estudios de crítica literaria, señala que “el verdadero estilo es aquel que representa una visión selectiva del mundo”.

La poesía cumple una colaboración importantísima en su novelar. Ella se expresa en coplas y décimas de lo que creen acerca del mundo sus personajes, con acento lírico. Ellas contribuyen a su fabular, pues son expresión característica de lo que es la cultura popular. La copla es un mandato poético que recoge una experiencia humana, que se organiza con características de reflexión popular. La décima que es más exigente desde el punto de vista de la perspectiva, también la maneja sutilmente este escritor. Él deja que se cumpla la originalidad del misterio del verso. Es una manifestación de la presencia poética en el lenguaje.

Logra transmitir la experiencia - la suya -, pues vivió en los sitios donde acontece *La casa de las dos palmas* o la evocación de un universo que es el de una comarca para él entrañablemente amada.

Obra mayor en Indoamérica

Si uno repasa el libro del profesor, escritor y crítico de literatura Augusto Escobar Mesa(*), se encontrará en los reportajes de Manuel Mejía Vallejo muchas de las claves de esta obra de “La Casa de las dos Palmas”. Comprenderemos la raíz de su novela y las amplias diversidades de su creación. Nos permitirán esas páginas entrar a la revelación de los sutiles elementos que atan su creación. Es un diálogo para establecer descubrimientos literarios.

En un lúcido ensayo de Claire Lew(*) que ganó el Primer Premio en ensayo en torno a esta novela, se hallan líneas para valorarla.

Otra novedad que quiero anotar, es la maestría, intensidad y belleza de las frases de Mejía Vallejo. Propongo que se intente una Antología de ellas de sus diferentes libros para hallar cómo definen, aclaran –muchas con claridad poética– los grandes interrogantes del universo. Así se libra de lo típi-

camente regional o lugareño. Su pensamiento se extiende hacia nuevas deliberaciones doctrinarias.

No debemos permitirnos equivocaciones. Ya, *La casa de las dos palmas*, alcanzó una consagración continental al recibir el Premio “Rómulo Gallegos”. Pero esta circunstancia capitalísima, no es, en sí, lo que nos indica su alta categoría. Es su trama donde hay múltiples elementos que culminan en dramáticos episodios de singular grandeza en su manejo estético literario; en su riqueza imponderable de personajes autónomos, bien delineados en su concepción de la vida, del sueño y de la muerte. El lenguaje cumple una rigurosa misión de ennoblecimiento de situaciones, pensamientos y se levanta y empina para cantar a la existencia, a la naturaleza y al júbilo del amor.

Estamos, pues, ante una obra mayor de la novelística indoamericana.

Bogotá, Barrio “El Refugio”, 1999

**La vocación españolísima de
Velásquez Martínez
“Cervantes, contemporáneo e intemporal”**

El libro camina en la vida

Hace muchos años conocimos a Alberto Velásquez Martínez. Él, ha contado el encuentro: de entrevistador a reportaje. Nos unimos. Él, era la juventud impetuosa. Nosotros andábamos, como siempre, luchando por la justicia social, uno de nuestros más caros destinos. Hablamos de lo pertinente que demandaba el periódico y luego, charlamos sobre la varia vida. En ésta, entraba lo intelectual y, como estudiante que era, vibraba con los encuentros de las obras recientes. Recuerdo que la poesía lo estremecía. Había una vocación ya consciente de la alegría, de la creación cultural, que impulsa, contagia, compromete e ilumina. Como en esos días no se aceptaba vincularse a un periódico sin tener formación mental seria y amplia, andaba organizando su vida interior. Se le notaba tenso, ardido de ambiciones, pleno de afanes. Estudiaba en la Universidad una carrera y obedecía al mandato que lo ponía en franco combate mental. Buscaba conocer las identidades de diversas culturas. Tenía apatencia que le venía del abuelo santafereño, Julio Vives Guerra, quien durante años escribió, especialmente en “El Tiempo”, crónicas históricas, literarias, abiertas a la picara comprensión del mundo. Tenía en la sangre, pues, una cita con la inteligencia.

Se vinculó a “El Colombiano”. Le tocaron diversos oficios. Fue acentuando su carácter mental. Lo distinguía un vivaz entusiasmo. Que la existencia se lo conserve intacto. Porque es el que ayuda al deslumbramiento, la capacidad de comprensión, el que se expande en sueños. Permite, además,

que no se acomode el escepticismo que detiene, con crueles pesimismos, la capacidad de irradiar y combatir por las quimeras. Hay que vivir siempre confiando en el asombro. Mientras hacía el aprendizaje periodístico, miraba a los hombres del país. Admiraba a quienes estaban doblados de políticos y de humanistas. Sobre ellos, hemos dialogado varias veces, buscando lo que destaca, culturalmente, sus existencias. Porque no se puede ejercer esa dinámica, noble y creadora función pública, apenas acreditados en respaldos momentáneos de votos. El ejercicio del poder, demanda muchos y diversos conocimientos. Velásquez Martínez emulaba con aquellos en el afán de alcanzar éstos y expresar sus propias creencias. Así fue creando su propia parcela periodística de comentarios. Le ha dado su sello y dejado que aparezcan sus afanes, entre libros que cruzan sus palabras.

Sus viajes a España.

Ha viajado a España en dos ocasiones, a colaborar en la Embajada colombiana. Él, la amaba y allí acentuó sus queencias. Su afán de comprensión, buscaba su identidad en la naturaleza, el paisaje, las mujeres y hombres que hallaba, lo que lo llevaba a la lectura, a nuevas emociones; se comprometía con lo inmediato del desplazamiento por las tierras hispanas. En libros ha dejado escritas sus experiencias y admiraciones. A veces, éstas, con desbordamientos. Pero siempre con inclinación a la verdad que tiene su fuente en el corazón. Viaja, explora, lee, mira, medita, escudriña. Leyéndolo, deja sensación de que quiere aprisionar lo que cruza por sus apertencias.

Y, como es natural, ancló en la lectura del Quijote. Era un desenlace lógico en un periodista que busca explicarse al pueblo español. Allí está su raíz y su fuerza; su idealismo y sus balances de la realidad. Leyendo este libro *Cervantes, contemporáneo e intemporal* apreciamos varias concomitancias que ha

buscado el autor. La biografía de Miguel Cervantes Saavedra, le interesa tanto como lo que escribió. Ama sus letras y sus desdichas. Avanza y penetra en registrar los caracteres de sus personajes y se vuelve a la vida de don Miguel que tiene, a veces, más peripecias que los seres con los cuales fábula. Es un repaso y una vocación de conocimiento de los entretelones de su peregrinar. Que, a veces, accede él a tantos maltratos, como los que luego recibirían sus paradigmáticos, don Quijote y Sancho, de los yangueses.

Riqueza de información

Al repasar los capítulos de este libro, nos asaltan múltiples observaciones que el autor va expandiendo. Para situar a Cervantes, rememora qué genios sacudían y compartían con él su siglo, en el momento que está desapareciendo la Edad Media. Éste ayudará a sepultarla al cambiar el estilo, al prolongar su visión regocijada de la existencia, al condenar, explícita o subyacentemente, los desvíos de estos siglos de tan duras crueldades espirituales. El recorrido vital de don Miguel, se confunde con tragedias y sinsabores. Mientras que la imprenta avanza, buscando al pueblo. Este, a pesar de que seguirá viviendo con restricciones, principia a mostrar que la luz de la inteligencia y de la imaginación, se le abren en medio de forcejeos de los poderosos y de las instituciones para que este milagro no acontezca. Qué fuerza restrictiva para las fuerzas populares!

Pobreza, desgracias, humillaciones, cárceles, acompañan a don Miguel. Y, de pronto, los campos del heroísmo; las dulces fuerzas del amor en Ana Franca; la casa solariega en Alcalá de Henares con sus ventanas abiertas al regocijo de la vista y su Castilla —ancha y seca— que disciplina para la dureza vital. Lo sigue en su formación, en sus parvos deliquios; en sus hondas pesadumbres. Es una escritura de Velásquez Martínez en la cual la devoción por aquella vida, crece en adjetivos.

Pasan las angustias, las frustraciones, el humorismo que se derrama caudalosamente, cuando se enfrentan las flaquezas humanas. El autor de este libro ha considerado bien que no se puede emprender una obra a cabalidad si no se tienen noticias acertadas de dónde viene y cómo era el entorno del autor. En la raíz de su existencia están, a veces, las explicaciones de muchos actos de sus personajes. Las vidas se entretajan, deliberadamente o no. Es un mandato de reconstruir o revelar lo hondo de la experiencia. No es posible que se haga su deslinde radical. Pero el hecho cierto es que el conocer el centro humano del autor, sirve para que los resplandores o agonías de su existencia, nos permita a los lectores entender algunas de las virtudes cardinales de la obra. Esto lo estudió bien el autor y nos acompaña con la constante observación humana para conducirnos por los mundos idealistas que pasan por el Quijote.

Se apoya en biógrafos, críticos, analistas, los más serios y eruditos ensayistas para ir situando a don Miguel y al Quijote. Desde luego, no para presumir de erudito falso, sino para conducirnos hacia las fuentes que él considera más válidas para penetrar en aquellas dos existencias: las del creador y su personaje universal. Nos protege así a tener certezas y nos abre nuevos horizontes de reflexión.

Qué valores refleja el Quijote

En el examen de este libro de Velásquez Martínez, sobresalen los valores que él le encuentra y señala del Quijote. Son de singularísima importancia, pues así toma aquellos que trascienden y ayudan a dar una imagen totalizadora de la obra. Pone en alto sitio ese volumen que sirve de guía y camino para la humanidad. Después de declarar que es la novela que señala la orientación de la moderna estructura de ésta, hace exploraciones críticas válidas por su contenido, entre la obra de Cervantes y la de Shakespeare. Penetra, entonces, en

intrincados desvelos en el análisis. Y en éste se le encuentra al autor el pulso firme del razonamiento y una riqueza en los desplazamientos por los encantos de la imaginación.

Sólo me encuentro perplejo cuando al hacer referencia al realismo mágico menciona a Gabriel García Márquez, Julio Cortázar y Jorge Luis Borges para unirlos, en ese espíritu de singularísimos caracteres, con el Quijote. No lo encuentro claro. Ese fenómeno, el realismo mágico, es típicamente indoamericano. Obedece a unas líneas de creación, independientes de la literatura española, como sucede con las expresiones de nuestras muestras de la inteligencia del continente en diferentes formas: fábula, ensayo, poesía, cuento. En una época se habló de que lo nuestro era un capítulo de la española. Ese es un tema superado. Las condiciones del mundo creador en Indoamérica son de absoluta independencia. Su autonomía, es su signo.

Dulcinea y los alientos propios de la manera de comportarse las mujeres -en el Quijote y en la extensa obra de Cervantes- nos revela que su personalidad obedece a los más cabales signos. Son de una inteligencia, voluntad y conducta que alcanzan relieves singularísimos.

En el Quijote, hay una profunda revelación del mensaje cristiano. Éste, recorre el sentido espiritual de la novela. Y va en busca de la justicia y de la libertad. Estos dos nortes se entrelazan y mantienen su interrelación en el profundo debate que adelanta, constantemente, por la segunda. Cuando ella sufre mengua, o se le quiere desconocer u opacar, irrumpe con sus sentencias filosóficas. Se sitúa el personaje central como combatiente. No pierde un minuto en consagrar sus altos signos orientadores de la comunidad.

Cervantes, a través del Quijote, está indicando que desea una sociedad que corrija el rumbo social que llevaba. Este lo encuentra equivocado. Cada escena, es resumen y símbolo de lo que pervierte al conglomerado colectivo. Cumple su empeño a través de sus personajes, que son gentes humildes y sencillas.

llas. Son los desheredados, los buhoneros, los galeotes, los zagales y las maritornes. Son quienes, están en el torbellino, asaltados por los infortunios. Su conversación la condimenta con aforismos, refranes. Apela a la cantera popular, a ese abigarrado mundo en donde el lenguaje crece y se vigoriza. Sus dos figuras capitales -don Quijote y Sancho- encaman, el uno frente al otro, dos polos opuestos, que extrañamente se complementan: el idealista y el práctico. De su conjunción, va manando la singular corriente de vida que recorre ese fabular. Es la historia de un alucinado enfrentando la realidad. El segundo lo hace regresar, en sus diálogos, a lo elemental de la existencia. Hay un estoicismo que va dando aliento a sus luchas, a las fantasías, al mundo que se extiende en sueños.

Velásquez Martínez nos conduce, otra vez, a que reflexionemos sobre el significado de la novela. Esta, busca, con empecinada lucidez, restaurar el heroísmo y la moral. Cuando los personajes se apaciguan en el retiro es para encontrarse consigo mismo. Es acto de profundización en la interioridad. Parece, a veces, que primara la misantropía y que se pudiera llegar a vivir en soledad. Queda la impronta del silencio. Y en esos instantes, la libertad vuelve a ser la obsesión. Sus personajes están enfrentados a la sociedad de su tiempo, y luchan por la justicia que es otra de las preocupaciones capitales. La libertad y ésta, las encontramos unidas en el eje principal del respeto a la dignidad del hombre. No admite lo que Cervantes llama el encaje, que es cuando el juez juzga por capricho.

No queda duda, entonces, de la universalidad de Cervantes. Por ello mismo Milán Kundera -citado por el autor- decía que al único que tenía que rendirle cuentas las novelas, era a Cervantes.

La devoción por Cervantes

Velásquez Martínez hace evidente su devoción por su fabular y por su autor. Más de cincuenta autores pasan por sus

páginas -ellos se detuvieron, con riqueza de juicios, comparaciones, alusiones, críticas serenas y otras empinadas en pedanterías y muchas desviadas de la claridad,- y se hace evidente que los ha leído con minuciosidad. Pero, además, lo persigue, con devota veneración, el averiguar las variantes de su vida: ¿fue o no alcanzó la categoría de poeta? ¿Qué leyó para conformar su espíritu de tan ricas calidades estéticas y humanas? ¿Su religiosidad no toleraba que los cléricos ordenaran, condenaran y desviaran la existencia? Desde luego, le da vueltas a los criterios esenciales de la ilusión y la realidad. Y allí se queda dando vueltas, ensimismado, para entender mejor la fuerza íntima de una creación espiritual que ama y lo solaza. Son demasiados los datos en cercanías a la vida de Cervantes. Ellos despiertan interés; avivan la imaginación del lector, deja pistas para situar el apremio intelectual.

El viaje a América

Hay páginas de este libro en las cuales aparece su viaje a América. Fue una aspiración fallida. Pero ha servido para acercar al autor y a la obra a estas tierras nuevas. En Colombia, le ha facilitado a los escritores y poetas dejar consignadas sus devociones. Cada cual, ha enriquecido la leyenda.

La carta de don Miguel Cervantes Saavedra, solicitando un empleo en el continente, se cruzó ante burócratas de torcida entraña.

En una copia, el 6 de junio el consejero ponente Núñez Marquedo. con “ironía o pulla”, le contesta: “Busque el petionario por acá en que se haga merced”. En la carta decía don Miguel: “que ha servido a S. M. muchos años, en las jornadas de mar y tierra que se han ofrecido de veintidós años a esta parte, particularmente en la batalla naval, donde le dieron muchas heridas, de las cuales perdió una mano de un arcabuzazo; y al año siguiente fue a Navarino y después a la de Túnez y a la Goleta; y viniendo a esta corte con cartas del

señor Don Juan y del Duque de Sessa para que S. M. le hiciese merced, fue capturado en la galera “Sol”, él y un hermano suyo; que también ha servido a S. M. en las mismas jornadas; y fueron llevados a Argel, donde gastaron el patrimonio que tenían en rescatarse, y toda la hacienda de sus padres y las dotes de dos hermanas doncellas que tenían, las cuales quedaron pobres por rescatar a sus hermanos; y después de libertados fueron a servir a S. M. en el reino de Portugal y a las Terceras con el Marqués de Santa Cruz, y agora están sirviendo y sirven a S. M. el uno de ellos en Flandes de Alférez; y el Miguel de Cervantes fue el que trajo las cartas y avisos del alcaide de Mostagán, y fue a Orán por orden de S. M.; y después ha asistido sirviendo en Sevilla en negocios de la Armada por orden de Antonio de Guevara, como consta de las informaciones que tienen, y en todo este tiempo no se le ha hecho merced alguna. Pide y suplica humildemente, cuanto puede a V. M. sea servido de un oficio en las Indias de los tres o cuatro que al presente están vacantes, que es el uno la contaduría del Nuevo Reino de Granada, o la Gobernación de Soconusco en Guatemala, o contador de las galeras de Cartagena, o Corregidor de la ciudad de la Paz. que con cualquiera de estos oficios que V. M. le haga merced, lo recibirá, porque es hombre hábil y suficiente benemérito para que V. M. le haga merced, porque su deseo es continuar siempre en el servicio de V. M. y acabar su vida como lo han hecho sus antepasados, que en ello recibirá muy gran bien y merced”.

Núñez Marquedo había escrito también: “váyase el petionario de contador de las galeras de Cartagena de Indias”.

Pues bien: Velásquez Martínez lo sitúa en Cartagena y lo pone a soñar entre arcadas, murallas y las olas bravias del Caribe. De igual manera lo aprecia Pedro Gómez Valderrama en uno de sus cuentos, (1970) *En un lugar de las Indias* de su libro “*La procesión de los ardientes*”, en los cuales entrelaza la fantasía con la historia. Lo trae por las aguas del mar Atlántico. Atreviéndonos a hacer una síntesis y a estropear su escritura,

él cuenta: Doña Catalina de Salazar cuando supo su nombramiento abrió “un ojo maligno” y luego lo cerró para seguir cuidando sus pertenencias. Don Miguel empaca: hojas de libros inconclusos. Se embarca en el galeón “Santiago” en el cual no puede escribir por la riqueza de movimientos. Al llegar a Cartagena, en la Plaza mayor queman a alguien. Lentamente se va convirtiendo en indiano. En su casa, hay cama sin compañía. El, requirió muchas españolas, “a quienes rindiera honores y levantara faldas”. Sus amigos advierten que no necesita éstas cuando tiene “real hembra a su servicio”. Una mestiza que parece haberle dado un hechizo. No quiere salir y se queda en los brazos de Piedad. Los rumores cruzan por la Inquisición; el obispo, el brazo secular. Las cosas siguen de mal en peor. “Nadie en Cartagena sabe de los humos de escritor que tenía don Miguel, porque nadie lo ha visto escribir nada... se va consumiendo en el alcohol y la “sensualidad siniestra de la mulata... se disuelve en el trópico”.

Y termina el fantasioso relato: “Don Miguel de Cervantes se queda en silencio, mirando por la ventana hacia la tierra parda de la Mancha, meditando largamente en todo lo que le había ocurrido si se hubiere ido a Cartagena de Indias, en el Nuevo Reino de Granada”.

Realmente, lo único que llega de Cervantes a Cartagena son sus libros. En el navío “Espíritu Santo” se despachan dos cajas con volúmenes que remiten los inquisidores de Sevilla al padre maestro fray Rodrigo Quintanilla, consultor calificado del Santo Oficio. La nota de la inquisición es del 22 de marzo de 1605. En la caja No.1 vienen ochenta y cuatro libros del Quijote. -

Familiar de Jiménez de Quesada

El maestro Germán Arciniegas al escribir la biografía y aventura de don Gonzalo Jiménez de Quesada, cuenta que cuando ocurrió la muerte de éste, su sobrina, María de Oruña,

se quiere venir a reclamar lo que nunca existió. Ella y sus marido, Antonio de Berrío, gastan tres años preparando el viaje de 1580 a 1583. Don Miguel de Cervantes busca su cargo. Se casa con Catalina de Salazar, que es una pariente de Gonzalo y de ese Antonio o Quijano o Quixada y futuro protagonista del último libro de las caballerías. Hidalgos de Esquivias, uno se llamaba Hernando de Salazar Vozmediano. Su hija es, precisamente, Catalina. Es, entonces, cuando principia América a llenar la imaginación de Cervantes. Pero el Quesada que conmueve por sus locuras y su piedad, por su grandeza y sus miserias, es don Gonzalo...”, espejo de Don Quijote.

Su vida en Popayán

La existencia de don Miguel de Cervantes sigue rodando. En Popayán se lo encontró el maestro Guillermo Valencia y en uno de sus poemas magistrales, *La razón de Don Quijote*, cuenta que

“... en el severo porte se revelaba un algo
de grandioso y risible, que me sacó de dudas”

El escritor, poeta y profesor José Ignacio Bustamante que en Popayán, la culta, ejercía de “Maese”, cuenta cómo fue que lo enterraron en la ciudad culta, en su página *La tumba de don Quijote*:

“Dulcinea, que quería que su Héroe viviera la muerte en carne y hueso, y no en cenizas que se dispersaran en el viento del olvido, llegó al fin a donde estaba el catafalco de su Caballero. Los del Tribunal vieron que el cuerpo de Don Quijote erguía y subía lentamente hacia el sol, con un silencio religioso, pues la multitud había enmudecido. El pueblo, arrodillado miraba cómo ascendía el Bravo Caballero de los Leones, hasta perderse en las inmensidades del cosmos.

“Las ánimas del Cid Ruy Díaz de Vivar, de Bernardo del Carlo, de Ricardo Corazón de León. de Carlo Magno y de don Sebastián de Belalcázar, fueron prevenidas para recibir en su determinado momento, en las vegas del Cauca -cercanas a Pubenza- el cadáver astronauta del Señor de la Mancha. En efecto, seis días después de los acontecimientos que dejamos relatados, el cadáver de Don Quijote era recibido en el lugar ya dicho, y conducido en brazos del Cid hasta “un roble de añosa virtud”, donde, según el poeta, recibió cristiana sepultura”.

Alberto Lleras escribió, más tarde, su *Oración para que Don Quijote no huya*. El escritor de tan altos dones culturales lo recuerda con su adarga, escudo, lanza, escarcela vacía, endriagos, entuertos, de palabra cuidadora y razonamiento claro. Lo dejó allí en ese ambiente donde el sueño, la ilusión, la quimera alientan la alegría de mujeres y de hombres:

“Y en la plaza mayor, bajo un árbol que arañaba al cielo impasible, quedaron tus huesos, colocados allí por las manos recias de los fantasmas.

“¡Y qué bien estaban allí!

“Porque el ambiente de Popayán, que así se llamara la villa muy noble, respiraba caballería andante. En las rutas españolas, sólo recibieras palos y sólo sandeces oyeras, y en la derrota desde Argamasilla hasta Zaragoza todo fue un amargo Víacrucis. Allí, en la villa que tus pensamientos escogieron para cubrir tus huesos de respeto y veneración, sólo voces de aliento hubieran recibido tus locuras y tu idealizar incansable, sólo cálidos elogios hubiera merecido. Como tú, desfacedora de agravios; como tú, señora, la ciudad payanesa era la única que merecía tus cenizas, así como para engendrarte sólo era digno el pueblecito manchego. El rayo acariciaba las cúpulas de esa ciudad, y el rayo era hecho para tí, que no lo sentiste, porque en la Mancha los cielos eran impecablemente académicos. Un tormentoso río baña la ciudad, río tormentoso hecho para que en él enredara sus piernas escuáli-

das tu Rocinante maltrecho. Y en cada casa respirase el amoroso olor de las bibliotecas que tú respiraste, que respiraras siempre, de no haber el ama y la sobrina arrojado tus libros a una hoguera, que seguramente las manos de los hidalgos de Popayán no hubieran encendido jamás”.

En el poema *Don Quijote muere en Popayán*, uno de los más consagrados poetas de la patria, Rafael Maya. canta así:

“¡Oh - dijo don Quijote - no me matan dolencias
del cuerpo, sino una fatal melancolía
que tengo aposentada en la mitad del alma.

.....

Muchísimas ciudades hay en el mundo culto
que envidiarían la gloria de esta villa naciente
al guardar los despojos del Hidalgo manchego.
Providencial designio fue éste, y no capricho
del destino. La piedra que sellará esta tumba
será también la base de nuestro azar histórico,
y de esta fosa egregia, donde manos de niñas
van a regar las hojas de un roble solariego,
ha de brotar un hálito de perenne heroísmo
que, ilustrando las gestas de la paz y la guerra.
les conceda a las plumas la virtud del diamante,
y a las recias espadas el fulgor del relámpago.
Y así, sobre las puertas, pondremos un escudo
que cifre el venturoso porvenir de esta villa:
Una mano viril que deshoja una palma
para ceñir la frente de los futuros próceres.
Custodiad esta tumba, terminó el eclesiástico,
y el pueblo respondió con un gran juramento
frente al volcán lejano, que alzaba su penacho,
sojuzgando las cúspides de la azul lontananza.
con su orgullo de antiguo Capitán de los montes.

“Don Quijote encadenado”

“Vamos a apelar algunos ejemplos para demostrar como Don Quijote necesita continuar librando batallas descomunales. En nuestra época, se requiere tanto como en el tiempo de sus aventuras. Su beligerancia volverá a ayudar a los seres que esperan la justicia.

El escritor José Hurtado García en 1947, escribe un libro de sostenida actualidad en tomo a la obra de Cervantes y lo titula *Don Quijote encadenado*. Considera que debe rescatarse al libro inmortal de “los cuellos académicos y de las planchadas camisas literarias” que lo hacían innaccesible al pueblo. Pero se advierte que no es una vulgarización innoble. El autor principia por recordar que Anatole France juzgaba el volumen del manchego como manual de “indulgente piedad, biblia de benevolencia”.

Hurtado García indica que *Don Quijote* fue concebido por un artista al cual no determinaron los poderosos de su tiempo, quizás porque no se sometió a los preceptistas, se sonreía del culteranismo y renovó la lengua. Aquél, considera que se apropiaron de él y lo han vuelto antipático. Su prólogo contra los latinistas, los eruditos falsos, está dirigido precisamente contra quienes han pretendido quitarle fuerza a su amenidad y a su regocijo popular. Les incomoda el sentido igualitario. que es el eje central de su creación.

En el *Quijote encadenado* sus capítulos se refieren a escenas del libro de Cervantes. Cuando Juan Haldudo, al reaccionar por el cobro de los servicios que le han prestado, le permite hacer la defensa de la infancia contra este personaje. Porque en sus páginas se exalta la justicia humana. Hurtado García considera que hoy están vivos y en acción agresiva los Juan Haldudo. Las reflexiones de don Quijote nos incita a defender, en la época actual, la niñez: “A pesar de todas las leyes sociales escritas, a pesar de San Francisco de Asís, de Lenin y don Juan Bosco. la infancia sigue siendo el pórtico de la injusticia”.

Los dominadores de turno, han sido adscritos a la censura, acicatean la piromanía intelectual. La chamusquina del cura y la sobrina, nos indica cómo en este tiempo había que defender la libertad de pensamiento.

El discurso de Don Quijote a los carneros, es página de acento humanísimo. Hoy se organizan matanzas colectivas y el fraude, el engaño, la malicia, inundan las actividades. Se necesita que él regrese a poner orden en el mundo contemporáneo.

Repudió los galeotes. Pero las cárceles, actualmente, “siguen siendo albergue de todas las miserias”.

El villano no sabe aceptar los deberes de gratitud, de lealtad, de no actuar con mezquindad. Aún le toca mucho a Don Quijote custodiar en el mundo.

Las bodas de Camacho nos llevan a pensar en lo que hoy tenemos que observar atónitos: madres famélicas, niños abandonados, ancianos desprotegidos. La mejor forma de fraternidad, es la mesa bien servida. Y aún se ha hecho poco para que el hambre no siga siendo azote de la humanidad.

Siguen los capítulos de *Don Quijote encadenado* denunciando dónde aún hace falta la acción del hidalgo: en lo femenino se dan garantías, mientras el prejuicio, en el comentario buido y mal intencionado, sigue “devorando energías, bellezas y virtudes”.

Hoy ni en las instituciones ni en los gobernantes se observa el efecto de los consejos a Sancho para manejar su isla.

Sigue teniendo vigencia su programa de gobierno. Sancho Panza intervino para la regulación de los mercados. Hoy es más indispensable cuando el neoliberalismo, que es la nueva derecha internacional, arrasa con la totalidad de los elementos de la justicia social. El control de precios, sigue siendo insubstituible, contemporáneamente. El elogio de las letras, sirve para destacar la lucha del estudiante pobre. A la vez, estimula a los héroes de la inteligencia, entre ellos los periodistas que deben pelear porque se imponga la justicia

distributiva. Don Quijote elogió las armas como medio de imponer la paz. Ésta sigue, aquí en Colombia y en el mundo, buscando realizadores. Queda el mito del caballo Clavileño, que, en la actualidad, muchos lo observan mecanizado, “convertido en fortaleza del aire, con la bomba atómica”. Hay que desactivarla, para que no se aniquile rabiosamente la humanidad. La inteligencia se encuentra desamparada. Así se establece en el encuentro con Roque Guinart, en la visita a la Casa de los Duques, que es símbolo para los tiempos actuales. Don Diego de Miranda es la dorada mediocridad. Es representante de la clase media y allí el Quijote solicita que se escriba en la lengua castellana. Hurtado García anota que “de las categorías sociales dibujadas en el libro de Cervantes, sólo este caballero de dorada mediocridad miró a Don Quijote con ojos leales, le abrió su casa sin reír de su inteligencia”. En los relatos se estremecen las tragedias de los pueblos, “las luchas comarcanas, los odios vecinales”. Además, cuenta sus encantos, sus costumbres: “allí está, sicológicamente, el centro del mundo”. Maese Pedro es el creador de personajes, es el triunfo de los títeres. Son las diversiones a las cuales alcanza el pueblo. Al hacer su testamento, establece que la riqueza en la muerte apacigua a los deudos. El último capítulo lo pone a viajar a América. Este libro de Hurtado García tiene la virtud de que obliga a Don Quijote a librar las luchas contemporáneas. Y es cierto que para enfrentarlas, se requiere tener la fuerza idealista que acompañó sus sueños. Y así lo consagra el escritor del Gran Caldas.

Don Quijote sacude el espíritu y lo alegra

Para seguir regocijando a Velásquez Martínez, vamos a recordar poquísimos escritores que lo han acercado a Indoamérica. Para ello apelamos a una Antología inédita *Fantasías Quijotecas* que ha ordenado la avizora inteligencia de Vicente Pérez Silva. Laureano García Ortiz en su libro *Con-*

versando, en su capítulo “Fantasía de un bibliófilo”, relata una Asamblea de libros que le toca presenciar en su biblioteca. Anatole France se adelantó y sentenció que eso de los volúmenes “era arte de brujería”. Y don Quijote con lenta parsimonia y melancolía reclamó porque “nos trae Vuestra merced nuevos y extraños compañeros”.

Antonio José Restrepo, tan cervantino, escribe de cómo él hubiera podido venir a Santafé de Bogotá, escuchando las voces de una carta de Juan Rodríguez Freyle y hubiese escrito el *Quijote de las conquistas*.

Max Grillo, escritor, historiador, poeta en su *Fantasía Quijotesca* lo pone en aventuras con Bolívar, pues, en ésta época, hay que “desfacer-entueertos contra la libertad”.

Fray Julio Tobón B. O. F. M. lo pone a recorrer con carriel, peinilla y sombrero levantado sobre la frente, la tierra antioqueña.

Siguiendo la línea de lo revelado en su escritura por Hurtado García, comprobamos que Don Quijote, continúa librando las batallas contemporáneas. Así el escritor Vicente Pérez Silva escribe un capítulo. *Don Quijote y Sancho retornan al mundo y emprenden descomunada batalla contra los astronautas*. Los cosmonautas o selenitas y los astronautas alborotaban el mundo por la conquista de la luna. Don Quijote toma las armas más modernas para impedir que perturben el dulce encanto de la noche.

No termina su vagar por caminos, veredas y, ahora, por cielos y estratosferas. El mundo sigue en azogue esperando su defensa de los símbolos soñadores de la humanidad, que él los dejó explícitos en su novelar.

Compañía de Don Quijote

Realmente, Don Quijote sigue, siempre, acompañado, con fidelidad espiritual, a quienes lo han leído. Está allí, esperando saltar para iluminar con su gracia; estimular con su capaci-

dad de lucha; volver a atar las gentes en solidaridad. Su escudero - “Sancho Sapientísimo”- abre su corazón de hombre sencillo, que va cayendo en palabras de rica comprensión de las debilidades humanas. Asiste con su fraternal simplicidad, mientras Don Quijote vuelve a encender la chispa resplandeciente del humanismo. Ambos personajes nos convocan a la comprensión. Hay elementos como la discreción, la humildad y la amistad, que se unen para, desde ellos, atisbar y clasificar la vida y los actos de los seres.

La influencia literaria de esta obra. sigue inspirando bellas páginas. En otras ocasiones propicia esperpentos mentales cuando se trata de imitar su idioma, tomar sus términos para adecuarlos al nuevo razonamiento. Los adjetivos que en la prosa de Cervantes se acomodan justamente para calificar, encomiar o criticar, en sus imitadores se vuelven tormento de rigidez y aliento de pastiches. El manejo de los verbos en los incitadores, deja de ser espontáneo para convertirse en secretísimo don del lenguaje y se siente la apretada exigencia a que se les somete. De suerte que hemos oscilado entre la belleza de la creación intelectual que el libro sugerente ha inspirado y las dolorosas opulencias que algunos han ostentado, castigados duramente por las exigencias gramaticales. Por fortuna, Velásquez Martínez no nos llevó a estos tormentos. En cambio, nos advierte con su libro que en todas las épocas, Don Quijote tiene tareas para cumplir. Por eso, él busca que ahora nos acompañe, una vez más, con su luz encendida de creencias en las fuerzas idealistas de la humanidad, a través de la libertad la justicia y la verdad.

Bogotá, Barrio “El Refugio”, 1974

Kurt L. Levy, Carrasquilla y otros valores antioqueños¹ Cercanías con Popayán

Mis encuentros con Kurt L. Levy

La vida generosa, misteriosa y mágica, me fue acercando, por distintos espacios, al conocimiento del profesor Kurt L. Levy. Un día estaba en mi oficina, cuando irrumpió, carta en mano, de presentación de un amigo, predicando sus devociones por encontrar nuevos datos sobre Tomás Carrasquilla. Venía de la montaña, con azogue interior, con vislumbres estéticas, doblado de afanes de entender el laberinto de montañas y las fuerzas ideales de un pueblo que se debatía entre el ímpetu de sus anhelos. Me explicó el alcance de su investigación. Lo hacía con alegría intelectual y con clarividencia humana. Desde ese momento, apareció ligado, en entrañable conjuro intelectual, con Popayán, la culta. Me manifestó que tenía interés de visitar la biblioteca del agudo, culto y sonreído escritor Juan Lozano y Lozano y que avizoraba, desde ese momento, un coloquio estremecido de juicios estéticos y de esplendidez en el racionamiento, si lo acercaba al Maestro Rafael Maya. Cumplí de inmediato sus mandatos.

En la Biblioteca de Lozano y Lozano, una de las más espléndidas de las particulares de Bogotá, estuvo escudriñando en revistas, en periódicos desaparecidos, en ensayos de críticos que concordaban en haber vivido en la época coetánea del novelista colombiano. Allí, hasta los predios de Suba, lo acompañó mi hijo Olympo Morales Benítez,

1 Lectura en el homenaje al Prof. Kurt L. Levy en el Paraninfo de la Universidad del Cauca, Popayán, el 9-VII-2000, al inaugurar el “XI Congreso de Profesores Norteamericanos especialistas en Colombia”.

quien principiaba a espigar como abogado. Más tarde lo vinculé a Maya. Necesitaba constatar en cuáles juicios concordaban; dónde podían aparecer discrepancias y cuáles eran los fundamentos.

Era difícil escapar al contagio mental de Levy. Tema una alegría espontánea, que borbotaba en grandes carcajadas, que se volvía consigna de espíritu de solidaridad. Estaba hecho de buena levadura humana.

No volví a encontrarlo sino el día que regresó para darme una especie de informe oficial de qué había acontecido con sus pesquisas, sin tener ninguna obligación de hacerlo. Era su manera espontánea de comportarse frente a los seres. Me dijo de su asombro de lo que había encontrado, explorado en aquel santuario de la cultura, y los diálogos de sutiles erudiciones que realizó con Juan Lozano y Lozano. Luego, me dijo que Maya era el equilibrio en el manejo de las estructuras literarias; que tenía una magistratura que aparecía espontánea en sus razonamientos. Venía, iluminado, pues sentía que el Maestro tenía hondas y firmes devociones por el destino de la inteligencia nacional. Para ello me entregó, para mi archivo, la lista integral de aquello que éste había publicado sobre escritores de la colonia, acerca de los luchadores por la independencia y cómo había evolucionado la cultura nacional, desde ese momento hasta 1955. Agregó: Maya tiene la limpieza mental de quien ni halaga, ni exagera, ni desdeña. Busca el sitio exacto para silabear el juicio crítico.

Volví a tener sus noticias en cartas de espontáneo indagar. Siempre mantenía alguna preocupación bibliográfica. No andaba desperdiciado en malabarismos mentales. Al contrario, se exigía un mandato de concreción espiritual. Así, siempre lo hallé en su correspondencia, en sus diálogos, en la rebuscante alegría del existir.

¿Por qué Carrasquilla?

Una de las primeras preguntas que le formulé fue que me relatara cómo explicaba el haber terminado comprometido con la vida y la obra de Tomás Carrasquilla. Me dijo de entrada: es un escritor que busca la verdad de su pueblo. Pero no se detuvo allí: agregó que cuando escapé, por decirlo de alguna manera, de la racha nazista, vino a continuar sus estudios en la Universidad de Toronto. Su inclinación se acentuaba por comprender el mundo Indoamericano. En la biblioteca de los claustros, encontró varias novelas de este autor. Las leyó. El mundo que describía, lo deslumbró. Era para él una revelación que existiera un fabulador al cual cruzaban tantos designios humanos, y que, además, sus personajes tenían tanta claridad en sus actitudes. Uno de sus profesores lo impulsó para que adelantara su tesis de grado, escudriñando la maestría de la escritura de Tomás Carrasquilla y que se compenetrara con su mundo geológico y ecológico. Tendrá una gran revelación concluyo, anotándole.

Pero, además, se había encontrado con un juicio de Julio Cejador y Fraucua que decía enfáticamente²: “Es, sin duda, Tomás Carrasquilla el primer novelista regional de América, el más vivo pintor de costumbres y el escritor más castizo allegado al habla popular, no sólo de su tierra antioqueña, sino, y por lo mismo, de cualquier región americana. En cuanto al lenguaje de Tomás Carrasquilla, toda alabanza es menguada. Estoy por decir que es el más castizo y popular de los escritores castellanos del siglo XIX”.

Esta concomitancia espiritual, me empujó más a lo que muchos de mis compañeros consideraban una aventura, concluía. En diálogo con Federico de Onis y con Harriete, su esposa, recibí más afirmaciones que conducían al compromi-

2 Kurt L. Levy: “*Tomás Carrasquilla*”. Instituto de Integración Cultural. 1985. Medellín.

so mental. Por cierto que más tarde encontré más juicios de ponderación. Recuerdo³ que René Uribe Ferrer sentencia sin atenuantes, sin temores de comprometer su prestigio de crítico autorizado: no es aventurado afirmar que don Tomás Carrasquilla es el mayor escritor que ha producido Colombia”. Alberto Lleras,⁴ en página de maestría crítica, del año de 1940, acabó de orientarme. Él escribió con la riqueza espiritual que ennoblece sus páginas de esteta de la prosa: “El anciano que murió ayer en Medellín ciego y tullido, fue el escritor colombiano más grande de su tiempo... Y su tiempo es largo. Ochenta y dos años desde el día en que nació en Santo Domingo, pueblo serrano y, según él, frío, feo y faldudo. No sería exagerado afirmar que fue también el primer novelista de América... la reputación intelectual de Colombia reposaba sobre este gran varón, como en una de sus más recias columnas, aunque muchos lo ignoraran”.

Pero además, continuaba Kurt anotándome: para completar mi pasión por Tomás Carrasquilla, hallé un estudio del erudito Maestro Baldomero Sanín Cano —quien fuera Rector de esta nuestra ilustre Universidad del Cauca— en el cual sostenía sin dubitaciones⁵: “Empezó a escribir a los 24 o 25 años de edad, y desde sus primeros trabajos hizo patentes en narraciones cortas su afecto a los humildes, su admirable poder en la descripción de las costumbres y ambientes de las clases desfavorecidas y su profundo conocimiento del lenguaje usado en esos medios. Ya desde entonces se podía asegurar que con él tendría la región un estilista de gracia y fuerza superiores”.

3 Kurt L. Levy: “*Mi deuda con Antioquia*”. Colección Ediciones Especiales de la Secretaría de Educación y cultura de Antioquia. Volumen 12. 1995.

4 Alberto Lleras: “*El periodista*” Selección y prólogo de Otto Morales Benítez. Colección de Periodismo. Editorial Universidad de Antioquia y Biblioteca Pública Piloto de Medellín para América Latina. 1992. Medellín.

5 Baldomero Sanín Cano: Estudio publicado en “Lecturas Dominicales” de “El Tiempo”, en 1940.

Hay otro hecho que lo comprenden con facilidad los buenos lectores, continuaba diciendo Levy: para mí es imposible dejar de pensar en la casi totalidad de los personajes de la obra de Carrasquilla. Algunos de sus nombres se confunden con el título de la obra. Pero quiero recordar, con el afecto que uno toma a quienes lo han acompañado en parte del recorrido de la existencia, a Eloy Gamboa de *Hace Tiempos* a Bárbara Caballero de *La Marquesa de Yolombó*, a *El padre Casafús*, a *Dimitas Arias*, a *Rogelio*, a *Ligia Cruz*, a Simón el Mago y Bernabela de *Frutos de mi tierra*, a Fraciquí de *Salve Regina*; a Cantalicia de *Hace Tiempos*. Así podría continuar repitiendo el apelativo de seres que están confundidos con mis entretelas –para usar una palabra del gusto de Carrasquilla– De sus nueve novelas y sus dieciséis cuentos, también lo atrapa a uno lo autóctono, lo religioso, lo histórico, lo musical, el paisaje natural, la epopeya del pueblo.

Kurt y Popayán, la culta

Pero si hubiera tenido alguna duda, la disiparía –acentuaba su afirmación con energía Kurt– al encontrar la calificación del altísimo poeta, hombre de cultura, Guillermo Valencia, varón que señala derroteros mentales y conductas humanas. Éste dijo que Carrasquilla era “maestros de maestros”. Ya no tuve mucho más que pensar, terminaba afirmando con una espléndida carcajada.

Para mí, un devoto de la poesía y la prosa de Rafael Maya, tenía gran importancia el escuchar una síntesis de los juicios de éste. Levy hizo una síntesis, destacando que quería acentuar la severidad de los elementos críticos de Maya. En este hombre –repetía– no hay ideas ni palabras para el desperdicio. Veamos algunos de sus comentarios de vislumbres: Carrasquilla es un novelista realista. Se le quiere desfigurar al señalarlo como simple costumbrista, siendo un modernista, aun cuando aquél calificativo lo que revela es que anda en

búsqueda de una identidad. Sus descripciones, –decía Maya– son la verdad geológica. Los personajes son arrancados de la misma vida. En el lenguaje hay notas típicamente antioqueñas, pero él las maneja con maestría y revela la casticidad que distingue el afán de pureza del idioma en los colombianos. Por eso su obra no puede alinderarse como de exclusivo asomo regional. En el Cauca existen ataduras con Antioquia. No olvidemos que el sabio jurisconsulto, y experto en muchas y densas materias científicas, don José Félix de Restrepo, educó a próceres como Francisco José de Caldas y Camilo Torres. Recuerde, me advertía, que Maya ha escrito que sus “libros –los de Carrasquilla– dan la impresión de una charla sabrosa, humorística, procaz y muy castiza. Así debía de hablar el Arcipreste de Hita en las romerías y en las plazas, entre soldados y juglares”. Es muy difícil, agregaba, que se encuentre un escritor que maneje el diálogo con mayor maestría. Usa el lenguaje con preciosidades en el casticismo y el rigor idiomático, pero deja que entren las voces populares, las menos regulares. Hay participación del mito y de la fábula en novelas como *La Marquesa de Yolombó*, que se refiere a épocas muy pretéritas. Como, también, hace explícito su “humor picante y malvado”. Desde luego, apela a la hipérbole. Me entregó, repetía Levy, un texto en el cual afirma que Carrasquilla, “en el fondo era un patriarca de la Montaña, sano de alma, robusto de cuerpo, inagotable de ingenio y de palabras”.

Se refirió también a sus crónicas *Dominicales* y a sus *Homilías*, recalcando que tenían su aire polémico, que no quería atenuar y que, al contrario, buscaba que aparecieran con su contundencia bélica. Hay una defensa de lo autóctono, contra lo extranjero y lo postizo. Era un escritor elegante y tenía información sobre las modas literarias. Concluyó el maestro Maya con una afirmación de severo corte crítico: “La novela en América, sigue las huellas de Carrasquilla”. Muchos años después, Kurt Levy me dijo: lo que me anotó el Maestro Maya en la primera conversación, se puede constatar en dos de sus

libros donde hay ensayos acerca de Carrasquilla: Me refiero, decía, a *Los tres mundos de don Quijote y otros ensayos*⁶ y *Estampas de ayer y retratos de hoy*⁷.

Pero no terminan las interrelaciones de Kurt L. Levy con Popayán. Regresó al Canadá. Escribió su tesis de grado. La publicó en inglés y la editó, luego, nuestro Ministerio de Educación con traducción de otros payanes, de tradición intelectual en la prosa y en la poesía y en la gracia humana de su estirpe, atributos que a todos nos han servido de viático para enfrentar la vida. Me refiero a Carlos López Narváez. Así se pudo conocer el estudio del profesor alemán-canadiense "*Vidas y obras de Tomás Carrasquilla*"⁸.

López Narváez, en una página que tituló "Brevemente", dice lo siguiente: "Ocho años de preparación y una larga estancia en Medellín y Bogotá, han sido los factores de este concentrado estudio para la exégesis crítica de la obra global y para la definición estética de la personalidad de Tomás Carrasquilla, señero blasón de nuestra novelística y el más colombiano, precisamente por lo regional y raizal, de nuestros escritores costumbristas.

La obra la dividió Levy en ocho capítulos; 1) La vida: una dedicación a la literatura; 2) El hombre: una pasión por la verdad; 3) Las teorías estéticas: una lucha por la armonía; 4) El artista creador: un escrutinio espiritual en la gente menuda; 5) El artista creador: una indagación en las ideas únicas; 6) El elemento regional: un tributo a Antioquia; 7) El lenguaje: una celada para imitadores; 8) Los críticos: un pecado de omisión.

6 Rafael Maya: ediciones de la Revista Bolívar. 1952. Bogotá.

7 Rafael Maya; Ediciones de la Revista Bolívar. 1956. Bogotá.

8 Kurt L. Levy- *Vida y obras de Tomás Carrasquilla*. Traducción de Carlos López Narváez. Editorial Bedout. 1958. Medellín.

Edición crítica de “La Marquesa de Yolombó”

De *La Marquesa de Yolombó* hizo una edición crítica que propició e impulsó el “Instituto Caro y Cuervo”, éste de reconocidísimo prestigio internacional. Es la época de las grandes novelas en el continente y Tomás Carrasquilla coopera con ésta a la dignidad intelectual internacional. El autor se pregunta: “¿de dónde y cuando saqué yo tanta cosa y tantas vejeces?”. El origen para escribirla es lo que escuchó a su abuelo, a sus tías, en unos diálogos largos e intensos en los cuales asomaban los caracteres humanos que él describió. El ambiente es una reproducción fiel de la realidad geográfica y la belleza natural de la comarca. Así aconteció siempre en su fabular. Es una novela que, además, de la riqueza de la ficción, contiene múltiples temas de alcance social, que le ofrece al novelista una calificación de hombre de avanzada intelectual y política: defiende la emancipación de la mujer a través de la cultura; su concepción ideológica aparece dinámica cuando se refiere a la situación de los indígenas y hace la condenación de la esclavitud; llama “ladrones civilizados” a quienes, desde el poder económico, subyugan a sus pueblos; revela la censura a ciertos clérigos, sin omitir la dureza que demandan sus condenas. De la heroína titular Bárbara Caballero, dice Carlos García Prada – citado por Levy– que “pocos personajes hay en la literatura hispanoamericana tan a trayentes como ella”. Kurt Levy también destaca la caudalosa información y cultura literaria de Carrasquilla, evidente en esta obra, como es igualmente probable en toda la suya. Leyendo éstas páginas críticas del Profesor Levy, llegamos a la conclusión de lo que él propone, con su discreto sentido académico, es que los colombianos realicemos una nueva lectura de Carrasquilla para que desenvolvamos la extraordinaria riqueza de temas sociales –revolucionarios para su época– y que determinan su sitio en lo doctrinario. Es un examen que se ha hecho, con parquedad en destacar su mensaje ideológico.

El idioma de Carrasquilla

Algunos lectores apresurados, han formulado la anotación de que el lenguaje que emplea Carrasquilla, restringe la cercanía a su fabular. El profesor Kurt Levy hace una glosa severa a esa visión restringida. Él escribió:

“Resulta cierto que el léxico de Carrasquilla es rico, porque, igual que su compatriota León de Greiff (compatriota de su patria chica), acude a los recursos del lenguaje en forma amplia sin preocuparse de nosotros los lectores que, por pereza, nos acostumbramos a defendernos con un repertorio limitado de palabras. Carrasquilla, al afirmar que se dirige al público cotidiano y vulgar, al lector sin pretensiones literarias, disfruta plenamente de su dominio lingüístico y literario e invita al lector a compartir con él este dominio que se manifiesta en la fusión entre el elemento popular y el culto”.

Después de leer este análisis, ya no tenemos derecho a levantar nuestra despreocupación por consultar diccionarios aleccionadores. Es decir, el deber es infringir una derrota a la pereza mental.

Otro libro sobre Carrasquilla

Más tarde publicó un libro con el título de *Tomás Carrasquilla*. Allí hay un juicio crítico que todavía sirve de advertencia, por esa tendencia de los escritores nacionales a despreciar nuestra propia creación. Kurt L. Levy dice: “Me fijé en aspectos de la literatura colombiana porque en mi opinión los críticos se habían olvidado de sus méritos: los de la casa por menospreciar, lo propio; los de afuera, muchas veces por ignorancia”. Duro enfoque del alemán-canadiense para quienes andamos en estos menesteres!!!. Además, lo repite su estudioso, tenía don Tomás una virtud de optimismo que tampoco es de los colombianos. Éste repetía: “Me parece hermosa la vida con todos sus defectos”.

Federico de Onís quien estudió a Carrasquilla para escribir el prólogo a sus *Obras Completas*, publicadas en España, sostuvo que “era el precursor de la novela moderna”. Para Kurt L. Levy lo que más impresiona de la lectura de Carrasquilla, es su personal capacidad de asombro. Por sus páginas pasan el pueblo, la minería, los caminos, los hombres, las mujeres, los infantes. Él miró larga, intensamente, lo de su pueblo con comprensión y generosidad. Su analista dice con claridad: “Carrasquilla trasciende los límites del regionalismo porque capta la naturaleza humana, y porque se acerca suficientemente a sus personajes, visualizándolos como individuos de carne y hueso”.

Pero detengámonos, con la benevolencia de ustedes, en señalar algunas de las características que destaca el crítico. Lo primero que apunta, es la riqueza de la inteligencia de los personajes adultos y de los niños. Que hay necesidad de hacer un análisis de su prosa-ficción como un todo orgánico y analizar su evolución desde 1890 hasta 1936. Por su obra se campean las gentes humildes. No buscó ni el éxito material ni la gloria literaria. Su sátira era devastadora. Tenía las condiciones espirituales de la tolerancia, el sentido de la democracia, y gustaba de la exaltación de la libertad. Por sus páginas pasan la religión, lo sobrenatural y el misticismo. Luego, Levy entra a señalar otros dones que van cayendo de la prosa y de las actitudes mentales que refleja la obra de Carrasquilla. Él dice que la premisa básica es que cualquier movimiento literario, para que tenga validez, deberá surgir orgánicamente de la vida cultural del país. La sencillez es el principio de la verdadera elegancia literaria. Que Carrasquilla repudiaba lo que no expresara un sentimiento humano. Predicaba que debía rechazarse, enérgicamente, la afectación y el artificio y no doblegarse a la imitación. A la vez, no permitirse ni el escritor en prosa ni el poeta, que los domine la pretensión de aparecer abstrusos. Que la novela no es más que un pedazo de la vida reflejada en “un escrito por un corazón y por una cabe-

za”. Esto lo que nos indica es el equilibrio que se le demanda al literato.

Pero Kurt L. Levy no se detenía allí. Penetraba en lo que venía a ser lo más fundamental y profundo de las concepciones de Carrasquilla cuando nos advierte cuál es su manera novelística. Él dice que éste fabulador y cuentista obedece a su propia técnica, pues no aparece subyugado por ningún ejemplo anterior. Pone énfasis en la vida diaria. Mantiene vivísimo su interés por el individuo y hay limpieza en la forma como presenta sus sentimientos. Tomando algunos de sus criterios nos repite Levy lo que pensaba Carrasquilla: que “el artista no puede mejorar la naturaleza” y que la novela refleja la “índole propia de un pueblo o de una región determinada”. Él, recordaba la supremacía del estilo y el deber de traducir artísticamente la realidad. Observando las debilidades humanas, va armando el contenido de muchas escenas. El campo, para Carrasquilla, fue preocupación esencial. En sus novelas y cuentos, satirizaba a los personajes y esto mismo hacía al juzgar muchas de las actitudes sociales, lo mismo que censuraban costumbres de la ciudad.

Alguien le preguntó a Kurt L. Levy; ¿usted cómo haría una síntesis del Maestro Carrasquilla?, y contestó con una amplísima carcajada, en las cuales era experto:

“Leyó, escribió y conversó”

Cartas con varios corresponsales

Mantuvo permanente correspondencia con sus amigos. Fui uno de los favorecidos. Él sostenía que la carta era una conversación interesada de dos personas. Que en ellas se advierten afinidades y disidencias. Con Benigno A. Gutiérrez,⁹ quien fue un antólogo de aspectos trascendentalísimos del pensamiento y de la creación en Antioquia, mantuvo un riquísimo epistolario.

9 Kurt L. Levy: Benigno A Gutiérrez: *Correspondencia*. Instituto de Integración Cultural Recinto de Quirama. 1989. Medellín.

De Don Benigno escribió Roberto Cadavid, el celeberrimo Argos, el de las correcciones gramaticales, que fue un benedictino en su labor de descubrimiento de la grandeza de su pueblo. Estas cartas siempre andan resolviendo dudas sobre Carrasquilla, señalando dónde publicó primero un cuento; anotando las riquezas del mundo de unas páginas hasta ese momento desconocidas; preguntando, indagando, inquiriendo, volviendo a interrogar. Es una inquisición que no termina y que va creciendo en apreciaciones, juicios breves y largos comentarios. Es una lección para los escritores impacientes. Sólo una permanente, cuidadosa y lenta preparación, conduce a la comprensión del mensaje creador.

Pero, además, van apareciendo los desnudos intelectuales de Levy por expandir la obra colombiana. Cuenta que su primera ponencia sobre Carrasquilla la presentó en el Congreso de la Asociación Americana de Lenguas modernas en Detroit, en 1951. En el Congreso de Berkely, en el 55, leyó su estudio acerca de Juan de Dios Uribe, el extraordinario escritor y gran panfletario. Relata que está escribiendo su colaboración para el *Diccionario de literatura iberoamericana* que publicará la OEA y que allí estarán monografías sobre antioqueños ilustres. Avisa que viaja a México para participar en el Instituto de Literatura Iberoamericana.

Con otro insigne novelista como Manuel Mejía Vallejo, de tan singular resplandor en el fabular de Indoamérica, mantiene unas entrañables confianzas literarias. En carta del 17 de octubre de 1973 le informa que él en “Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, leerá un estudio sobre su deslumbrante novela *“Aire de Tango”*”

Como antiguo discípulo Kurt L. Levy del Maestro Germán Arciniegas, siempre está celebrando, en agudos comentarios, lo que éste escribe y señalando como éste abre y señala los caminos para la inteligencia del continente, pero que, además, está creando, al unir las ideas y las personalidades de la comarca, una teoría propia para oponer a la eurocentrista, a

lo español, a lo africano, a lo asiático. Es decir, que va ordenando lo que será el verdadero destino de Indoamérica.

*“Mi deuda con Antioquia”*¹⁰

El último libro de Kurt L. Levy que circuló, fue el que él mismo tituló *Mi deuda con Antioquia*. Quienes comentaron el libro, declararon que la deuda era de Colombia y de Antioquia con el escritor alemán-canadiense. En ese volumen, hallamos estudios sobre Juan de Dios Restrepo, Emiro Kastos, de quien asevera que “escribía al correr de la pluma, más preocupado por la substancia, el mensaje, que por la forma literaria”. Se detiene en Antonio José Restrepo, Mito, el contrincante del Maestro Valencia en uno de los más célebres debates sobre la “pena de muerte”, cuando el Parlamento se conmovía con las tesis de los humanistas. Recuerda lo que aquél decía “Nací en Concordia pero vivo en guerra”. Fue orador, parlamentario, internacionalista, y esencialmente, un rebelde. Mantenía su conducta empenachada contra la dictadura de la Regeneración Conservadora de Núñez y Caro.

Escribe páginas de análisis y comprensión acerca de Juan de Dios Uribe, el Indio. Sobre el cuentista Pacho Rendón tiene juicios de altísima valoración crítica. Lo mismo que sobre Efe Gómez, ese otro explorador de almas. Lo impresionan las poesías de Porfirio Barba-Jacob y las de León de Greiff.

Tiene varios estudios en los cuales se detiene en las semejanzas entre Tomás Carrasquilla y García Márquez: “Gabo se califica de ‘Escritor realista’. Carrasquilla se jacta de haber compuesto ‘la primera novela prosaica que se ha escrito en Colombia’. García Márquez conceptúa que ‘las mentiras son más graves en la literatura que en la vida real’. Carrasquilla opina que el género novelístico recibe todo, ‘excepto la mentira’”.

10 Kurt L. Lew: *obra cit.*

“Ni Carrasquilla ni García Márquez tienen pelos en la lengua y no les atraen los golpes bajos. Tal coincidencia se refleja en dos asertos documentados ampliamente por la práctica. El costeño sostiene: “No soy un hombre de dos palabras” y Carrasquilla, más de medio siglo antes, lamenta la posible pérdida de su empleo bogotano por su incapacidad temperamental de “cometer esa figura de política que se llama: ‘Lámbele, Antonio’”.

“Sinceridad y sencillez, son conceptos básicos para Carrasquilla y para García Márquez. “Mientras más sincero sea (el novelista), más impacto tiene la novela” reconoce García Márquez y Carrasquilla sostiene que en la vida y en la literatura perdura “sólo lo sincero”, autorretratándose como “un salvaje en la sinceridad y en otras cosas”.

Más adelante señala la condición altísima de la obra de Manuel Mejía Vallejo cuando asevera: “Mejía Vallejo es el exponente principal de la generación post-Carrasquilla... el legado literario está en sus manos... tengo fe en su potencial de escritor, su dedicación al oficio, su sensibilidad y disciplina y la honradez de su compromiso con la literatura y con el mundo que lo rodea”.

Regresamos a Popayán, la culta

Las ligaduras de Kurt L. Levy con Popayán, la culta, siempre vivirán creciendo en el recuerdo. Carlos López Narváez para saludar a éste y a su familia que visitaban a Colombia, en 1965, les dijo con su aliento poético:

Te saludo KURT LEVY !Bien venido!
 Embanderado el corazón te aclama;
 Lauro y olivo en colombiana rama
 Tejan para los tuyos blando nido.

Caballero que siempre te has batido
 Por tu fe, por tu pluma y por tu dama,

En tu invicto lanzan sean oriflama
El año muerto y el recién nacido

Acá en la tierra de la batatilla,
De fríjoles, de arepa, de natilla,
De mulera y carriel, de quimba y frasco:

En el solar de la Judaica Antioquia,
Igual que en toda intelectual parroquia,
Te aguarda sonriente el gran Carrasco!

Homenaje

Está bien que este Congreso de Profesores Norteamericanos especialistas en Colombia, rinda tributo de admiración a la memoria de Kurt L. Levy. Él y yo ejercimos como Presidentes Honorarios vitalicios. Todos le debemos a él muchas enseñanzas de alegría y de esperanza en el destino de la vida. Nunca pronunció una palabra de pesimismo. Estaba en la cúspide de su inteligencia y de su humor. A él, como a los profesores que con devoción siguen estudiando la cultura de mi patria, hay que entregarles la confianza en nuestro destino intelectual porque está exaltada por quienes la atalayan y la avizoran. Ellos nos ordenan la vida intelectual para que sigan emergiendo los sueños.

Final de amor

Perdónadme que vuelva mi memoria agradecida sobre lo que significa para mí Popayán, la culta. Para señalar lo que es ella como símbolo y síntesis de la patria, es necesario que repita la lección que le escuché a mi profesor, el Maese José Ignacio Bustamante. Él escribió para sus discípulos:

“Sobre el *Canto a Popayán* de Guillermo Valencia, el pintor Efraín Martínez confeccionó un heroico cuadro, que ador-

na actualmente el Paraninfo de la Universidad del Cauca y que constituye una interpretación objetiva del citado canto. El enorme lienzo es algo así como la epopeya muda de nuestra historia. Cuanto el poeta máximo exaltó en el troquel de sus exámetros desentrañando la gesta inverosímil de la ciudad “extática y lúgubre”, revive al conjuro mágico de los pinceles milagros. Y de las ideas puras, invisibles sobre el fulgor intáctil de la palabra, brotaron las imágenes animadas, vistiéndola la carne mortal desvanecida por la gloria”.

Hoy he vuelto a mis claustros y a la ciudad amada. Me acompañan en este peregrinaje para contestar a lista y repetir la lección aprendida en enseñanzas de profunda sabiduría, sus héroes militares, sus próceres de la civilidad, sus escritores y poetas, sus artistas y sus hombres de ingenio y pasan, al lado, mujeres, ennoblecendo la vida con el murmullo estético de su belleza. Estamos en Popayán, la culta, que es como asistir a una nueva comunión con la vida más empinada de la patria, asistidos de lo que ella entrega en vislumbres de gloria: la inteligencia, el heroísmo, el arte y la ternura.